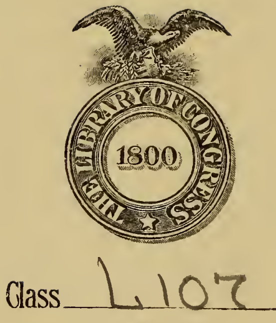

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Juan Stefanich

Delegado del Paraguay al III
Congreso Internacional de
:::: Estudiantes Americanos :::
Lima, Julio 1912

HACIA LA CUMBRE...

Publicada por el "Centro Estudiantil"



Asunción:—Talleres Nacionales
:::: de H. Kraus—1914 ::::

Al ilustre profesor y noble americanista Dr. Dn. S. Rove con el testimonio de mi alta admiración y profunda simpatía..

Juan Stefanich

Asunción Mayo de 1923

Hacia la cumbre...

Juan Stefanich

Delegado del Paraguay al III
Congreso Internacional de
:::: Estudiantes Americanos :::
Lima, Julio 1912

HACIA LA CUMBRE...

Publicada por el "Centro Estudiantil"



Asunción:—Talleres Nacionales
:::: de H. Kraus—1914 ::::



DELEGADOS DEL PARAGUAY

al III Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, reunido en Lima.—Julio 21 al 28 — 1912

Presidente: Raul Casal Ribeiro
Luis D' Gásperi
César Fernández Urdapilleta
Juan Stefanich



A manera de prólogo

De vuelta, junto á camaradas y amigos que pusieron en nuestras manos un mensaje de amor y de esperanza, queremos narrar en confidencia familiar y afectuosa, las visiones que pasaran, tras el velo descorrido, como cintas fugaces, á veces imprecisas, en las medias sombras de la marcha afanosa.

Y más allá, tras el rápido desfile de paisajes y emociones, en voz más baja, tímidamente, hemos de murmurar también, á nuestra manera, la canción del ave inquieta rimadora de esas nobles quimeras que hacen la vida llevadera y aroman la existencia con un poco de ilusión.

Desprovista de experiencia, virtud tardía de los crepúsculos, irá esta primicia, con su ropaje modesto, revestida de las ingenuidades propias de los que no han vivido más que una parte de la vida. Es la confidencia

de un sueño, torturante obsesión del espíritu y fiebre del alma, es la palabra balbuciente de las primeras inquietudes que buscan perfilarse.

A la juventud estudiosa del Paraguay, hija de su raza y de su tiempo, que lleva temblor de ideal en las pupilas y visión de porvenir en las miradas. Para ella la confesión íntima de nuestros grandes anhelos. Porque en su seno se abrieron las primeras flores de nuestra esperanza, porque en su seno germinaron nuestros sueños de redención y se agitan nuestros entusiasmos de adolescencia, porque en su seno aprendimos á modular las primeras estrofas de la lucha y, más que todo, porque al conjuro de sus gritos que llevan vibraciones de aurora, aprendimos á enamorarnos de la vida que un tiempo aborreciéramos desde el fondo de nuestras grandes desventuras.

Por eso nos atrevemos á murmurar para ella, aquí en la intimidad del hogar, la santa oración de nuestros grandes optimismos, antes de que caigan, flores mustias, las rosas desteñidas de nuestros sueños, si acaso la crueldad de la vida tiene fuerzas suficientes para marchitar nuestro ideal.

La fé idealista de Ugarte nos alienta, el alma varonil de Barrett nos conforta.

«Que sonrían los que duden.... Solo vencen los optimistas».

Por otro lado, una advertencia.

«Hacia la cumbre» no es título de orgullo ó presunción.

La figura es vieja. Una montaña áspera,

las faldas accidentadas, el camino incierto. Y allá en la cima, el ideal. Una caravana de animosos en marcha, á la conquista de la flor. Nada más. Eso es «Hacia la cumbre.»

No es el reto que lanza un orgulloso, no es un desafío de quien siente la seguridad del triunfo.

Marchando hacia la cumbre se puede tener la seguridad de no llegar nunca..... y seguir marchando.

Y una confesión final.

Nada de lo que intentamos traducir es exclusivamente nuestro. Inquietudes, quimeras y esperanzas nacieron al calor de las confidencias, con amigos de corazón, hermanos desde entonces, que acaso salvaron nuestra vida de un seguro naufragio. Brotaron de un choque de angustias, en horas de zozobras y amarguras.

Por eso, cuando la voluntad vacila y flaquea el espíritu, tras el fracaso que rinde, cuando el alma se contrae en un doloroso gesto de supremo desaliento, ahí está velando un puñado de corazones gemelos, compañeros en la lucha y en el sacrificio, con una palabra de amor, pronta en los labios, y una sonrisa de fraternal invocación á la fortaleza, que bastan para disipar las más sombrías pesadumbres....

J. S.

Asunción Abril 1914.



A TRAVÉS DE CINCO PAISES

DESDE ASUNCIÓN

Una mañana espléndida.

La ciudad, arropada aún en la calma de su noche pasada, no había despertado de lleno á la actividad diaria.

El cielo despejado y hermoso.

Un sol radiante que surge.

Y un ir y venir de gentes en los muelles.

El buque lanzó sus últimas pitadas y se alejó suavemente, agitando la pereza de las aguas apaciblemente dormidas.

Algunas manos amigas agitaron sus sombreros en una última cariñosa despedida. Respondimos, á nuestra vez, á la distancia, desde la cubierta del bar-

co, ya entregado al impulso de sus ruedas.

Asunción desfiló brevemente ante nosotros, con la coquetería risueña y pintoresca de sus blancas casitas apiñadas, con el verde triunfante de sus jardines naturales y la orgullosa silueta de sus grandes edificios.

La «Encarnación», surgiendo con soberbia sobre la línea del horizonte con la fiereza gallarda de un castillo medioeval. El «Palacio de Lopez» y el «Oratorio» Urnas de recuerdo. Pensativos y austeros monumentos del pasado. Versalles y los Inválidos de un París acariciado por la megalomanía exótica de aquel espíritu complejo y soberano, que cruzó el horizonte como un meteoro luminoso que cae deshecho entre las redes destrozadas de sus sueños de esplendor y de grandeza.

Ahí pasaron! Dolientes restos de un surgimiento decapitado en germen. Síntesis gloriosa de una voluntad, que laboraba un «Renacimiento».

Y allá, en los últimos lindes, los rayos del sol doraban los contornos con pinceladas de luz y derramaban sus oros sobre la copa esmeralda de los árboles lejanos.

Ytapytá-punta quedó atrás. Y Asunción, la ciudad de nuestras grandes esperanzas y nuestras grandes inquietudes, perdida como un nido entre follajes, se ocultó al otro lado del histórico peñón.

Y pensamos —demasiado acostumbrados al calor familiar del regazo nativo—en un cúmulo de cosas adorables y queridas. Añoranzas secretas, melancolías deliciosas, recuerdos inefables, que pasan como bandadas de palomas mensajeras......

El barco, en tanto, se desliza, aguas abajo, sobre la superficie siempre tersa de aquel río que sabe de rumores y misterios, de riquezas y maravillas que guardan las entrañas de las selvas tropicales.

Ni un movimiento, ni un balanceo.

Nada de oleajes, ni espumas. El barco desciende con majestuosa arrogancia. Y allí no falta el piano, ni una mano delicada y ágil que arranque acordes y preludie sonatas. Ni aquella familiaridad espontánea que nace en los viajes, ni la pareja de novios y de recién casados en viaje de placer.

Allí marcha la diminuta ciudad flotante, llevando en su seno un mundo en pequeño, entre la alegría sana y ruidosa de los viajeros, entre juegos y charlas, entre risas y «flirteos».

A ambos lados corren las riberas engalanadas de colores, con intervalos breves de playas blancas y barrancos agrietados.

La tarde muere en una bella eclosión de matices. El barco sigue, muy junto á la orilla, esquivando recodos. Nada turba la calma infinita. Sobre la cubier-

ta, las parejas en silencio. Un viento ligero agita los vestidos flotantes. Un penacho de humo que se desprende de la chimenea se pierde hacia atrás. Sobre la superficie lisa, una estela luminosa que se apaga lejos, en el seno de las sombras. Y por sobre las azuladas crestas lejanas, la espléndida agonía del ocaso.

La noche cierra. En la obscuridad brilla la esplendorosa luminaria de los focos. En el saloncito próximo estallan las risas jóvenes, burbujas de un buen humor inagotable......

* * *

Tres días de viaje.

El Paraná se abre, se extiende cada vez más, para ir á sepultar sus rumores en el seno del Plata y apagar el bullicio de su corriente en los movibles tendidos del mar.

Buenos Aires.

La gran metrópoli, en camino á ser la capital del occidente. La gran cuenca del sur. Con su pompa y su brillo, sus delirios de grandeza, sus sueños fastuosos. Y el crimen de sus grandes miserias. El perpetuo contraste de la vida.

La inquieta muchedumbre que se agita y se mueve en incesante vaivén El oleaje humano, la temida masa.

El genio atrevido que derriba palacios para abrir sus calles y abre la tierra para sus tranvías. La activi-

dad continua, incansable en todas partes. La vida nerviosa, febril, aprisa.

Y nos mezclamos también en la marea, como átomos perdidos de aquel colosal organismo

DESDE BUENOS AIRES

Habíamos llegado con algún retraso.

Las delegaciones del Uruguay, de la Argentina y del Brasil habían partido dos días antes de nuestro arribo. El «Oropesa» las conducía por el sur, á través del estrecho de Magallanes. En Valparaiso debía incorporárseles la de Chile, para continuar juntas hasta el Callao. La muchachada chilena preparaba una de sus grandes recepciones á los viajeros. La delegación paraguaya no pudo concurrir á la cita. El paso de los Andes estaba interceptado. Las continuas y frecuentes nevadas habían interrumpido por completo el tráfico. Los ferro-carriles no lograban trasponer la cumbre. Cuadrillas enteras ocupadas en despejar la vía no conseguían restablecer la marcha regular de los trasandinos.

Las comunicaciones entre Chile y la Argentina estaban cortadas por ese lado.

No podíamos, pues, intentar un viaje por aquella parte. Y no podíamos tampoco pretender seguir la ruta del «Oro-

pesa». Apenas disponíamos de veinte días para llegar á la capital peruana. Se nos sugirió entonces la idea de realizar el viaje á través de Bolivia.

Acudimos á la Legación de este país, en demanda de datos. El Secretario de ella, cultísimo y correcto caballero, con quien tuvimos el honor de conversar, nos atendió con particular deferencia, suministrándonos toda clase de informes. Nos habló de lo pésimo que sería para nosotros el viaje, de las dificultades sin cuento del trayecto, del frío excesivo que entonces reinaba en las altas regiones que cruzaríamos, recomendándonos especialmente que nos proveyésemos de buenos abrigos.

Un telegrama, escrito en presencia nuestra, nos reveló algo de las muchas atenciones que nos aguardaban de paso en Bolivia, atenciones que han despertado en nosotros un sentimiento de muy honda gratitud y muy profundo reconocimiento para ese pueblo hermano y para su gobierno.

Provistos, pues, de los informes indispensables y con un itinerario más ó menos determinado, tomamos pasaje en uno de los trenes del Central Córdoba, que nos conduciría, en dos días, hasta la Quiaca, frontera argentino boliviana.

El 6 de Julio dejamos la populosa ciudad porteña. El Congreso Estudiantil abría sus sesiones el 21 del mismo.

Nos restaban quince días escasos, lo que no dejaba de preocuparnos.

La hora de la partida calmó por fin nuestra ansiedad. Un abrazo más á los amigos que nos acompañan, y el tren parte bordeando la ribera del Plata que se extiende á pérdida de vista.

Soberbios edificios, caprichos de arquitectura, hermosos jardines, espléndidos chalets, apenas entrevistos, van desfilando sin cesar.

Buenos Aires queda atrás. Sus últimas casas se pierden de vista.

El tren corre en la llanura amplia. Las estaciones, unas tras otras, se suceden. Las poblaciones muestran sus caseríos y se pierden. Algun tren, cruza rápido, en dirección contraria, al lado nuestro. Sucesión cinematográfica de paisajes, pueblos y estaciones.

Dos días largos de viaje. Una polvareda fina, impalpable, penetra por todos los intersticios, por todos los poros, haciéndose poco menos que insoportable.

El tren corre sin cesar, á través de inmensos llanos desiertos, donde cruza la locomotora como un raudo soplo de vida.

A ratos, allá á lo lejos, se muestra una casita solitaria. Un labrador que suspende su tarea, un agricultor que para sus bueyes y observa.

Y de nuevo la llanura, la extensión indefinida.... Y se piensa involuntariamente en aquellos vastos territorios, infecundos, despoblados, sin cultivo y en

la gran Buenos Aires, con su muchedumbre hormigueante, donde la vida es tan ingrata y cruel para muchos.

Santa Fe, Córdoba, Catamarca, Tucumán, Salta habían quedado ya atrás.

Nos aproximábamos á la frontera. Algunas horas más y dejaríamos los últimos puntos argentinos. Al atardecer del 8, cambiados de coche, dejamos Jujui, la última estación de importancia.

Una nueva decoración se inicia entonces. El paisaje se transforma por completo. La naturaleza cambia radicalmente. Ya no son las inmensidades desiertas. La región montañosa arranca de aquel punto y en aquel momento, para no dejarnos sino después de nueve días, aburridos de nieve y de cordilleras, sobre la cubierta de un buque, en aguas del Pacífico.

Lo interesante y novedoso para nosotros comienza en Jujui. A la monotonía cansadora de las llanuras y los campos, sigue la soberbia grandeza de las montañas.

El número de pasajeros ha disminuido considerablemente. El largo convoy que partiera de Buenos Aires se ha reducido á tres coches. Los trenes ascienden con ayuda de cremalleras, engranajes triples, colocados en el centro de la vía y paralelamente á ella. La ascensión se hace á veces dificultosa y lenta.

El trayecto de Jujui á la frontera es

excepcionalmente hermoso, digno de toda clase de ponderación.

Las montañas se suceden, sin orden ni concierto, en una bella dispersión, con sus aristas irregulares, sus moles salientes, sus mil formas y sus mil colores. El tren arranca con rapidez del punto de partida, para ir disminuyendo progresivamente su marcha y reanudarla más tarde con fuerza. Salva una cuesta, desciende una pendiente, remonta de nuevo otra, para volver á correr á lo largo de los valles, en caprichosas ondulaciones, en interminables sinuosidades. La locomotora, afanosa en su marcha de arrastre, continúa su carrera febril por entre las faldas accidentadas, serpenteando en curvas flexibles, rápidas, breves, cruzando puentes, salvando desfiladeros, apareciendo aquí, perdiéndose allá, para tornar á surgir triunfante al otro lado.

Laberinto de pasajes y de vueltas, de ascensiones y descensos, que se ofrecen como un ingenioso encanto de la naturaleza.

En la plataforma trasera del último coche, callábamos como oprimidos por la imponente grandeza de aquellas inmensas moles amontonadas en desorden. El ferrocarril cruza á través de monstruosas fragosidades, empequeñecido, casi invisible, reducido á la última expresión por el contraste. De su nerviosa impaciencia, de su marcha fre-

nética, apenas se aperciben aquellos picachos gigantescos, inmóviles y deformes.

Las montañas se ofrecen con sus irregularidades abruptas, con sus escarpaduras y precipicios, con magnífica coloración pintoresca, con admirable profusión de matices. Y en nuestro afán de comparaciones, ante aquel derroche de tonos y semitonos, recordábamos los cerros diminutos de los pesebres familiares de noche-buena, salpicados de infinita riqueza de colores, amarillo, rosa, azul, blanco, rojo, verde, anaranjado, gris.....

Corroboraba nuestro recuerdo la vista de algunos animales que, allá en lo alto, mordisqueaban el mezquino pasto, y que, por la distancia y la altura, nos causaban la misma impresión que las figuritas inanimadas de los pesebres de Navidad.

Junto al terraplén reconocimos el cauce de lo que, en la estación lluviosa, sería un río desbordado, despeñándose de trecho en trecho y produciendo profunda erosión en las laderas. Buena prueba de ello daban las piedras arrancadas de las faldas, terraplenes enteros arrastrados y numerosos puentes abandonados á medio caer.

Era ya tarde. Pegados á la ventanilla seguíamos observando. La cuesta que ascendíamos se hacía difícil. Nuestra marcha era cada vez más lenta. La

locomotora echaba mucho vapor. Alguien informó que nos aproximábamos á Tres Cruces, el punto culminante de esa línea, 3.800 metros sobre el mar.

Un empleado, enterado de que llegábamos por primera vez á semejante altura, nos dijo sonriendo:

—Ustedes se van á *punar*.

Inquirimos lo que aquello significaba.

Y muy pronto lo supimos prácticamente. Los que no están acostumbrados á las altas regiones, sufren ordinaria mente un desmayo pasajero, un vahido, que se conoce con el nombre de *soroche,* ó mal de la montaña y que los naturales denominan *puna*.

A medida que ascendíamos nos sentíamos molestos.

Alguien aconsejó que no comiésemos y que todo iría bien. Otro aseguró la necesidad imprescindible de comer, (como que era el cantinero) único medio de evitar la terrible *puna,* que, con tantos presagios, nos ponía ya los pelos de punta.

Ante esta disparidad de consejos, vacilamos un rato, pero nos decidimos luego por lo más agradable. Comimos.

Nos sentamos á la mesa, junto á nuestro malhadado consejero, con evidente satisfacción suya.

Pero apenas probamos los primeros bocados, nos sentimos singularmente mal. Nos acometió un fuerte vahido primero, obligándonos á apoyar la cabeza

en el respaldo del asiento, y quedamos luego como quien acaba de escapar á la muerte, mareados en extremo y extraordinariamente pálidos. Nos retiramos arrepentidos, mientras el dichoso compañero de mesa continuaba triunfalmente su tarea.

Felizmente el anunciado mal de la montaña no tuvo más consecuencias.

La noche había cerrado por completo. En la obscuridad apenas divisábamos las negras siluetas de las montañas. El frío se hacía intenso. Afuera silbaba un vientecillo impertinente.

En el coche salón iban algunos viajeros más. Entre ellos conocimos á los miembros de la Comisión Boliviana, demarcadora de límites con la Argentina, señores Benavides, é ingeniero Baudry. Este último había estado en el Paraguay. Nos habló de Asunción y San Bernardino.

También conocimos á la familia de un señor Torres, comerciante de Tupiza, que había hecho con nosotros el viaje desde Buenos Aires, y que tanto en el trayecto como durante nuestra estadía en aquel punto, nos colmó de agasajos.

Serían las doce de la noche cuando llegamos á la Quiaca, estación terminal de los ferrocarriles argentinos, en la frontera con Bolivia.

Sentimos un frío que no habíamos conocido hasta entonces. Nos cubrimos lo mejor que pudimos con nuestros abrigos

y, guiados en la profunda obscuridad por nuestro antiguo conocido, el hotelero del cuento, avanzamos hacia donde tuviese á bien llevarnos, norte ó sur, nos importaba poco. La cuestión era encontrar un alojamiento donde pasar esa noche infame.

El tal hotel no era tal. Ni cómodo, ni barato, pero á fuer de sinceros, confesamos que agradecíamos de corazón el haberlo encontrado.

Nos metimos en la pieza que nos señalaron y nos dispusimos á descansar. Al poco rato apareció una buena mujer que, á estar por los indicios, sentía un frío que le helaba la médula de los huesos. Tan inflada iba y tanta era la carga de harapos que llevaba encima. Preguntó si necesitábamos algo y se retiró.

Nos acostamos por fin y dormimos como bienaventurados, hundidos bajo el peso de algunas arrobas de frazadas criollas con que nos tapamos.



A TRAVÉS DE BOLIVIA

LA CORDILLERA

Al dia siguiente, muy temprano, ya estábamos en pie. Tiritábamos de frío. Salimos á la puerta. Un sol naciente se mostraba como promesa de un espléndido día, dorando las áridas cumbres que circundan por completo la pequeña población. Aquí y allá, repartida en pequeños copos, la nieve blanqueaba la extensión. Bajo la acera de las casas, algunos individuos, abrigados con sus ponchitos coloreados, se calentaban al sol, permaneciendo en una inmovilidad de faquires. Los naturales de esas regiones, indígenas puros, hablan con una particular entonación de voz. Las mujeres, hinchadas á fuerza de polleras en-

cimadas y singularmente sucias, usan un sombrerito de fieltro característico, tanto que no se las concibe sin él. Llevan sus hijos suspendidos á la espalda, en una frazada, ó especie de saco, que les sirve de receptáculo.

La calma de aquel ambiente, la ausencia de todo movimiento, la quietud desesperante, nos parecieron excesivamente tristes. Un sentimiento de profunda desolación, de alejamiento y de abandono nos oprimía el alma.

Íbamos á emprender la parte más dificil y temible de nuestro viaje. Setenta leguas de cordillera, que nos pintaron con los peores colores y como casi irrealizable para los que nos lanzábamos casi á la ventura y por primera vez.

La Quiaca es un pueblecito insignificante, que comprende una parte argentina y otra boliviana, separadas una de otra por un pequeño arroyuelo. Hasta entonces permanecíamos en la primera, donde debíamos tomar la diligencia que nos conduciría á través de aquellas setenta leguas penosas, hasta una estación ferrocarrilera.

Inquietos ya, creíamos que la silla de posta habia partido, cuando hicieron avisar que nos aguardaban.

En el local de la Empresa Carretera obtuvimos pasaje hasta Tupiza, distante algo más de veinte leguas de ese lugar y á donde llegaríamos ese mismo día, al caer la tarde.

Nuestro vehículo era un respetable carro de cuatro ruedas, tirado por seis mulas. Ocupamos nuestros respectivos asientos, junto á los compañeros de la víspera, la familia del señor Torres, que iba á emprender el mismo viaje.

Acomodados ya todos y en número de siete, emprendimos la marcha.

A poco de salir cruzamos el arroyuelo que limita las fronteras de ambas naciones. Estábamos en territorio de Bolivia.

A corta distancia de allí, descendimos frente al local de la Aduana boliviana, para la indispensable revisión de los equipajes. Terminada esta operación y cuando nos diponíamos á marchar de nuevo, el administrador, señor Burgos, conocedor de nuestra calidad de estudiantes paraguayos, se nos presentó pidiéndonos disculpas y poniéndose á nuestras órdenes, diciendo tener para ello expresas instrucciones del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Agradecimos esta amable deferencia y, de nuevo en el coche, reanudamos la marcha.

Las mulas arrancaron con brío. El látigo cumplía su misión á maravillas.

La primera parte de este trayecto no ofrece accidentes dignos de mención. Marchamos en una altiplanicie abierta, aunque no muy extensa.

Despues de algún rato, y cuando corríamos en el valle llamado de Suipa-

cha, pudimos observar á lo lejos, cerrando el horizonte, una larga cadena de montañas nevadas. Un pico sobresalía entre todos.

—Es el Chorolqui, á cuyo pie pasarán ustedes dentro de dos días—informaron nuestros compañeros.

El camino carretero, que corre acompañando la sinuosidad de los valles, la curva breve de los recodos, los rápidos declives, las quebradas bruscas y las penosas ascensiones, es, á pesar de todo, generalmente bueno.

Al rato de andar, salvado ya el valle de Suipacha, alcanzamos un terreno más accidentado. Orillábamos un precipicio. Las ruedas del carro pasaban rozando los bordes. Las piedrecitas del camino crujían á nuestro paso. Un fuerte barquinazo nos golpeaba á un lado, mientras otro nos devolvía á nuestro lugar. Un chiquillo descendía del coche en marcha, corría junto á las mulas, animándolas con gritos y silbidos peculiares. Los animales arrancaban entonces con más fuerza.

El precipicio continuaba al lado nuestro, inspirándonos cierto recelo. La carrera precipitada de las bestias, nos obligaba á afirmarnos fuertemente en los asientos.

Llegó un momento en que pudimos apreciar todo el valor de la misión desempeñada por el pequeño, que ya nos despertaba alguna conmiseración.

Alcanzábamos un paso difícil, una rápida y peligrosa vuelta, al borde de algo que nos causaba la sensación del vacío.

El cochero pegó un fuerte latigazo á los «punteros», que arrancaron con furia, saliéndose de la carretera. El coche se ladeó hácia el abismo. Resbalaron dos ruedas laterales. Miramos el precipicio. Suspendimos el aliento.... cuando vimos á nuestro valiente chiquillo saltar rápido del coche, hacia el lado más peligroso y arremeter á latigazos contra las bestias. Fué la salvación....

Siete profundos suspiros se escaparon de siete oprimidos pechos. «Y si lector, dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento». Nosotros no vimos tal coche ladeado, ni tal chiquillo salvador.... Fué nuestro compañero, nuestro mismísimo compañero, quien nos dió la primera noticia del suceso y quien refería espantado, en presencia nuestra, y con un asombroso lujo de detalles, el milagro increible de nuestra milagrosa salvación....

Como á las once de la mañana llegamos á la primera posta, donde tomamos un refrigerio, mientras cambiaban de tiro.

Aquí se nos juntó un venerable cura, con la intención de continuar el viaje con nosotros.

Nuestro compañero, que siente un su-

persticioso é invencible temor para viajar en compañía de toda persona que viste sotana, nos dirigió una significativa mirada. Sonreímos, no dándole importancia.

—Ya lo verás— replicó el desalmado.

No lo hubiera dicho. A sus palabras siguió el hecho. Descendíamos á toda carrera una pendiente. Siempre al borde del precipicio. Un mal paso, un camino malo. No tuvimos tiempo de ver nada. Una mula rodó por el suelo. Se rompieron las correas, las cadenas se soltaron con estrépito. Las ruedas tropezaron bruscamente, haciéndonos saltar en el asiento, y continuamos la carrera hasta el pie de la pendiente.

Paró el coche y descendimos todos. La rapidez de la marcha no nos había permitido medir la magnitud del accidente. A cierta distancia, tendida en el suelo, yacía la pobre mula, todo ensangrentada. Solo entonces apreciamos la gravedad del hecho. Una rodada hubiera sido fatal. Urdapilleta nos miró triunfante.

Un tanto repuestos de la mala impresión, reanudamos la marcha. Un pesado silencio reinaba en el coche. Nadie hablaba. El fraile iba pensativo, ensimismado.

—Seguramente me lo achacan á mí— murmuró después de algún rato.

—¿Qué cosa, padre? —preguntó alguien.

—Lo de la mula....

Sin previo acuerdo había coincidido con nuestro compañero, que sonreía en ese momento.

Continuó luego la conversación.... sobre la ley del Registro Civil, recién dictada en Bolivia. El hombre protestó, protestó contra la monstruosa ley. Desconoció la autoridad del Estado. El gobierno ejercía una tiranía insoportable. Eso debía dejarse al arbitrio de cada uno.

Al decir de las buenas gentes de aquellas regiones, era este robusto varón, un santo padre, á cuyo solícito cuidado corrían como docena y media de tiernos sobrinitos......

Salvábamos en aquel instante un notable desfiladero. El paso era sumamente estrecho. Dos montañas altísimas, cortadas á pico, frente á frente. Al pie, en la pequeña abertura, corría un arroyuelo.

Nuestro carro pasó casi rozando ambas paredes. En una de éstas leimos una inscripción dedicada al Doctor Dardo Rocha, Ministro Argentino que reanudó las interrumpidas relaciones entre su país y Bolivia.

A eso de las cinco de la tarde llegamos á Tupiza, pequeña población, situada en un estrecho valle, sin más horizonte que las montañas circundantes que la oprimen por todos los lados.

Nos alojamos en un cómodo hotel, cu-

yo dueño, por rara excepción entre los de su oficio, era singularmente amable, cualidad que no le impedía manejar una elocuencia aterradora con que nos agobiaba.

Nos informó que nuestros dos compañeros, Casal Ribeiro y D' Gásperi, que nos precedían en algunos días, habían partido el día anterior.

Antes de media hora estábamos al corriente de la vida y milagros de toda Tupiza. Nuestro huésped había estado en el Paraguay y en Corrientes. Tenía una hija bonita, le había hecho traer un piano y ella ejecutaba muy lindas piezas.

Al rato recibimos la visita del señor Modesto Guzmán, culto y muy distinguido caballero, Administrador de la Aduana local, quien nos hizo objeto de particulares atenciones. Informónos al propio tiempo de las recomendaciones recibidas de su gobierno para atendernos.

Al día siguiente debíamos continuar el viaje, pero nos vimos forzados á aplazarlo. Desde Buenos Aires se había resentido nuestra salud. En Tupiza tuvimos que resignarnos á guardar cama.

Y transcurrieron los días, insoportables, desesperantes, entre la consiguiente inquietud. Tres días interminables, angustiosos.

Los informes suministrádonos sobre el trayecto que nos quedaba por hacer eran realmente desalentadores. Nos ha-

blaban del camino perdido bajo la nieve y de la necesidad de un experto guía para reconocerlo; del frío excepcional como no se recordaba otro; de las elevadísimas regiones que aún debíamos cruzar; de las frecuentes nevadas que se habían hecho temibles; de *punas* y desmayos, mareos y flujos de sangre por la nariz......Aquello era el mismísimo camino del infierno.

Olvidábamos la natural elocuencia de nuestro hotelero, pues todos estos informes iban reforzados por su verbosidad desbordante.

Y no faltó un respetable y buen señor, vecino del lugar, establecido allí desde un cuarto de siglo atrás, que afirmaba, con todas las apariencias de un profundo convencimiento, no atreverse á realizar en semejantes circunstancias, un viaje hasta Uyuni, término de nuestras andanzas en diligencia. Y nos aconsejó buenamente que desistiéramos de nuestro empeño.

Como nuestra salud nos inspiraba cuidado y no la teníamos en grado suficiente para jugarla en una aventura, instamos á nuestro compañero, que vivía en un perpetuo suplicio, que siguiera adelante, mientras nosotros regresábamos á Buenos Aires. Aquel se negó rotundamente á ello. Convinimos entonces, con mucha pena de ambos, regresar juntos. Y en ese sentido enviamos un telegrama á la Federación

de estudiantes peruanos, participando nuestra vuelta.

Pero, ya remitido el telegrama, y meditando sobre nuestro infructuoso viaje hasta allí, no queríamos resignarnos al regreso.

Pensamos que volver á la Asunción sin haber conocido Lima, sin haber navegado en el lago Titicaca, sin haber cruzado los Andes y sin haber visto siquiera el inmenso Pacífico, sería algo que nos pesaría por toda la vida Y resolvimos, por último, en el calor de estas reflexiones, que si regresábamos sin haber puesto las plantas en tierra peruana, seríamos «indignos.» Íbamos á echarlas de valientes.

La resolución estaba tomada. Solicitamos la diligencia para el día siguiente, con ruidosa explosión por parte de ambos.

Esa noche recibimos la amable y honrosa visita del Doctor Enrique Ipiña, sub-Prefecto de Tupiza, con quien conversamos largamente. Le expresamos nuestro especial reconocimiento por todo lo que se hacía en obsequio á nuestra calidad de paraguayos y nuestra íntima complacencia al ver satisfactoriamente encaminadas las relaciones de nuestros respectivos paises, merced al talento diplomático de los doctores Mujía y Rück Uriburu, que tanto cariño y tanta admiración se habían conquistado en el Paraguay.

Ya muy tarde se despidió de nosotros el doctor Ipiña, con un fuerte abrazo, deseándonos felicidades y buen éxito.

Cuatro días después de la obligada interrupción, reanudamos la marcha.

Hacía mucho frío. De mañana, muy temprano aún, estábamos prontos para el viaje. Nos arropamos con cuanto pudimos cargar encima. Llevábamos envueltos la cabeza y el rostro con gruesos abrigos é íbamos provistos de grandes anteojos de *chauffeur* para evitar las molestias de la nieve, que produce irritación en los ojos. Nuestros pies estaban helados, á pesar de llevarlos envueltos en gruesas mantas de viaje.

Antes de partir, cuando quisimos satisfacer el importe del expreso que habíamos pedido, se nos respondió en la empresa, que tenían órdenes de no permitirnos ningún gasto en la casa. Aquello colmaba las atenciones que se nos dispensaban con tanta gentileza.

Nuestro coche ofrecía un grave inconveniente. Carecía de cubierta que pudiera ampararnos contra la inclemencia atmosférica. Completamente abierto, no nos ofrecía protección alguna contra el frío. Marchábamos al aire libre, azotados por el viento glacial que soplaba.

Tampoco disponíamos de un asiento cómodo. Tuvimos que refugiarnos en el pescante, apeñuscados junto al cochero, con la perspectiva poco amable

de andar tres días en la misma forma.

Al rato de salir aumentó la intensidad del frío. Silbaba un vientecillo particularmente helado. El tiempo nos mostraba un rostro ceñudo y poco tranquilizador.

Comenzamos andando de nuevo en las faldas de las montañas, bordeando precipicios, salvando rápidos declives, bruscas quebradas, difíciles ascensiones y pendientes accidentadas.

La nieve blanqueaba todo el paisaje. Laderas y valles, simas y cumbres, todo era de armiño.

La blancura inmaculada que desconocíamos hasta entonces. El blanco puro, sin una mancha, el blanco que se fija en la retina y hace mal á las pupilas. El sudario de la temida Siberia.

Nuestra vista se perdía en el horizonte, en las cumbres de las lejanas montañas, siempre puras, siempre blancas. Buscábamos una desarmonía, un cambio de tono, pero en vano. El blanco persistía más allá de la última línea indecisa. La naturaleza entera vestía de desposada.

Nadie recordaba nevada igual, ni frío parecido. Los arroyos estaban congelados. Debajo de una gruesa capa de hielo corría un poco de agua. Nuestro carro pasaba vacilando por encima. Á ratos crujía el piso, se rompía el hielo, y quedaban presas las ruedas. Las mulas andaban dificilmente, resbalando

unas veces y hundiéndose otras. El chiquillo azuzador no descansaba. Sobre la resbaladiza superficie corría animándolas con sus silbidos y sus gritos. Á veces rodaba por el suelo ó se hundía á su vez, en el hielo, pero se levantaba y continuaba infatigable su tarea.

La aridez de las regiones que cruzábamos era desoladora. No habíamos visto un solo árbol. Nieve y montañas, montañas y nieve. Nada más. Y pensábamos en lo que sufrirían los pocos habitantes de esos lugares, privados de leña, de sombra, de tierras para cultivo, de un poco de pasto para sus animales.... É involuntariamente, ante tanta aridez y tanta desolación, pensábamos en nuestra tierra maravillosa, en nuestra flora exuberante, en nuestras selvas pródigas, inmensas. Si pudiésemos exhibir en esas regiones un pedacito de nuestro suelo!......

El libre curso del pensamiento nos llevaba demasiado lejos.

Una numerosa manada de llamas ó de burritos, guiada y dirigida por algunos naturales, y marchando en dirección contraria á la nuestra, interrumpía el hilo de las ideas. Cada uno de aquellos animales llevaba á cuestas su respectiva carga de mercaderías.

La llama y el burro, son utilísimos como medio de transporte en esas regiones. Conducen periódicamente, á largas distancias, metales de las regio-

nes mineras y mercancías á las poblaciones apartadas.

Nuestros grandes anteojos y nuestra vestimenta, llamaban la atención de los sencillos montañeses, que no llevaban más abrigo que un ponchito criollo. Algunos de ellos tenían los ojos hinchados, irritados por la nieve.

Fatigados en extremo, inmóviles en el asiento, fuertemente apretados unos contra otros, en el pescante, ansiábamos la llegada á una posta.

Alguna breve meseta que alcanzábamos, se nos ofrecía con la invariable y gruesa cubierta blanca, que lo había inundado todo, las cumbres, las faldas, los valles, los pasos, las humildes casitas montañesas.

Nuestro vehículo rodaba pesadamente por sobre la nieve, desgarrando aquella blancura incontaminada. Las bestias ya no corrían. La marcha era fatigosa y lenta. Había como un supremo desaliento en todo.

Al atardecer, cuando el sol se ocultaba al otro lado de las cimas nevadas, y las montañas proyectaban sus sombras gigantescas, era ya insoportable el cansancio. Y pensábamos con fastidio que aún seguiríamos dos dias en la misma forma.

El frío aumentaba con la proximidad de la noche.

La ansiada posta apareció por fin. Escoriani, una pequeña casa sepultada

entre la nieve y como adherida á las faldas.

Todo de un aspecto triste, lamentable, desesperante,

Allí dormimos.

*
* *

A la mañana siguiente, más temprano que de costumbre, estábamos de nuevo en viaje. Nos habían prevenido que ese día sería mayor la distancia á recorrer y que si retardábamos la salida nos tomaría la noche en el camino, lo que, por cierto, no era muy de nuestro agrado.

El frio continuaba como el día anterior.

El Chorolqui, uno de los picos más elevados, que divisamos seis días antes, al salir de la Quiaca, se ofrecía imponente á nuestra vista, con su ropaje gris y blanco. Por una ilusión de óptica, que se repite con frecuencia, creíamos tenerlo á corta distancia, casi al lado nuestro. Sin embargo, viajamos toda la mañana, vale decir once ó doce leguas, y aún lo teníamos encima.

La cantidad de nieve, acumulada en esas regiones, era mayor que en las recorridas anteriormente. Muchos animales habían perecido á consecuencia de las fuertes nevadas. Otros eran recogidos por sus dueños en estado lastimoso. Un vecino del lugar había muer-

to bajo la nieve. Ya muy entrada la noche, había montado á caballo, después de beber no despreciable cantidad de *pisco,* bebida nacional de Bolivia. Al día siguiente lo encontraron cadáver, á muy corta distancia, completamente tapado por la nieve. El hombre había congelado su vida en el fondo de una copa.

Nuestra silla de posta corría sin descanso. El paisaje seguía idéntico. Arido, desolado, triste.... Mientras avanzábamos en un estrecho valle, al pie de las laderas aparecía, á corta distancia, interceptado el camino, limitado el valle por un grupo de montañas. Intentábamos entonces adivinar el paso carretero, pero era vano nuestro intento. Nos perdíamos en aquel laberinto. Y sin embargo, alcanzábamos esas y otras intercepciones y el carro seguía adelante, á veces subiendo por entre sendas artificiales ó descendiendo por callejuelas inesperadas, ó dando vueltas y rodeos por entre escarpaduras y precipicios. A veces el paso era una estrecha garganta, un desfiladero breve, abierto entre dos cerros que casi se abalanzaban el uno sobre el otro. Por allí pasábamos, para volver á ascender laderas y tramontar cumbres

La naturaleza seguía invariable. Grandiosa, inmensa, avasalladora. Moles gigantescas, irregulares, que emergen con sus formas fantásticas, con sus arquitecturas extrañas. Dentaduras colosales que

avanzan como una amenaza, prominencias grotescas y prolongaciones abruptas. Allí donde la nieve dejaba libre, se mostraban al descubierto los flancos pedregosos, descarnados, las estratificaciones pizarrosas, las monstruosas rugosidades de las paredes.

Próximo y junto al camino carretero, corría el terraplén del ferrocarril en construcción, que en breve llegará hasta Tupiza.

Al caer la tarde nos dominaban las mismas impresiones del día anterior. Un cansancio sin límites y un aburrimiento mortal.

Al anochecer paramos en Tambillo. Estábamos rendidos. Y aún nos faltaba un día entero de viaje para llegar al suspirado Uyuni, donde daríamos al traste con la dichosa diligencia.

Esa noche dormimos sin dar una vuelta en la cama. Y soñamos que nuestro carro se hundía en el abismo, mientras nosotros lo observábamos con cierta sonrisita de conmiseración, desde la ventanilla de un vagón de ferrocarril.

¡Oh, los sueños!

Al otro día, Domingo, á estar por lo que decían las gentes, cuando el sol doraba los nevados picachos, nos acomodamos de nuevo en el pescante para hacer el último recorrido, que por ser el último sería el más fastidioso.

Nuestro compañero de penas y amarguras nos miró con un gesto desabrido

en que había lasitud, hastío, aburrimiento, dejadez, cansancio, malestar, disgusto......

Le miramos á nuestra vez. Nos comprendimos como almas gemelas. Y dos soberanos bostezos—resumen escapado sin previo acuerdo—saludaron el primer latigazo que recibieron en sus carnes aquel día las pobres mulitas inolvidables.

Y recomenzamos el viejo cuento de los días precedentes, dando tumbos de un lado y golpes de otro. La misma historia con algunas agravantes. Esa tarde, sin embargo, terminarían las peripecias. Ya era tiempo. El camino de la amargura se había prolongado mucho. Debemos confesar, no obstante, que no encontramos el camino tan infernal como nos lo pintaron. Tanto se nos había hablado de peligros, con tan malos colores se nos pintó aquello, que cualquiera creería no salir con vida de la arriesgada aventura. Quizás por eso mismo resultó el viaje no tan ultramundano á pesar de ser bastante penoso.

Posiblemente en automóvil se haría un admirable recorrido.

De los informes suministrádonos resultaba que la parte peor del trayecto era la última, es decir, la que haríamos ese día. Efectivamente, así lo encontramos. Anteriormente, todo se reducia á costear montañas y recorrer valles. Hasta entonces no habíamos subido más allá

de los 3.800 metros. Ese día comenzamos ascendiendo mucho. La marcha era penosa y difícil. La carretera corría en una larga y extendida espiral ó en un violento zig-zag, á través de las faldas. Allí andaba á duras penas nuestro expreso, entre barro y nieve. Las mulitas hacían esfuerzos visibles para seguir adelante. Cada paso, penoso y difícil, costaba un triunfo, cada obstáculo salvado era una victoria ganada.

Y cuando, después de tanto esfuerzo, tanto trabajo y tantas vueltas, salvábamos por fin una montaña y creíamos respirar libremente al otro lado, nos encontrábamos con nuevas dificultades, que vencer, con nuevas ascensiones que comenzar.

Y así seguíamos, de obstáculo en obstáculo, lenta y penosamente.

La nieve blanqueaba siempre el paisaje. Su espesor llegaba á varios metros. En partes comenzaba á disolverse formándose barro y haciéndose pésimo el camino.

Nuestro conductor hacía prodigios de habilidad, en su misión de dirigir las bestias por entre aquella interminable espiral, donde apenas cabía silla de posta. La carretera se reduce á un estrechísimo paso, á una pequeña plataforma abierta en las laderas. Por un lado se tiene la mole negruzca de la montaña que se alcanza á tocar con la mano, por el otro el precipicio abierto. Las rue-

das corren rozando las orillas, bordeando el abismo por entre las curvas rápidas y breves, donde un descuido, una distracción, un pequeño desvío de los animales, podrían costar caro. Estos pasajes nos ponían los nervios en tensión. Y allí era de ver la destreza del cochero.

A veces, ya allá en lo alto, salvada la cumbre, mirábamos hacia atrás, hacia abajo y nos volvíamos asombrados. En la hondonada profunda, allá muy en el fondo, veíamos el camino recorrido. Un valle estrecho y largo que se extendía hasta perderse en un lejano recodo. Y á través de las faldas accidentadas, el camino carretero tendido en grandes trazos, en bruscos zig-zags, en violentas quebradas.

Las mulas iban en extremo cansadas. Apenas ascendíamos. Al caer la tarde el viaje se volvía más insoportable que los días anteriores. A ratos, en un plano inclinado, en una rápida pendiente, bajábamos á toda carrera. Respirábamos entonces. Pero luego comenzaba la eterna ascensión. El sueño y el cansancio nos vencían. Dormitábamos á veces, pero una fuerte sacudida nos advertía que aún no había llegado la hora del descanso.

A eso de las 3 de la tarde salimos de lleno á una amplia y vasta meseta, á 4,800 metros de altura, arropada con la invariable vestidura blanca. Desde

allí divisamos el deseado Uyuni, el punto acariciado desde que salimos de Tupiza. Por debajo de nuestros pies, y á considerable distancia, se extendía en un plano inferior, otra llanura blanca. Un inmenso océano de nieve que iba á buscar su límite al pie de las montañas nevadas que cerraban el horizonte á lo lejos. En el centro de aquel vasto mar congelado, como una isleta casi sumergida, se ofreció á nuestra vista la pequeña población.

No pudimos reprimir una exclamación de alegría. Viajaríamos de nuevo en ferrocarril. Aquel era el ya célebre, el temido Uyuni, el infierno que nos habían pintado. Por fin llegábamos al término de aquella peregrinación, sin haber sufrido otro mal que un cansancio y un fastidio extraordinarios, después de los tres días memorables, convertidos en algo así como sardinas, en el pescante.

Nuestro cochero mismo y nuestro valiente chiquillo estaban vencidos. Los gritos y los silbidos de los primeros días ya no se escuchaban. Avanzábamos paso á paso, en completo silencio.

Salvado por fin el último trayecto, y como á las 5 de la tarde, llegamos al pueblo, que resultó ser una bonita población, comercial y mucho más animada que Tupiza. Bien es cierto que encontramos un frío terrible. De los aleros colgaban goteando con intermitencias, barras y

masas de hielo, en forma de estalactitas. Los tejados estaban cubiertos de nieve. Las bebidas en general, los líquidos de todas clases, estaban congelados casi totalmente, dentro de los recipientes. Una botella de agua mineral que pedimos, solidificada como todas las demás, tuvo que pasar antes por una cuba de agua caliente para licuarse.

Algún momento después recibimos, en el hotel, la visita del señor Abel Ferreira, Intendente de Policía, quien nos atendió gentilmente, expresándonos que, al igual de las demás autoridades, tenía instrucciones para ello.

Nuestros dos compañeros habían seguido viaje algunos días antes. Nosotros podíamos continuarlo esa misma noche. A las 9 y 30 pasaba el ferro carril.

El señor Ferreira nos presentó á un buen número de sus amigos, con quienes departimos cordialmente y entre quienes recordamos especialmente la figura simpática y distinguida de dos caballeros: el doctor Seoane Fernandez y el señor Luis Calvo, cultos é inteligentísimos jóvenes que se hicieron acreedores á toda nuestra gratitud.

Debemos mencionar de nuevo, que no tuvimos que molestarnos para nada. Cuando averiguamos de nuestros equipajes, ya estaban éstos embarcados y despachados en los coches. Todo lo teníamos pronto, gracias á la diligente atención de gentes tan amables.

A la hora ya citada, reanudamos el viaje en ferro-carril. Nuestros buenos amigos estuvieron á despedirnos en la estación. Dejamos Uyuni, agradecidos á tantas deferencias.

Esa noche dormimos en buenos camarotes, mientras el tren rodaba, dando traqueteos, por entre cadenas de montañas. Y volvimos á soñar con nuestro carrito, subiendo penosamente una cuesta....

De paso, al día siguiente, en la estación de Oruro, obtuvimos algunos periódicos de La Paz, «*El Diario*» y «*El Comercio de Bolivia,* en los que leimos noticias sobre nuestros perdidos compañeros. Este último, bajo el acápite de «Agasajos á los huéspedes Universitarios,» decía: «Ayer á las 5 y 40, llegaron á esta ciudad, los representantes de la Universidad del Paraguay, señores Raul Casal Ribeiro y Luis D' Gásperi, quienes van al congreso de estudiantes americanos que se reunirá en Lima.»

«A las 2 p. m. numerosos universitarios se dirigieron á Viacha con el objeto de saludar á los distinguidos jóvenes.»

«En la estación de Challapampa fueron recibidos con vivas á la República del Paraguay».

«Los centenares de universitarios obligaron á los huéspedes á hacer la entrada á la ciudad, á pié, abundando en el trayecto los vivas al Paraguay y Bolivia.»

«En la puerta del café Paris el señor Casal Ribeiro agradeció la manifestación de que eran objeto.»

....

«El señor Alberto Cortadellas, catedrático de la Facultad de Derecho, que en representación del cuerpo docente de dicha facultad, fué hasta Viacha á saludar á los jóvenes universitarios paraguayos, invitóles á una comida en el hotel Guibert.»

«Los delegados emprenderán viaje á Lima el lunes próximo.»

Hasta aquí el citado periódico.

Nuestros compañeros, pues, saldrían de la Paz ese mismo día y llegaríamos simultáneamente á Viacha, punto de concurrencia de ambas líneas.

En el curso del viaje conocimos á algunos jóvenes. Uno de ellos nos habló mucho del Coronel Jara. Nos refirió que en toda Bolivia se sabían de memoria las palabras textuales de aquel, cuando estaba por asumir el mando.

—Conocíamos muy bien—nos dijo—las intenciones del Coronel Jara, que, con el propósito de atraerse las simpatías del pueblo y de sus tropas, prometió, refiriéndose á la Paz, nuestra capital, «que taparía ese agujero con balas»......

La frase estaba bastante bien, pues, debe saberse que la capital boliviana está en un verdadero «agujero», en un

poético nido, protegida por una circunvalación de montañas.

La frase estaba bien, pero nos causó singular extrañeza. El Coronel Jara jamás se ocupó de Bolivia, ni tuvo tiempo para ello. Así se lo dijimos al amigo, que no daba muestras de creer en nuestra afirmación.

Después tuvimos ocasión de constatar que el supuesto dicho de Jara era conocido por todos los bolivianos.

Nos convencimos sin mucho esfuerzo, de que toda la preocupación de Bolivia se concentraba en su ejército. La juventud acaricia ensueños guerreros. En breve se instalaría, á iniciativa de ella, una fábrica de cartuchos.

Prosiguiendo el viaje, á las cuatro y media de la tarde, llegamos á Viacha, distante algunos kilómetros de la Paz. En ese mismo instante llegaba otro tren, procedente de la capital boliviana. En él venían Casal Ribeiro y D' Gásperi, acompañados de un centenar de universitarios. Entre ellos un compatriota, Luis Eduardo Fracchia, residente en aquella ciudad.

Fuimos acogidos con ruidosas explosiones por la muchachada. Abrazos y vivas y hurras entusiastas se cambiaron en aquel simpático encuentro.

Pero la demora fué breve. Apenas cambiadas las primeras demostraciones, el tren se puso de nuevo en movimiento. Y al alejarnos, agitábamos sombre-

4

ros y pañuelos, respondiendo á las cariñosas demostraciones de los jóvenes universitarios de la patria hermana.

Iba con nosotros un inteligente estudiante boliviano, Bernardo Navajas Trigo, delegado de la Universidad de Tarija al Congreso de Lima, nuestro compañero inseparable desde entonces.

La locomotora impaciente empezó á correr de nuevo, serpenteando por entre las escabrosidades de aquella cordillera que se extendía sin término ante nosotros. Desde la plataforma de los coches, observábamos hacia atrás, hermosas montañas nevadas, cuyas cumbres se ocultaban en lo alto, entre espumas de nubes. El Illimani, cantado por los poetas, mostraba su silueta altiva y soberbia, con la impecable pureza de su túnica blanca, que se esfumaba allá arriba, en una conjunción vaporosa con el cielo. Su vestidura de invierno, suspendida de las nubes, caía hasta el suelo sin una arruga.

El sol se ocultó una vez más ante nosotros, al otro lado de las cimas lejanas, dorando con su invariable pincelada temblorosa la cresta gigantesca de los Andes.

Ya entrada la noche llegamos á Huaqui, sobre el lago Titicaca, último punto boliviano que tocábamos.

Desde allí remitimos un telegrama al señor Ministro de Relaciones Exteriores, agradeciendo las atenciones dispen-

sádasnos por las autoridades bolivianas y lamentando que la angustia de tiempo nos hubiese impedido ofrecerle personalmente nuestros saludos y respetos.

A las 7 de la noche, embarcados á bordo del «Coya», en el lago Titicaca, abandonábamos tierra boliviana, la que tan grata se nos había hecho, por la noble gentileza de sus hijos....



A TRAVÉS DEL PERÚ

En el lago Titicaca

Con disgusto de nuestra curiosidad no satisfecha habíamos puesto pie en la cubierta del «Coya». La densa obscuridad se tendía como un velo impenetrable sobre las cosas. El Titicaca se perdía en la noche. Apenas adivinábamos que allí en frente, se extendía una vasta superficie líquida, que debía ser caprichosa y bella.

El buque se desprendió de la costa, tras la precipitación inevitable de los últimos instantes y se internó de lleno en el seno de las sombras.

Cesaron á bordo las agitaciones y los vaivenes continuos. Callaron las voces de mando. Y en la calma y el silencio de la noche solo se oyó el ruidoso chapoteo de las hélices nerviosas.

El barco se alejaba lentamente. Atrás,

en el fondo de la costa abandonada, quedaba Huaqui, durmiendo en la sombra, y mostrando sus lucecitas inciertas que titilaban con intermitencias breves.

Soplaba un viento fresco. En la mancha negra de las aguas había agitación de pequeñas marejadas.

No podíamos apreciar aun ni un detalle del lago encantado de los incas.

La obscuridad y el misterio de todo lo que apenas entreveíamos, eran un acicate más para nuestra creciente curiosidad.

Y en este ansioso afán de recoger impresiones y guardar un recuerdo exacto de aquellos lugares que acaso no volveríamos á ver, escrutábamos en vano en la obscuridad profunda. La noche, en su egoísmo, guardaba amorosamente como un secreto, aquella naturaleza ruda, áspera y mala que, en un rasgo de coquetería, incrustó entre las abruptas asperezas, como delicado engarce, aquel diminuto oasis de encanto y de belleza....

Y pensábamos, con cierto orgullo satisfecho, que íbamos navegando en el lago legendario, en la cuna de un imperio original, á 3.800 metros de altura y tramontando una frontera.

Perú y Bolivia se disputaban el dominio del lago. Dos damas y una joya rara. Un diamante seccionó la bella esmeralda y otorgó el occidente para el inca y el oriente para su celoso hermano.

La embarcación sigue navegando siempre, hendiendo en silencio la masa tranquila de las aguas.

La noche transcurrió en el viaje. Y cuando el sol, al otro día, despertó del fondo del lago, en el lejano horizonte, ya nos sorprendió observando el panorama desde el puente.

El hermoso lago, objeto de tantas y tan bellas tradiciones, ofrecía una superficie ligeramente rizada. A ambos lados y á corta distancia, ofrecíanse á la vista las peladas faldas ribereñas, las eternas montañas estériles, infecundas, sin rastros de vida ni indicios de vegetación.

A la blancura impecable de la nieve había sucedido la aridez desoladora de las rocas multiformes. Tras el sudario de las cumbres y la fría hospitalidad de los altiplanos, la esterilidad desesperante de las costas.

El pequeño mar, precioso capricho, mostraba sus aguas claras de un verde esmeralda, con limpidez de fuente y transparencia de cristal. Su profundidad media es de 35 á 40 metros, alcanzando á más de 150 en algunas partes.

Ordinariamente ambas costas asoman á poca distancia, pero hay lugares en que van alejándose hasta perderse de vista.

Entonces la ilusión es completa. Se navega en plena mar, lejos de los continentes.

El lago estaba serenamente apacible, con claridad y pureza de estanque. No había tumulto de oleajes, ni espumas irritadas. La superficie cristalina dormía en calma, extendiéndose á lo lejos como un bello y vasto tapiz esmeralda.

Allá en el horizonte, palomas de mar, encanto indispensable de las aguas, ligeras y coquetas, paseaban las blancas velas empujadas por el viento.

Y cuentan que hay entre ellas y el mar diminuto, una historia de amores y enojos temibles, cantados en roncas estrofas y en ritmos que braman, por los vientos rebeldes, por las nubes negras y por las tempestades.

El poético lago tiene también sus paroxismos, su provisión de furias, sus temporales encajonados, sus encrespamientos de rabia......

Caprichosa tiranía de un pequeño déspota, mimado de su casa, que alborota y destroza cuanto encuentra.

Las blancas aventureras leves, que vagan sobre la superficie, con sus sencs de armiño, hinchados por el viento, huyen entonces espantadas y se refugian apiñadas en la costa. Algunas, sorprendidas á distancia, juguetes frágiles, luchan contra la cólera espumosa desatada. El lago ruge. La superficie color de esperanza, se torna sombría. Las aguas se vuelven negras. Las oleadas descompuestas, encolerizadas, van en terrible confusión, precipitándose, unas tras

otras, á estrellarse rugientes en las rocas indefensas....

En la ensenada hay azoramiento y angustia, ansiosa inquietud por las que faltan. Se mira á lo lejos, se investiga por sobre la cresta asustada de las olas, se interroga al horizonte en vano....

Y cuando pasa el temporal y calla el silbido de los vientos, llegan unas, maltrechas, abatidas, las alas rotas, destrozadas, á la costa. Otras, pobrecitas vencidas, no vuelven nunca. Se borda entonces una breve historia. Un naufragio. El lago le retorció el cuello y la mató....

Las olas siguen cantando. Las aguas esmeraldas arrojan al otro día, un resto desgarrado de sus alas blancas. Ultimo mensaje que llega murmurando, como un reproche, como una queja, como una lágrima del naúfrago en la playa........



A TRAVÉS DE LOS ANDES

A las 8 de la mañana, después de doce horas de navegación en el Titicaca, nos aproximábamos á Puno, primer punto peruano que íbamos á pisar. A poca distancia y siempre entre la naturaleza áspera y accidentada, divisamos el caserío de la pequeña población. La embarción se interna en un estrecho canal que conduce hasta el muelle.

Bajo el agua, mágicamente cristalina, á poca profundidad y hacia entrambas riberas, una superficie ondulante de hierbas flexibles se agita suavemente. El agua juega al correr con su movible cabellera suelta.

La reducida superficie, turgente como un seno, se hincha al paso del buque. El nivel se eleva y el agua se desborda por sobre los juncos.

Entre la precipitación inevitable abandonamos el «Coya», atracado junto al

muelle. Y sin tiempo para ver siquiera la población, tomamos el ferro-carril, que llega hasta la misma aduana y que va desde este punto hasta Mollendo, sobre el océano Pacífico.

Eran nuestros compañeros de viaje desde Huaqui, además de Bernardo Navajas Trigo, los señores Sanjinés y Peñaylillo, bolivianos, como el primero, y con quienes pasamos momentos gratísimos durante todo el curso del viaje hasta el Callao.

El convoy es reducido. La locomotora no se arriesga á llevar más que dos ó tres coches y marcha á través de los Andes con una velocidad que molesta.

La inmensa cordillera majestuosa enseña sus picos gigantescos, más altivos y más imponentes que antes. Moles enormes se levantan soberbias y hurañas, á veces pensativas, con sus arquitecturas inverosímiles. Hinchamientos monstruosos, explosiones teratológicas, formas grotescas.

Hay como derrengamientos colosales, quebraduras y dislocaciones inmensas, rajaduras y estratificaciones. Levantamientos geológicos, como obras de la demencia, arrojados al azar en un rapto de supremo malhumor.

Y por entre aquel amontonamiento desordenado, describe la locomotora su tortuosa marcha afanosa hacia la cumbre.

La solemnidad es casi religiosa. El

espíritu se abstrae en la contemplación de las maravillas de la naturaleza y del hombre. La lucha victoriosa de la inteligencia humana sobre los obstáculos acumulados por la creación.

Las cúspides adustas surgen como erizamientos invencibles que cierran el paso. La tierra acumula dificultades, levanta barreras, construye abismos en todas partes. Las cimas se alzan como terrible rebelión de sus entrañas, los precipicios se abren como horribles fauces que amenazan.

El hombre, pequeño, microscópico, casi invisible, sitiado en el valle por todos aquellos elementos confabulados contra él, opone al cúmulo abrumador, su arrogante audacia soberana y guiado por la luz de su genio tiende sus puentes maravillosos sobre el vacío, horada vientres de piedra y de granito, extiende sus brazos de señor junto á las montañas humilladas y las rodea, las enlaza, y las oprime amorosamente, con su largo abrazo de acero.

Y sobre la naturaleza así vencida, sobre aquel consorcio de la tierra y del hombre, pasa silbando su canción del progreso, la rebelde triunfal vencedora de espacios. Corre orgullosa y ufana, la máquina hirviente anudando fronteras, enlazando naciones y acortando distancias.

Allí pasa, veloz y humeante, trepidando y crujiendo, aquel mensajero de

pueblos. Corre en la estrecha plataforma abierta en la dura peña.

Su marcha es rápida, casi angustiosa. El traqueteo violento. Los puentes se suceden, los precipicios se ofrecen como un arte de la naturaleza. En las ventanillas de los vagones asoman cabezas curiosas, asombradas. Alguna casita, allá muy abajo, en el valle breve, se muestra á veces como indicio de vida, Un arroyuelo enseña también su pequeña corriente, al pie de las montañas cuyas cimas se va cruzando.

La vía prodigiosa se extiende obedeciendo al capricho de las sinuosidades y las laderas.

El audaz caracoleo se interrumpe á veces y, tras vueltas rápidas y curvas inesperadas, sigue la espiral en un brusco zig—zag ascendente. Y cuando cesan las ascensiones atrevidas, comienzan los descensos vertiginosos, los deslizamientos inauditos que pasman.

Aquella marcha desenfrenada, casi loca, por entre cumbres y abismos, parecía una ciega obstinación insensata.

En vano pretende alguno afirmarse en el asiento. Una violenta desviación le golpea á un lado, mientras una brusca subida le arroja sobre el respaldo y un pronunciado declive le obliga á sostenerse con las manos.

El viaje se hace cada vez más molesto. La brusquedad de las desviaciones causa un extraño malestar. La espiral

de acero corre por entre aquellos vericuetos enlazando montañas. La rapidez de la marcha y la violencia del traqueteo no se interrumpen. Un hermoso lago se ofrece de súbito á las miradas. Un pequeño Titicaca cuyas riberas se bordean durante largo rato. Una hora después, al tramontar á lo lejos una cumbre, se ve la callada superficie al ocultarse definitivamente.

A medida que se avanza, la molestia es mayor, el malestar creciente. Después de algunas horas de viaje se siente cierto mareo y pronunciados zumbidos en el oido. Un malestar parecido al que producen los buques de mar.

Ya de tarde, se divisa, desde una considerable altura, la ciudad de Arequipa, que se ofrece pintoresca y risueña, en una extensión amplia, al pie del volcán Misti.

Se desciende las últimas laderas y algún tiempo más tarde se llega á la estación.

Breves instantes más y de nuevo en viaje. Arequipa se encuentra á 2300 metros sobre el mar. Este desnivel se salva en el corto transcurso de algunas horas. El descenso se inicia rápido, continuado, constante, para ir á terminarlo en las playas mismas del Pacífico. Se marcha, siempre por entre curvas y sinuosidades, en la falda opuesta de los Andes.

Transcurre la última parte de la tarde, la noche cierra poco á poco y el descenso continúa.

A eso de las 9, termina por fin aquella carrera. Se respira con satisfacción. Se está en Mollendo, puerto peruano, sobre el Pacífico. En la estación, hormiguean con curiosidad las gentes. Se camina casi á tientas, se sigue la corriente humana, se busca alojamiento y se llega allí cerca. Un hotel junto al mar.

La noche, particularmente obscura, agrega á las cosas su capa de misterio. La curiosidad burlada, se repliega sobre sí misma. Inutilmente se trata de sondar en la sombra. Las pupilas se dilatan, investigando ansiosamente. Se está junto al mar, pero no se le ve, se le siente. En frente se extiende una mancha negra, que es noche y agua.

Hay rumores que avasallan. Ruidos sordos de marejadas que se deshacen, asaltos de oleadas rugientes á la costa. Salvaje confidencia, murmurada en un lenguaje intraducible de grandeza, pavor, inmensidad....

Y los ojos se abren anhelantes, se mira, se mira más fijamente. Una claridad súbita, se levanta de pronto, allí cerca, rompiéndose en estrellitas blancas.

Es una cresta de espuma que ha desgarrado el manto misterioso de la noche......

En el Pacífico

De mañana, temprano aún, rendíamos nuestra admiración al océano.

Sobre las piedras, á lo largo de la costa, venían á romperse las olas tumultuosas. Las violentas marejadas imdomables avanzan ondulando y se estrellan embravecidas en las desoladas rompientes ribereñas.

La canción perenne, ininterrumpida de las aguas.

Las olas, incansables y tenaces, que vienen de lejos, devorando distancias, marchando al asalto, precipitándose unas tras otras, persiguiéndose sin tregua, para ir á disolverse luego, en un poco de espuma que besa la playa.

El mar bravío, salvaje, palpitante, azota sin piedad á las rocas costaneras, áridas y desnudas, que resisten los embates y las furias, hasta que, al fin, vencidas en la porfía, horadadas y carcomidas, se desploman al fondo y las aguas triunfantes extienden los límites de su vasto imperio. La lucha tenaz que no se interrumpe.

Sobre la superficie verde obscura del agua, las gaviotas juguetonas, revolotean en bandadas. Y los botes, pequeños y ligeros, se balancean sobre las aguas encrespadas, en un prodigio de flotación.

En la bella mañana, el panorama era único para nosotros. La grandiosa majestad del océano ejercía extraña presión

sobre el ánimo. La sombría extensión verdosa hacía pensar en ignorados naufragios.....

Sobre el litoral pacífico son raros los puertos que ofrecen el embarque tranquilo y seguro de los nuestros. Esto especialmente en Mollendo, donde, según aseguran, el océano vive en un perpetuo alboroto.

No existe en aquellos puntos la comodidad que proporcionan muestros muelles. Los buques fondean á largas distancias, empleando horas enteras en las operaciones de carga y descarga, que se efectuan por intermedio de chatas y lanchones.

El embarque de pasajeros es difícil, á veces imposible. Nos cuentan que cuando el oleaje es muy pronunciado y los pequeños botes no pueden atracar al costado de los buques, junto á la escala, tiene que echarse mano á un recurso particular. Los pasajeros, acomodados en canastos especiales, son transportados á bordo, por medio de guinches.

Felizmente no nos tocó hacer uso de tal medio.

Supimos que algunos días antes había pasado el «Oropesa» conduciendo á bordo las delegaciones estudiantiles del Uruguay, de la Argentina, del Brasil y de Chile.

Nos informaron, además, que el «California» llegaría esa tarde y que podríamos proseguir el viaje en este barco.

Mollendo es uno de los puertos más importantes del sur del Perú. La población se extiende en un reducido límite. Sus edificios son casi todos de madera. Característica de las poblaciones del litoral pacífico. Poco tiempo antes un incendio lo había destruido casi completamente. Aún se notaban rastros del siniestro. La edificación de madera suele ofrecer esas sorpresas. Si por un lado preserva, en cierto modo, de los terremotos, ofrece por otro, el inconveniente de los incendios frecuentes.

En el puerto era esperado por momentos el «California.» Venía con un retraso de dos días, merced á lo cual, llegaríamos á Lima oportunamente.

A eso de las once de la mañana se avistaba en el extremo horizonte una nubecilla casi imperceptible.

—Es el «California»—afirmaron los «fleteros» observando.

Apenas podíamos creerlo. Solo una mirada acostumbrada adivinaba un barco en aquella manchita borrosa, que se alzaba en los límites lejanos de la inmensa superficie movible, en la conjunción misma del agua y el cielo.

Allí clavamos la vista con atención, siguiéndole en su progresivo crecimiento. La microscópica nubecilla aumentaba sin cesar. Cada vez se hacía más visible. Nada, sin embargo denotaría á ojos inexpertos que aquello era un pa-

lacio flotante, con su centenar de vidas, en marcha hacia el puerto.

La pequeña columna indecisa crecía siempre. Poco á poco adquiría formas más precisas. Cada minuto era un nuevo detalle.

La silueta del barco iba perfilándose lentamente. Era ya, efectivamente, un buque de altamar, con su penacho de humo y su alta proa.

Un cuarto de hora más y el «California,» un tanto disminuido aún por la distancia, se mostraba ya todo entero, sobre la vasta superficie.

A eso de la una, dos horas después de avistado en el horizonte, cuando volvimos á mirar, estaba en el puerto.

Ratos más tarde, nos embarcábamos, siempre en compañía de nuestros tres amigos bolivianos.

En los diminutos botes apenas se cabe. Son pequeños esquifes, estrechos, arqueados, incómodos, que se balancean, eso sí, de punta á punta, sobre las más violentas oleadas, sin peligro de zozobrar. En nada se parecen estos á nuestros botes, amplios é inmensos.

El barco estaba fondeado á larga distancia.

El oleaje era pronunciado. Nuestra minúscula embarcación, juguete del agua, flotaba, allá arriba, sobre una ola irritada que pasaba, para hundirse luego en una profunda ondulación y reapare-

cer después, sobre la cresta de una nueva ola que seguía.

A ratos, tras el paso de una violenta marejada, perdíamos de vista el barco, la costa, el puerto y solo veíamos una inmensa masa de agua que se nos venía encima......

Y la marejada pasaba. Y nos hundíamos de nuevo, en aquella depresión abierta ante nosotros.

Así llegamos al costado del «California», que también obedecía al ritmo de la ondulante superficie líquida.

El embarque no deja de ofrecer serias molestias. En cada intervalo de ola y ola, la escala del buque queda al descubierto. Entonces es imposible abordarla, pues el bote se hunde en la depresión producida en la superficie y aquella queda á considerable altura. El embarque se efectúa cuando, sobre la hinchazón del oleaje, se remonta el bote, elevándose junto á la pequeña escalera. Ese instante se aprovecha para saltar de la embarcación, asiéndose á una cuerda. Cada ola que pasa es un pasajero que sube. A veces, sin embargo, se yerra el golpe con un salto inoportuno y se queda uno suspendido, mientras una nueva oleada le baña medio cuerpo al pasar.

Nuestro embarque estuvo felizmente exento de toda peripecia. Sin incidente digno de mención, nos vimos en la cubierta del «California»

Los pájaros de mar, en cantidad innumerable, revoloteaban alrededor del buque.

Horas después, estábamos en pleno viaje, navegando hacia el norte, camino del Callao. El Pacífico, inquieto y alborotado, nos ofrecía su dilatado horizonte. La costa del continente se había perdido de vista. De tanto en tanto solo se observaba, como entre una capa de nieblas, la cadena andina.

El «California» marchaba en un perenne balanceo de proa á popa, que molestaba en extremo. El movimiento del mar continuaba invariablemente igual. Los dos primeros días fueron algo menos que insoportables. A bordo nos aburríamos extraordinariamente. Había pocos pasajeros. Mujeres, ninguna. Ni siquiera para habérselas con el clásico y desvencijado piano del salón. Algunos ingleses ofrecían su invariable flema británica. Nada más.

La única novedad de bulto. A bordo había un indiscutible é inmejorable apetito. Se comía, y conste que se comía, como seis veces al dia.

Nosotros hacíamos papel de espectadores. Estábamos reducidos á acojer, con pasiva resignación, las cencerradas anunciadoras. Teníamos muerta el hambre hacía días. El ritmo insolente de aquel balanceo infernal nos revolvía hasta la conciencia. Y pensar que navegábamos en el *pacífico*.

El afortunado Balboa veía, por lo visto, solo el lado manso de las cosas.

Recién al tercer día de viaje, calmó aquel movimiento impertinente. Descansamos por fin y...... comimos á nuestra vez, reparando el pasado y previendo el porvenir.

A bordo leímos, en los diarios chilenos, algunas noticias referentes al paso de las delegaciones estudiantiles. De la paraguaya se decía ignorarse por completo el rumbo que había tomado......

Nuestro malhadado «California,» hacía desesperantes escalas en los puertos. Era un caletero de la última especie. Horas enteras, aburridoras y mortales. Pero al fin, tras una buena dosis de fastidio y agotada la paciencia, seguíamos andando.

El 20 de Julio, víspera de la instalación del Congreso, como á las 8 de la mañana, llegamos al Callao.

Ante nosotros se extendía el amplio y hermoso puerto. Repartidos, en todo lo que abarcaba la vista, buques de altamar, acorazados nacionales, vapores diversos, navíos de todas clases, pailebots y lanchas. Entrecruzamiento de chimeneas, jarcias, masteleros y foques. Laberinto de palos y velas enrolladas.

Observábamos, desde la cubierta aquel mundo de cabos y de envergaduras cuando subió á saludarnos un empleado de la prefectura de puertos, indicándonos que esperásemos, á bordo, á

la comisión estudiantil que vendría á recibirnos.

Algunos representantes de la prensa limeña, que habían llegado expresamente hasta el Callao, también estuvieron á cumplimentarnos, con amable deferencia.

*
* *

Media hora habría transcurrido mientras aguardábamos sobre la cubierta del «California», departiendo en agradable charla con los periodistas, cuando los universitarios peruanos abordaban nuestro barco.

El encuentro no pudo ser más cordial.

Cambiadas las primeras demostraciones, tras los saludos y las presentaciones indispensables, nos disponíamos á bajar á tierra, embarcados en dos lanchas, cuando llegaba, del lado opuesto, el «Ucayali», esperado ya con impaciencia en el Callao, conduciendo las delegaciones de los paises del norte y una numerosa comisión de estudiantes peruanos, que había llegado hasta Panamá á visitar las obras del Canal en construcción.

Cambiamos de rumbo y nos dirijimos hacia el «Ucayali.» Una numerosa muchachada llenaba la borda del buque. Los saludos fueron ensordecedores. Vivas al Paraguay, al Perú, á Venezuela, á Cuba, á Panamá....

Una sucesión infernal de aclamaciones y de gritos.

Calmadas las primeras y más ruidosas explosiones, se pensó en el desembarco. Pero era indispensable para ello la presencia del médico de la sanidad.

Como este tardase en venir, los impacientes viajeros reanudaron sus gritos. El Paraguay, el Perú, Venezuela, Cuba y Panamá, quedaron de lado. Ahora se clamaba por el Doctor Curleti.

—El Doctor Curleti.....Que lo busquen, que nadie viene apestado....que la fiebre amarilla es inofensiva....—vociferaban á bordo.

Y el Doctor Curleti llegó por fin. Su arribo fué saludado como el de un Mesías.

La muchachada barullenta calmó su impaciencia, pero continuaron las aclamaciones. El recién llegado dispuso que se comiese á bordo. Esta disposición fué motivo de nuevas manifestaciones. Ya nadie gritaba para bajar á tierra. Todos acataban la resolución.

Y entre aquella nueva gritería que aprobaba y aplaudía, nos sentamos á la mesa. El ruido peculiar de los platos, se mezclaba ahora á los hurras incesantes. De pronto se levantó una voz.

—Una risa cordial y simpática por la delegación paraguaya.

Y toda la muchachada en coro responde con un largo y sonoro:

—¡Oh!..........
—Otra—pide el primero.
—¡Oh!.........—repite el grupo.
—Otra—insiste por última vez.
—¡Oh!.........—contesta de nuevo el bullicioso corro.

La triple «risa» prolongada, se apagó entre la sorpresa que nos causaba tan simpático cuanto original saludo.

Algunos momentos después, escuchábamos risas armónicas y musicales para el chileno Soro, autor de la música del himno estudiantil; risas líricas y poéticas para el poeta Gálvez, autor de la letra del mismo; risas internacionales para Concha, presidente del Congreso; risas mortificantes y gatunas, agudas é impertinentes, risas, en fin, en todos los tonos y en todas las formas sin más regla que el capricho de la ocurrencia.

El Doctor Curleti, persona muy querida de los estudiantes, que ordenaba, dirigía y atendía todo con verdadera solicitud, se nos acercó, un momento, y dándonos familiarmente algunas palmadas, nos dijo, con una amable deferencia que mucho le agradecimos:

—Trátenme con mucha confianza los paraguayos.

Así se lo prometimos. Ya en Lima, y durante nuestra estadía, pudimos apreciar, aún más, sus muchas bondades, por las que le quedamos particularmente gratos.

Concluido el almuerzo, bajamos á tierra. Ya en los muelles del Callao, continuaron las expansiones ruidosas, las risas, los hurras y los vivas.

Acomodados todos, en dos coches de tranvía, seguimos hacia la capital que dista cosa de media hora de eléctrico.

Breves momentos después descendíamos en una de las principales arterias de Lima, el girón de la Unión. La ciudad ofrecía aspecto alegre. Las banderas ondeaban en las calles. Y en las miradas había algo de esa animación que flota en el ambiente, como aura precursora de las fiestas.

LIMA

Lima estaba engalanada y de fiesta.

De sus balcones pendían, en fraternal consorcio, ondeando al viento y entremezclando sus pliegues, banderas americanas.

La bella ciudad peruana, burbujeante de animación y de vida, sonreía, con su gracia señorial, á los mensajeros de las patrias distantes, que llegaban á ella, caballeros del ensueño, salvando mares, tramontando cordilleras y borrando fronteras.

Lima aguardaba, vestida de gala, arropada de flores, tendiendo su mano de sultana, hospitalaria y cordial, á la brillante juventud que llegaba á admirarla en sus bellezas.

Mientras América entera, seguía, paso á paso, la marcha de sus hijos, á través del continente, la vieja ciudad tradicional, preparaba, junto al encanto de los hogares familiares, sus ricos ramilletes, sus delicadas ofrendas, sus gentiles obsequios.

La juventud peruana—legión de luchadores — haciendo alto en la labor cotidiana, aguardaba impaciente el minuto esperado del encuentro, tendidos los brazos cariñosos hacia las hermanas de América.

Y á la hora señalada, cubiertos de polvo, salpicados de espuma, invadían el lugar de la cita, en simpática algazara, los aguardados. Por el lado del Pacífico, como por el lado del Atlántico, del norte como del sur y como del oriente, por todos los flancos, por todos los lados, afluían en noble caravana, los peregrinos gentiles, los dueños de estos mundos, los propietarios del porvenir.

Los brazos se abrieron, los labios callaron. Y en una presión estrecha, prolongada, indefinida, comulgaron las almas en sus ansias y hablaron los corazones en su lenguaje intraducible de ternuras y esperanzas.....

¡Bello gesto que marca los rumbos del futuro!

Aquel abrazo, renovado y repetido sin cesar, ayer en la tierra charrúa y en la gran metrópoli del Plata, hoy sobre la costa de occidente, mañana sobre

el mar de las Antillas, transformará los destinos vacilantes de la América de hoy.

La ardorosa juventud mensajera, llegó haciendo irrupción en las calles de Lima, derramando, en todas partes, su buen humor y su alegría ruidosa. Veinte naciones del continente enviaron sus representantes.

Allí se encontraron reunidos, por primera vez, en semejante número, hijos de diversas nacionalidades, de todas las latitudes y con sorpresa reconoció cada uno en el otro, analogías, semejanzas, similitudes. Nunca, como entonces, aparecieron tan reales y tan patentes, las vinculaciones que hacen de las razas y de los pueblos de esta parte del mundo un todo único y homogéneo.

Allí nos encontramos con la juventud peruana, semejante en un todo á la nuestra, con delegados de Nicaragua, Guatemala, Cuba, por citar los más lejanos, sin más variante que alguna pequeña entonación distinta en la pronunciación.

Allí, en fin, nos encontramos confundidos, entre aquella hermosa muchachada rozagante, orgullosos de participar en el torneo, y con más fé que nunca en el triunfo de una fraternidad americana, definitiva é indestructible.

* * *

La ciudad, un tanto exótica para no-

sotros, es bella en general. Tiene un sello peculiar, que le distingue de cualquiera otra.

El estilo de edificación colonial es distinto del que ha imperado y aún resta entre nosotros, en algunos ejemplares raros.

Se llega á Lima, soñando, sin pensarlo, á través de la gracia chispeante de las tradiciones de Palma, aventuras amorosas y discreteos galantes. Y queda uno sorprendido, cuando se percata que ya no pasean por las calles los antiguos virreyes españoles, los hidalgos caballeros de la capa; cuando busca en vano al apuesto castellano, de porte airoso y ademán noble, amigo antiguo de las veladas familiares. ¡Todo aquello ha quedado ya muy lejos! Solo resta—perfume y esencia del alma primitiva—«la limeña que vuelve tarumba al virrey en persona con una mirada ó un chiste, con los ojos como ascuas bajo el encaje del manto y con un pie capaz de desaparecer en la juntura de dos piedras.» Solo queda ella. Y ella vale por todo.

En frente se tiene otra Lima, amasada en pasta de la vieja cepa, en el molde de la antigua realeza colonial, que ha ido edificando y levantando una personalidad propia, inconfundible, conservando, no obstante, allá en el

fondo del caracter, aquel tinte caballeresco y noble.

En frente, se tiene una Lima moderna, hirviente y nerviosa. Hay ruido y estrépito de civilización. El auto cruza veloz, tras el ronco sonar de su bocina, repartiendo olor de nafta, como estela de su paso. Entrecruzamiento de coches y de tranvías, vaivén de vehículos, hormigueo humano, característico de las ciudades populosas. En los amplios corredores de los Portales, se estaciona un mundo cosmopolita de vendedores ambulantes. Por las calles pasan los canillitas, hijos precoces de las grandes ciudades, arrebujados en la ropa mezquina, gritando, con alguna pereza, su invariable reclame diaria: «*Comercio*», «*Prensa*», «*Crónica*», «*Diario*»......

Lima tiene ya el sello de las grandes capitales. En aislados detalles ofrece cierto parentesco lejano con Buenos Aires. La ciudad se apoya, por un lado, en el rio Rimac. Las construcciones modernas van absorbiendo paulatinamente á las antiguas.

Una de sus plazas ostenta con orgullo un hermoso monumento á Bolognesi, obra del gran escultor Querol.

Otros monumentos son el de Grau, Bolívar, Dos de Mayo y San Martín.

En Lima nunca llueve...... Los limeños no conocen más que una llovizna fina y menuda del invierno. Ni relámpagos, ni truenos. El cielo, siempre be-

nigno, no guarda en sus nubes, ni nuestras lluvias diluvianas, ni nuestras estrepitosas iras celestes.

Lima es particularmente rica en templos y conventos. Entre cerca de setenta iglesias que posee, descuella la Catedral, cuyos cimientos fueron echados por Francisco Pizarro, el mismo día de la fundación de la ciudad y destruida luego por un terremoto en 1746 y reedificada después en el mismo lugar.

Los restos del audaz conquistador se conservan momificados en un nicho de cristal, en la misma iglesia. Allí lo vimos. Rígido, seco, amarillento, estirado, en su inmovilidad de varios siglos. Así se mantiene y se conserva, á través del tiempo, la figura de aquel singular y formidable prototipo de la raza española de los tiempos de la conquista.

La Catedral posee pinturas de gran mérito, entre ellas un cuadro de Murillo. El altar mayor está rodeado de hermosa sillería de cedro y caoba.

En casi todos los templos se conservan preciosas y riquísimas talladuras en madera, esculturas admirables trabajadas con arte. Cada cinceladura, cada detalle, habla de una mano artista que le dió vida con dedicación y con amor. Trabajo paciente y delicado, primorosas joyas que sobreviven y cuyos autores no conservan más que la obscura gloria del anónimo.

Entre los principales conventos mere-

ce especial mención, el de San Francisco. Ocupa un antiquísimo edificio, destruido también en una época y reedificado luego en el mismo lugar.

Andando en visita de antigüedades llegamos al vetusto local, que aún conserva hermoso aspecto exterior. Nos guía, con amable gentileza, Abraham Valdelomar, uno de los que integran la falange de estudiosos de la joven y robusta intelectualidad peruana; apasionado ferviente de las reliquias que conserva Lima en sus conventos, en sus iglesias, en sus museos; enamorado de todo lo que representa un valor histórico, y dedicado especialmente á esta clase de estudios.

Entramos. En el interior la augusta majestad de los templos, el religioso silencio que sobrecoje. Las puertas pesadas, macizas, que hablan de siglos y saben de historias. Viejas pinturas, desteñidas por el tiempo, antiguos cuadros, apagados, que cuelgan bajo una capa de polvo. Riquísima y fina talladura en los techos. Preciosos azulejos inimitables, cubriendo pisos y paredes. Restos de antigua magnificencia, riquezas de museo.

—¡Qué infamia! — exclama nuestro amable *cicerone*, descubriendo un hermoso lienzo, reconstruido en partes—un pintor del día atreviéndose á profanar esta reliquia!

Allí, en efecto, aparece patente el grosero remiendo.

Recorremos amplias galerías silenciosas, largos corredores abandonados; subimos antiguas escalinatas, entramos en las celdas. pequeñas y reducidas, salvamos obscuros pasadizos, centenarias escaleras y llegamos á la torre.

Al pie se extiende la ciudad, dominada en toda su amplitud.

La silueta de San Francisco se alza en el centro de la antigua ciudad de los Virreyes, como un viejo centinela, maltratado por los años, enseñando las arrugas venerables que el tiempo fijara al pasar sobre su rostro.

Un rato más extendimos la vista, señoreados del horizonte y bajamos de nuevo, caminando á tientas, siguiendo otras vías, obscuras y derruidas, todo de un acentuado aspecto de misterio y abandono.

Visitamos otras piezas, desmanteladas, decrépitas. En los rincones yacen trastos viejos, en montón informe. En la estantería, llena de polvo y carcomida de vejez, encontramos gruesos libros históricos, con hojas de pergamino, volúmenes pesados, inmensos, con algunos siglos de existencia y que contienen las oraciones enteras del convento, escritas cuidadosamente á mano, con grandes caracteres, semejantes á los de los carteles de las escuelas primarias.

—¡Qué criminal descuido!—protesta Valdelomar.

Seguimos caminando y observando.

Donde hallábamos una refección, un cambio, una reparación en el edificio, se paraba nuestro amigo indignado.

En los corredores nos encontramos con algunos sacerdotes, que se prestan á acompañarnos. Tienen palabras de afectuosa recordación para «la tierra de los héroes, el bravo Paraguay.»

Llegamos á una pequeña celda, casi mezquina. En el fondo cuelga una gran cruz de madera casi en esqueleto. Cada visitante contribuye á este descarnamiento, llevándose un pedazo. Y nos informan:

—Aquí, ante este madero, murió San Francisco Solano, el incansable misionero, que pasó parte de su vida en el Paraguay. Aquí oraba durante horas enteras. Conservamos en el convento sus restos y su instrumento inseparable el violín.

Nos obsequian los franciscanos con una astilla de la cruz histórica.

Abandonamos luego la vieja casa austera, silenciosa, triste y tan llena de historia y de recuerdo..........

Continuamos nuestras visitas, en otros templos y en otros conventos. En todas partes la vejez ha sentado su aspecto de cansancio y abatimiento. El tiempo ha pasado robando la sonrisa de las cosas. Hay como melancolías de seres que se mueren, resentimientos dolorosos de agonía.

¡Encanecimiento inevitable de los seres y de las cosas!

Mientras un mundo nuevo se alza, allí en frente, atrevido, audaz, ruidoso, las ruinas van desplomándose lentamente, como una vida que se rinde de tristeza!

Seguimos nuestro viaje de inspección, impregnados de una cierta ternura hacia aquellos venerables moribundos.

Visitamos el oratorio de Santa Rosa, levantado en el mismo sitio que ocupó la casa donde vivió y murió la limeña Isabel Flores, canonizada en 1677, con el nombre de Santa Rosa de Lima y elevada á la categoría de patrona de la capital peruana y de América.

Llegamos también al Museo Nacional, acompañados de nuestro ilustrado guía, que no perdonaba detalles, para darnos satisfactoria explicación de todo.

Como en los templos, callábamos aquí en un respetuoso recogimiento. Admiramos en silencio las ricas antigüedades incásicas, los valiosos elementos de juicio que revelan al estudioso, una parte, la más valiosa, de la pre-historia americana, la manifestación entera de aquella civilización original y aborigen, asombro de historiadores.

Allí se ofrecían, en los escaparates, en las vitrinas, sobre las mesas y en las paredes, como en un rico bazar de objetos raros, mercancías extrañas y desco-

cidas. Tejidos primorosos, coloreados con arte, utensilios diversos, caprichosos adminículos, objetos de indumentaria, uniformes riquísimos, trajes antiguos grotescos fantoches con caretas, innumerables momias, cráneos humanos de todas clases, de ambos sexos y de todas las edades, grabados en piedra, escrituras misteriosas, jeroglíficos indescifrados, esculturas en madera, toda la vida de aquellos incas admirables.

— Un pensador—nos dice Valdelomar, señalando una escultura—Obra de un indígena. Una elevada manifestación del alma primitiva. La armonía del conjunto, esa actitud, ese gesto, esa expresión son los del pensador de Rodín, modelado por el tosco cincel del indio. Hay simetría, hay proporción, hay un principio de arte que es propio y que revela algo más que rudimentos en la civilización de los hijos del sol.....

Y callamos, respetuosos, ante aquella evocación tan sabia como exacta.

Llegamos ante las momias.

Hay grupos numerosos. Hombres, mujeres y niños, con la piel seca, amarillenta, apergaminada. Conservan actitudes forzadas, posturas diversas. Hay mujeres sentadas en posiciones violentas, con las manos crispadas, mesándose los cabellos, las mandíbulas fuertemente apretadas y algunas con niños en el pecho.....Se piensa en quien sabe que horribles suplicios. Las hay que tienen

un aspecto de resignación pacífica, otras que enseñan gestos de rebeldía, otras en fin, indiferentes ó pensativas, rígidas y estiradas. Todo un mundo de suposiciones.

Proseguimos. Lucen también en el museo figuras de la era independiente. Retratos numerosos, presidentes, estadistas, generales y personajes espectables. Cuadros históricos, episodios guerreros, héroes y patriotas, páginas de nacionalismo puro.

En una galería especial y aparte se exhiben cuadros notables de la época colonial. Ilustres artistas españoles que llegaron á América, atraidos por la leyenda fabulosa. ¡Cuanto bien han hecho á la historia del Perú! Ahí estaban sus telas vivientes, recordando todas las manifestaciones de la vida colonial. Retratos de nobles, personajes de la época, imágenes sagradas, aventuras galantes, jolgorios populares, fiestas regias. Las tradiciones completas de Palma, trasladadas al lienzo.

En uno de los departamentos encontramos los restos destrozados de un aeroplano. El de Gheo Chaves, el valiente é infortunado aviador peruano que, al precio de su vida, conquistó con serena audacia no igualada, gloria y renombre para sí, para su tierra, para América entera. Joven, soñador, intrépido, en su águila de hierro, tramontó los Alpes, venció los picachos hasta en-

tonces insalvables, cruzó las cumbres peligrosas, sonrió triunfante, con orgullo, al otro lado y cayó en brazos de la Gloria celosa que le guardó en su seno.

*
* *

Visitamos la vieja Universidad Mayor de San Marcos, cuna gloriosa del Perú científico y literario.

Edificio antiguo de arquitectura colonial, amplio y espacioso, que retrata el paso de los siglos en la augusta gravedad conventual de su aspecto. Hay corredores largos, pasadizos breves, puertas pesadas, patios abiertos á pleno sol y jardines espléndidos.

Allí se forman, año por año, los que dan lustre y renombre á la patria peruana en el mundo del arte y de la ciencia. De allí parte el encumbramiento de las generaciones y la redención intelectual de la juventud.

Cada detalle de aquella casa, casi cuatro veces secular, parece conservar con amoroso recelo, bajo la aureola de sus canas, la historia de sus hijos predilectos, cerebros gloriosos y privilegiados, que cruzaron en triunfo bajo los pórticos de prueba, donde eran consagrados caballeros de la ciencia.

San Marcos, eleva, por sobre la ciudad, la silueta de una cúpula grave y austera. A manera de un viejo guía, que abre la senda y señala el camino, asis-

te invariable, á través del tiempo, á la conquista de sus hijos mayores; de aquellos hijos ya lanzados á la vida, con armas y bagajes, que cruzaron adolescentes por sus aulas, con pupilas de visionarios y soñadores.

Y, cosa rara, aquellos hijos no son ingratos. Todos retornan junto al que hizo papel de guía y de madre, en los tiempos primeros, aportándole la luz de un cerebro robusto, el prestigio de un nombre ó el valer de una inteligencia vigorosa. Y así, alimentando, en su seno generaciones tras generaciones, la vieja casa se nutre á sí misma, prepara nuevo ropaje para vestirse y nuevos horizontes para los que siguen.

La Universidad Mayor de San Marcos cuenta con tres siglos y medio de existencia. Fué fundada por los priores de la orden dominica, gozando de los mismos privilegios, franquicias y exenciones que la célebre Universidad de Salamanca. Comprende seis facultades: la de jurisprudencia que otorga título de abogado; la de medicina que expide títulos de médico y cirujano, farmacéuticos, dentistas y obstetrices; la de teología, con fines religiosos y que también otorga título de doctor: la de matemáticas y ciencias físicas y naturales; la de filosofía y letras y la de ciencias políticas y administrativas.

La organización de esta universidad es envidiable. Goza de independencia

moral y económica casi completa. El estado se limita á concederle una subvención, sin intervenir para nada en su marcha. Goza de rentas provenientes de propiedades adquiridas por cesiones y legados.

El poder ejecutivo ni siquiera tiene el derecho á nombrar catedráticos, salvo en los casos de creación de cátedras, pero, aún así mismo, el nombrado ocupa su cargo interinamente y lo pierde á los cinco años. Por regla general las cátedras se proveen mediante concursos.

Cuenta con crecido número de alumnos. Publica mensualmente la «Revista Universitaria,» importante y prestigioso exponente de la cultura peruana.

Durante nuestra breve visita el enjambre estudiantil llenaba la casa. En el patio y en los corredores hormigueaba la multitud bulliciosa.

Acompañados de un buen número de estudiantes visitamos el local, recorriendo sucesivamente todos los rincones, todos los departamentos diversos.

Llegamos, por último, á la pieza donde dan aquellos sus exámenes finales. En las paredes y en el techo hay pinturas de santos é inscripciones latinas. Un súbito y temeroso silencio siguió á la entrada. Todos callaron, nadie ya levantó la voz. Algunos volvieron la vista á otro lado.

Allí estaba la temible mesa! Cinco asientos, reservados para otros tantos

examinadores implacables y feroces. Y, frente á la mesa, un asiento más .... Para el infeliz condenado, que llegará ojeroso y demacrado, temblando frío y sudando pálido.....

La agudeza estudiantil le encontró su nombre. Alguien se atrevió á informar con voz temblona.

—¡La «sala de la Inquisición»!—

Un escalofrío corrió por el cuerpo....

Y salimos... ..

* * *

Queremos recordar, aunque brevemente, una institución feminista, un tanto joven, modesta aún, y digna por eso mismo, del más caluroso aplauso y del más decidido y vigoroso apoyo. En el período vacilante de los primeros pasos inciertos, es cuando más necesitamos una palabra de estímulo y de aliento, el calor de una mano amiga que estreche la nuestra con espontaneidad sincera y afectuosa.

Nos referimos al «Centro Social de Señoras», institución semejante á la que sostiene entre nosotros, con incansable perseverancia, la doctora señorita Serafina Dávalos, y que, como la «Escuela Mercantil» de ésta, prepara á la mujer para la lucha por la vida.

Es su presidenta la señorita Antonia Basagoitia, mujer de espíritu altamente liberal, iniciada en la corriente de las

ideas modernas, sin caer en las exageraciones extremistas.

La existencia de esta escuela, precaria al principio, se ha desenvuelto en un ambiente de sorda hostilidad. La creación y el sostenimiento de ella ha costado sacrificios apreciables. Sus fundadoras se vieron en la necesidad de sostener verdaderas luchas, para triunfar de la propaganda hostil y de la guerra sin cuartel, alimentada contra ellas, desde la celda de los conventos. Pero la mujer peruana se alzó con serena arrogancia, consciente de sus derechos y de la justicia de su causa, reclamando su parte en la vida.

Hija del siglo, siente la inquietud de la humanidad que se agita bajo la vieja y raida caparazón que le oprime. Siente impulsos de libertad y sed de justicia. Sueña horizontes más amplios y persigue orientaciones nuevas. La vibración de los modernos entusiasmos, ha encontrado resonancia en su espíritu. Piensa y cree que la ola libertadora é igualadora debe correr en el mundo sobre los mares y los continentes. Y razona.

La mujer no vive exclusivamente de flores y de besos, ni es su única misión servir al hombre. Es algo más que un depósito de voluptuosidad y de placer, es algo más que un frívolo aderezo. Su tendencia actual es noble. Quiere ilustrarse, quiere sentir, pensar, saber. Quiere sacudir su ignorancia, colocarse junto

al hombre, cerca de él, á su lado, no detrás. Intenta compartir, sin desdoro y con dignidad, sus pensamientos y sus ideas. Pretende elevarse, ennoblecerse para ser digna y verdadera compañera. Quiere, asegurar solidez al hogar, armonía al mundo y justicia á la humanidad.

¡Qué bello sueño!

Y la legión está en marcha. Nobles y generosas inteligencias encienden el faro y le señalan la ruta.

En todos los extremos del mundo en todos los caminos, y en todos los recodos, se aprestan nuevos contingentes listos á incorporarse.

La mujer peruana, como la mujer paraguaya, como las mujeres de la América entera, forman en las filas sus primeras columnas, prontas á marchar.

La mujer peruana demostró en las lides, la energía de un espíritu superior, el temple de un alma varonil y la fuerza de sanas convicciones. Y venció como vencen los fuertes, en lucha porfiada y franca.

La guerra fué larga y tenaz. Aquella iniciación en pañales fué ahogada. La escuela fué clausurada en germen. Pero sus directoras y fundadoras, infatigables, sin desmayos, no se amilanaron, no se dieron por vencidas. Y después de luchas sin cuento vencidos, obstáculos y dificultades, la reabrieron en triunfo, con más entusiasmo que antés.

La señorita Basagoitia, sostén princi-

pal de la idea, decía en su memoria estas palabras, que resumen el ideal de ese grupo de mujeres:

«En medio del confuso clamoreo y de la lucha de ideas que por todas partes levanta la prensa moderna, surge en nuestros días un problema trascendental que está llamando la atención de los estadistas y legisladores del mundo. Este problema es el titulado feminismo, que busca nuevas orientaciones y nuevos rumbos para el desarrollo físico y ampliación de la esfera moral, social y económica en que debe moverse la mujer de nuestros días»

«La mujer peruana que está al alcance, por su ilustración y cultura, de esta nueva orientación, al darse cuenta de este movimiento social, tuvo la feliz idea de establecer en la capital de la república un Centro que correspondiese á las aspiraciones de la cultura intelectual y moral que debe representar la mujer del porvenir.»

.. ..

.. ..

—Hemos trabajado mucho — nos decía la señorita Basagoitia—y estamos dispuestas á continuar trabajando. Pero necesitamos el apoyo de la juventud. El Congreso de Estudiantes no debe olvidarnos, debe hacer algo por nosotras. «El feminismo en América» debe ser un tema del próximo Congreso. Créanos que las mujeres se lo agrade-

ceremos de corazón. La juventud americana debe tendernos la mano. Es una liberación que soñamos para la más olvidada y débil de las víctimas humanas.. .. ..

Y pensamos nosotros, casi con pena, en toda la justicia de aquella hermosa aspiración. Escuchamos con simpatía, con mucha simpatía, á la valiente mujer que sabía soñar tan bellamente......

* * *

Al extremo del Girón de la Unión, primera arteria de la capital peruana, se alza una casa de lúgubre aspecto, que hace contraste con la vida exterior. Es la cárcel de presidiarios, conocida con el nombre de «Panóptico.»

Autorizados suficientemente por la Dirección, nos internamos en las diversas dependencias. Es nuestro compañero, además de Valdelomar, Ismael Ganoza Chopitea, otro de aquellos excelentes amigos peruanos.

Avanzamos bajo las bóvedas obscuras, por entre la semi-obscuridad tétrica de los largos pasadizos. Nos precede un empleado de la cárcel, abriendo pesadas puertas y corriendo y descorriendo cerrojos. Salimos, por último, en patios triangulares, donde crecen flores, plantas y verduras, cultivadas por manos de penados. Son flores tristes que

se alzan desprovistas de frescura y lozanía, junto á los altos muros macizos.

Es día Domingo. Los presidiarios no trabajan. Agrupados en los lugares destinados al descanso, nos miran con fijeza, con atención suma. Todos visten uniforme azul. Algunos transparentan abatimiento. Acaso inocentes, purgando una culpa que jamás cometieron. Otros enseñan indiferencia, como esperando el cumplimiento de una condena, aceptada de antemano. Y los más, ofreciendo aspecto natural y suelto, casi cínico. Quizás los incorregibles, los que crecieron en el crímen, los que cumplen una condena para recomenzar su carrera de delincuentes.

Y no obstante, aquella vida ha de ser desesperante. Un cuarto de hora, tan solo, produce en el ánimo una sensación de honda desesperanza.

Y pensar que la vida, monótona é ingrata, debe deslizarse durante años enteros, acaso por toda la vida, en aquel espacio reducido y mezquino, entre paredones inmensos que ocultan el sol y donde reina perennemente una sombra glacial, helada, que estremece.

La organización de aquel establecimiento es admirable. En todas partes hay rastros y huellas de trabajo. Talleres de los más diversos, para todos los oficios, provistos de toda clase de instrumentos y accesorios, montados con todas las exigencias. Allí trabajan los

habitantes de aquella casa que constituye un núcleo aislado, dentro del mundo que le rodea. El más riguroso orden reina en la cárcel.

El sistema de construcción del establecimiento no es el llamado propiamente panóptico, ideado por Bentham, aún cuando esta denominación pueda corresponderle en rigor, pues el principio que informa su base es también la observación central. La cárcel de Lima pertenece al sistema penitenciario denominado «Radial.»

Una torre circular y central, puesto de observación, desde donde se domina hasta los últimos rincones de la casa, dificulta las evasiones. De esta rotonda que hace centro parten, en forma de radios divergentes ó de abanico que se abre, largas galerías donde se muestran, como pequeños nichos, las celdas de los penados. Estas galerías, extendidas frente á frente, forman un cuerpo de dos pisos. Por medio de un sencillo mecanismo, desde un extremo del radio, y con dos vueltas de llave, se cierran todas las celdas.

Este sistema penitenciario, ofrece, como se sabe, el inconveniente de no poder alojar más que un número limitado de presos. Y sabido es que en materia de cárceles las ciudades necesitan establecimientos que puedan encerrar el mayor número posible de penados, pues la población delincuente, crece en número

é importancia, á la par de las capitales.

* * *

Nuestra breve estadía, embargada en un torbellino de fiestas, no nos ha permitido parar mucha atención en las cosas. Los detalles han escapado á nuestras miradas. Apenas pudimos fijar la vista de paso, arrastrados en la corriente de agasajos, que se nos prodigaba á manos llenas.

Vivíamos en un mundo de actividad artificial é incesante. Había fiebre, precipitación, nerviosidad desusada, en los movimientos. Las sesiones del Congreso se celebraban á medias. Se abandonaba la sala para responder á una invitación. Se concurría á una recepción para seguir luego en un banquete y terminar el programa del día en un baile deslumbrador y regio.

En medio de esta agitación, hemos anotado, sin embargo, un hecho, una semejanza, que nos causó infinita satisfacción.

Creemos que, de entre los pueblos que visitamos y conocimos, el más parecido al nuestro, por sus tipos y costumbres, es el peruano. Esta impresión vivía en nosotros, desde que pisamos los primeros puntos del Perú.

Allí, junto al hotel, llegaban tipos populares, vendedoras de frutas, ofreciendo sus mercancías. El rostro moreno, los

ojos rasgados, la mirada franca. Y al verlas recordábamos á nuestras paraguayitas del pueblo, contentos del parecido singular.

El bajo pueblo ofrece idénticas analogías con el nuestro. Hay, sin embargo, en sus filas, elementos exóticos que no existen en nuestro país. Chinos y negros.

La juventud estudiosa nos causó la misma impresión. Hemos visto y conocido jóvenes francos, sin dobleces y sobre todo sencillos, desprovistos de esa pedantería presuntuosa, que es insuficiencia, encastillada en una vanidad necia y que suele permitirse mirar por sobre el hombro todo lo que es ageno, todo lo que no es la propia persona.

Entre la juventud peruana hemos encontrado verdadero afecto, sinceridad plena y no un mero formulismo protocolar. Algo, en lo más íntimo, nos decía que allí se podría contar con amistades verdaderas.

El tipo, el modo, el conjunto de la muchachada, todo nos pareció semejante á lo nuestro. Hasta en un detalle sugestivo. Poco antes, en ocasión de unos *meetings* colegiales, expansiones saludables que suelen molestar á los oidos encumbrados, en plena calle, fueron sableados de lo lindo, por un escuadrón de caballería.

Los gobiernos enfermos, suelen permitirse estas delicadezas con los estu-

diantes, cuando un impulso ya irresistible los arrastra al suicidio.

Y ocurrió lo que estaba previsto, lo natural, lo lógico, lo inevitable.

Los estudiantes triunfaron. Triunfaron allá, como triunfaron aquí, como suelen triunfar en todas partes. Eternos rebeldes de las causas nobles, invencibles en sus protestas. El Congreso Nacional consagró el gesto de la muchachada en un voto de aplauso. El culpable dobló avergonzado la cerviz. Y salió huyendo....

Un dato más, inaudito, original, novelesco, como prueba de los límites á que llegan los hombres, cuando los hombres se vuelven insoportables.

El gobierno era objeto de vivas resistencias y éste se había embarcado en el peligroso tren de las violencias.

Un buen día, en pleno día, á pleno sol, aparecen en las puertas de la casa de gobierno, nada más que diez y ocho pacíficos ciudadanos. Atropellan la guardia sin más preámbulos. Mueren heroicamente soldados y oficiales. Invaden los asaltantes el despacho presidencial. Saludan á S. E., que es hombre de temple, dicho sea de paso. Se lo echan al hombro, como un saco de trastos viejos y salen á la calle como si tal cosa.

Sigue por la ciudad el pintoresco y simpático grupo, entre el tumulto de la gente espantada ante el suceso. S. E., cabalgando siempre á cuestas de sus inesperados conductores, es paseado en

triunfo por las calles. En una plaza cercana, junto al monumento de Bolívar, se detiene el grupo y deposita su excelentísimo fardo, ante las gradas donde le ofrecen, listos, tinta, pluma y papel en blanco.

La renuncia, nada más que la renuncia le piden. Pero S. E. no está del todo con la idea y rehusa echar la firma.

En tanto, el tiempo transcurre. La alarma ha cundido en toda la ciudad. Minutos más y, por una de las calles laterales, desemboca un regimiento de artillería, provisto de ametralladoras y cañones.

Una primera descarga, seguida de otras, echa en tierra numerosas víctimas. La multitud se dispersa. Los soldados avanzan á la carga. Y entre algunos cadáveres, tendido al pie del monumento, encuentran al Excelentísimo señor Presidente de la República....... sano y salvo, sin un rasguño!....

* * *

Y por último una semejanza aún, la más delicada de todas, la que más punzaba los recuerdos hacia la tierra de nuestros afectos.

Las mujeres de Lima.

Ahí pasaban, llenas de sal, con la clásica mantilla española, echada en la cabeza con exquisita gracia. Ya algún

tiempo antes había leído en la portada de las bellas tradiciones, las palabras del poeta: «Lima es la gracia. Si quereis gozar id á Lima. Encontrareis un delicioso clima, un cielo azul y radiante. Y sobre todo, allí encontrareis á la andaluza de América, á la mujer limeña, breve de pie y de mano, de boca roja y ojos que hipnotizan, incendian y enloquecen. Id al hermoso paseo de la Exposición, lleno de kioscos, alamedas, jardines y verdores alegres; id en las tardes de paseo, cuando están las mujeres, entre los árboles y las rosas, como en una fiesta de hermosura, ó en concurso de gracia, dominadoras y gentiles. O pasad por los Portales, cuando, envueltas en sus mantos negros, pasan las damas que solo dejan ver algo de blancura rosada del rostro, en el que, incrustados como dos estrellas negras, están, encendidos de amor, los ojos bellos.»

Asi habló el poeta, rindiendo su homenaje á la limeña.

Un vago presentimiento no nos dijo entonces que tendríamos ocasión de obedecer los consejos del vate, que veríamos de cerca, que miraríamos al pasar, casi junto á nosotros, la vivacidad, la donosura y el porte gentil de las peruanas.

Allí estábamos, en los Portales.

Y allí veíamos pasar á la andaluza americana, ligera, flexible, grácil, con

una sonrisa en los labios, con dos ojos que chispean impacientes y miran con cierta picardía de niña......Desfila ante nosotros la adorable caravana inquieta de rostros bellos. Y nuestras miradas, concentradas sobre ella, le forman un cortejo de cariñosa admiración y le siguen. ....

Allí pasan, princesitas indómitas, con su donaire seductor, con su andar simpático, con su aire de gracia.

A veces rien fuerte. Un desafío galante. Y el eco argentino de su risa dice algo al corazón, sacude una fibra en el alma......

Cuando abandonábamos Lima, con íntima tristeza, alguien expresó con picardía un hecho significativo.

--Si se cumplen las palabras empeñadas ante las limeñas, el año próximo se celebrará en el Perú otro Congreso.

Algunos no quisieron aguardar el año próximo para regresar y no salieron de Lima.....

—El peligro de las confraternidades —se diría la delegación venezolana al regresar decapitada, sin presidente, á su tierra.

—Esto se llama jugar con fuego—dirían riéndose las peruanas.

Nuestra observación bajo los corredores de los Portales, nos arrastraba lejos, hasta las placitas de nuestra Asunción.

Recordábamos en silencio.

Rememorábamos la visión de una tarde asuncena, con su cielo glorioso y su crepúsculo triunfal.

El conjunto alegre y pintoresco de nuestras plazas, en las horas deliciosas, cuando la bandada ruidosa se desparrama en toda la amplitud de las bellas callejuelas perfumadas, repartiendo miradas y sonrisas.

La hija exquisita de nuestra tierra paraguaya, sensitiva de los trópicos, flor de primavera, que sale en enjambre bullicioso en las tardes murientes, llevando en sus ojos girones de esperanza, ensueños de adolescencia y poemas de amor. Y mientras pasa junto á las flores el cortejo de cabecitas inquietas, allá en un extremo de la plaza se alza como una caricia sutil para el alma la onda arrulládora de una pieza nacional. Aires de la tierra en que palpita el alma de la raza misma. Mezcla de dolor, de ternura y de tristeza altiva que enardece. Aires populares, en los que el alma paraguaya se ha vertido toda entera. Mezcla compleja de orgullo no vencido y de infortunio no humillado.

El alma de la tierra suele transfigurarse á su conjuro. Cuando vibran esas notas, las palabras suelen temblar en las gargantas, en los ojos pasan visiones dantescas, y se siente una sed irresistible de amar, de sentir, de llorar, de morir por una idea......

Es música de alma y aire de guerra.

Es evocación de pasado, invocación de porvenir. Es la vibración de una espada que se rompe, es el temple de un acero que se esgrime.

En las tardes moribundas, junto á los árboles, cerca de las fuentes, suele correr en la multitud una oleada, un estremecimiento de altivez, cuando rompen el aire las notas vibrantes de una pieza nacional.

Es un girón de alma paraguaya que se agita en las ondas.

Entonces se camina más aprisa, hay ebullición, hay movimiento, hay fiebre. En las avenidas diminutas el conjunto encantador se anima. Nuestras virgencitas, pequeñas soberanas, están más bellas. Sus mejillas se encienden, sus ojos se animan, sus párpados se mueven con impaciencias de estrellas que titilan....

La visión entera de la patria pasa!...

Recordábamos con infinita ternura.

Y comparábamos. El *yuquy* de nuestra paraguaya—«el *yuquy* que es más que la sal y que la gracia»—su encantadora sencillez, su bondad ingenua. Menos española, menos suelta, menos airosa que la peruana, pero el mismo tipo, la misma mirada intensamente acariciadora.

Y sonreíamos satisfechos ante este parecido que nos encantaba. Y seguíamos mirando, con entusiasmo creciente.

Las peruanas seguían pasando, junto á nosotros.

Un indiscreto se acercaba al compañero, rompía en confidencia un broche y contaba un misterio. Un secreto.

Un secreto de las mañanas, que las mañanas suelen guardar en Lima.

Y dicen que, curioso el transeunte, suele correr por las calles, buscando sorprenderlo. Es el secreto de dos auroras rivales, que despiertan juntas, jugando á quien es más bella.

En los balcones, donde crecen las flòres predilectas entre el cariño y los mimos de una dueña gentil, se suele abrir, de súbito, una claridad repentina.

El transeunte alza la vista y calla.

En el oriente, el sol va desgarrando con su brillo esplendoroso, púrpuras y granas, diamantes y amatistas.

Y allí, en frente, aurora soberana, más bella que la aurora, asoma de pronto, otro cielo radiante, esperanza de amor. Dos ojos muy negros, que son abismos, una carita fresca, que canta una copla y se burla del sol......

Es la limeña, bulliciosa y jovial, caprichosa vencedora, que en las mañanas bellas se rie de Oriente. Es la limeña, jardinera del alba, que tiene aprisionadas junto á su alcoba, á aquellas pobrecitas flores que se mueren de envidia cada vez que la ven....

Y cuentan también que, algunas veces, la opacidad veladora de los cristales guarda enfadada su secreto y no lo cuenta.

En vano, entonces, la aurora ostenta sus rubores de grana, su vestidura más regia. En vano el sol estalla en oro y en luz. Los balcones permanecen cerrados. Las flores no dejan ver sus sonrisas. La orgullosa jardinera bella, no muestra su rostro de cielo.

Hay silencio y hay tristeza....

—Es que....—murmuran por lo bajo los que pasan—es que anoche, junto á sus amigas, preguntaba una cosa, deshojando una flor. Sus manos blancas rompían las flores sin ninguna piedad. En su boquita graciosa había impaciencia, en sus ojos bellos había desdén...... Y cuando el último pétalo rosa, arrugado y mustio, quedó entre sus dedos, altanera y nerviosa lo arrojó contra el suelo porque le dijo que ¡no!......

AGASAJOS

Difícil misión resulta dar idea de las fiestas que Lima organizó en honor de sus visitantes. Un cronista que tuviese la pretensión de verter sus impresiones respecto de todas, tendría necesidad de tiplicarse.

He aquí un programa, que menciona á medias y en esqueleto, aquella existencia vertiginosa. llena de sensaciones nuevas, impresiones variadas y sorpresas continuas:

Recepción en la Municipalidad. Actuación en el Centro Universitario. Id en

la Sociedad de Ingenieros. Almuerzo en el jardín Zoológico. Carreras de gala en el Jockey Club. Sesión inaugural en el Teatro Municipal. Banquete ofrecido por la delegación del Perú. Recepción en la Universidad. Banquete ofrecido por el Ministro de Instrucción. Almuerzo en la escuela de Ingenieros. Baile en el Club Nacional. Almuerzo en la Facultad de Letras. Matinée ofrecida por la Municipalidad. Recepción en la Unión Fernandina. Almuerzo ofrecido por el Centro Universitario. Baile en el Casino de Chorrillos. Banquete ofrecido por el Rector de la Universidad. Banquete ofrecido por el presidente de la delegación peruana. Baile en el Club Unión. Concierto en la Sociedad Filarmónica. Almuerzo criollo en el Romito de Caprera. Excursión á Rio Blanco, ofrecida por la Dirección de Instrucción. Excursión á la isla de San Lorenzo, ofrecida por el Doctor Lauro Curletti. Función de gala en el Teatro Municipal.

Aparte de esto, los números extraordinarios, agregados al programa, ocuparían otro espacio igual. Recepciones, thes, paseos, bailes y recibos, en distintas legaciones y casas de familia. Y todo en los ocho ó diez dias fugaces.

Era aquello un vértigo de fiestas. Un perpetuo deslumbramiento de pupilas. Concierto de sedas, de flores y de rasos.

Sinfonía de esplendores, de perfumes, de colores y de emociones. Derroche de luz y exhibición de belleza.

Y sin embargo......

Aquellos señores delegados eran infatigables, invencibles. En todas partes, donde llamaba una gentileza, donde se brindaba una puerta hospitalaria, allí estaban risueños y ruidosos, tras la velada de la noche anterior, con la visión reciente del regio salón de la víspera, con la impresión aún viva de los últimos brindis calurosos

Heroicos jóvenes de la América nuestra. Nuevos espartanos de una nueva Esparta.

No obstante, vulnerables por un lado, como Aquiles, cayeron también, en la refriega. Enemigos formidables se alzaron y aquellos valientes doblaron abatidos la cerviz. Hubo vencedores que cantaron victoria: los discursos, los oradores. ¡Oh, los largos, los interminables discursos! Nadie resistió á la avalancha, nadie intentó hacerle frente. Cuando allá, en un extremo, se levantaba una silueta, en «pose» oratoria, y pasaba la mano, primero por la frente y la llevaba luego al bolsillo interior......

—¡Hum!.....—murmuraba la multitud con marcado malhumor.

Un profundo suspiro, que lo mismo significaba protesta que resignación, se escapaba de lo más hondo del alma colectiva. Y se hacían los más fervientes votos para que no fuese tan largo.....

¡Qué intemperancia' ¡Qué derroche!

Y, lo grave del caso. No se trataba de aquellos brindis breves, rápidos, que condensan un bello pensamiento, una frase aguda, un buen humor chispeante, capaz de inflamar entusiasmo. Eran discursos larguísimos, muy hermosos, eso sí, pero que perdían todo su mérito y toda su belleza, por la inoportunidad del lugar y del momento. Toda comida, fiesta ó recepción, por pequeña que fuese, tenía como aditamento indispensable, por lo menos, dos docenas de discursos. Surgían los oradores como por encanto. Y allí salían los rollos voluminosos....

Pero en descargo de los pobres oradores vaya lo siguiente. Mientras ellos, transfigurados de emoción, seguían con la voz vibrante, á través de los párrafos cincelados, se levantaba allí en frente, detrás, á la izquierda y á la derecha, un murmullo maldiciente y hostil. Un cúmulo de excomuniones y de votos.... ¡Que de maldiciones se llevaban encima aquellos excelentes jóvenes! ¡Toda América se les descolgaba con una formidable protesta á sus espaldas!

* * *

Entre el delirio de las fiestas, algunas nos causaron particular impresión. Hoy, á través de la distancia, en la calma del retiro, volvemos á vivir aque-

lla existencia cinematográfica. Y las impresiones se reproducen en nuestro recuerdo como un bello sueño lejano.

Una de las fiestas, deslumbradora y regia, fué la solemne sesión inaugural del Congreso, en el Teatro Municipal.

La sala repleta, sin un solo claro, resplandeciente de luz y de belleza.

La platea y los palcos decorados con lo mejor que tiene Lima: sus mujeres. Ricos atavíos, hermosos ropajes, magníficas toilettes. Preciosas caritas que miraban con interés, con curiosidad suma el escenario. Bellos ojos encendidos, ansiosos é inquisidores, que buscaban con afán algo que se les escapaba ...

Aquellas cabecitas inquietas esperaban otra cosa distinta. No había duda.

Ellas soñaban un príncipe rubio, un mensajero gentil y apuesto. Poetas de otras tierras, de otras patrias lejanas, que vendrían á murmurarles sus versos cincelados y á cantarles poemas de amor en un timbre cadencioso, ignorado hasta entonces. Soñadores de negras melenas, que harían llover flores á sus pies; adolescentes pensativos, de ojos azules, de rostro hermoso y varonil, que llegarían á contarles muchas cosas, de sus penas, de sus ansias, de sus vagas inquietudes.....

No sabemos porqué.....Pero allá en las pupilas de aquellas bellas princesitas creímos adivinar un gesto....un ges-

to de suprema contrariedad, un reproche, un desencanto, que pasaba como una nube importuna....

Los ojos, sin embargo, seguían abiertos, mirando, buscando la personificación soñada.

El acto comenzó entre la ansiedad y la expectativa de la inmensa concurrencia. José Galvez, el exquisito rimador de los ensueños de la juventud de su tierra, y autor del himno estudiantil americano, fué el primer aclamado.

La orquesta, dirijida por el chileno Enrique Soro, autor de la música del mismo, ejecutó el himno por primera vez. El público lo entonó de pie.

Y tras las últimas notas, que marcan el ritmo de un paso marcial, el joven autor recibió, como premio á su triunfo, un hurra colosal que repercutió en toda la sala.

Inició los discursos el eminente Doctor Javier Prado y Ugarteche, Decano de la Facultad de Letras, y maestro muy querido de la juventud.

Le siguieron, conquistándose aclamaciones y aplausos:

Carlos Concha por el Perú, Nerio Rojas por la Argentina, Anibal Mattos por el Brasil, Luis Fernandez de Córdoba por Bolivia, Gonzalo Santa Cruz Wilson por Chile, Salvador Massips por Cuba, Homero V. Lafronte y José V. Trujillo por el Ecuador, Albert M. Bryan por los E. E. Unidos de Norte

América, Octavio Mendez Pereira por Panamá, Raul Casal Ribeiro por el Paraguay, Carlos Rodriguez Larreta por el Uruguay, Miguel Ruiz Diaz por Venezuela.

Bellos discursos, en los que predominaba la nota cálida y entusiasta de las almas jóvenes. Himnos cantados á la fraternidad americana, salutaciones al ideal. Cascada de homenajes, que caía de lo alto, rompiéndose en blanca espuma luminosa y mostrando iris de esperanza en sus reflejos.

* * *

He aquí el discurso pronunciado por el presidente de la delegación del Paraguay, señor Raul Casal Ribeiro:

Señores:

Llego á esta tribuna con un mensaje de la juventud de mi patria—el Paraguay—que haciendo alto en la cruenta lucha en que está empeñada—lucha por la conquista de su verdadera democracia—me ha dicho: vé á la noble y legendaria Lima—ciudad de caballeros y de artistas—ciudad de las mujeres hermosas—y lleva al pueblo peruano, lleva á sus jóvenes estudiantes, el abrazo fraternal del paraguayo y sus mejores afectos y palabras de cariño para los compañeros de América.

Si el Paraguay lucha y llega al sacrificio por sus ideales nacionales, no

olvidan sus hijos los grandes ideales americanos: América trocada en una sola y gran nación, una vasta y gran familia, unida y fuerte: he aquí un sueño que allá, en el fondo de nuestros corazones, todos acariciamos.

Es ello algo que flota en el ambiente de nuestros jóvenes países: indefinido aún, sin concreción, pero que existe y se impone al espíritu con creciente fuerza: reina en los salones de las cancillerías y se insinúa en los frecuentes congresos y asambleas internacionales. Quizá no sea aventurado afirmar que en este momento esa misma idea-fuerza es la que nos congrega. Preside esta asamblea é irradia su benéfico calor en todos nuestros corazones. Domina esta sala como un genio invisible de Paz y de Armonía. Me evoca el bronce primoroso que como genio del aire, simboliza la parte noble y alada del espíritu: Ariel, reinaba en la sala del viejo Próspero en la hermosa fantasía del pensador.

Es esa noble idea de fraternidad y de concordia, la que se llama solidaridad americana. La que aparece con más claros contornos en las mutuas concesiones que se hacen nuestros países para solucionar conflictos internacionales. La que muestra su silueta cuando se habla de un *zollverein* americano, del libre cambio intercontinental. Y que se revela, en fin, en toda su ampli-

8

tud cuando inspira á un estudiante de mi patria el pensamiento de fundar una Universidad Pan-Americana, idea que la Delegación Paraguaya ha acogido jubilosa y prestigia en este Congreso.

Somos convencidos de que América puede y debe ser una sola y grande confederación. Sus grandes héroes y libertadores, más que nacionales son americanos. Sus tradiciones son patrimonios de todos sus países. Hay comunidad de historia, de lengua, de raza con pocas variantes.

Hay una identidad de sentimientos, de creencias y hasta de costumbres. Porqué no acercarse en un gran abrazo Pan Americano?

Solo falta la iniciativa, la decisión. Puedo repetir con un autor: hay un monte de leña al cual no se halla modo de dar fuego: Falta la chispa eficaz que haga levantar la llama de un ideal vivificante sobre el copioso combustible. Saldrá esa chispa de nuestro Congreso? Lo creo y lo espero. Cada una de estas fraternales asambleas de jóvenes corazones, es un paso más en esa senda. Y al que nos mire con sonrisa desdeñosa, al que nos oiga con irónica incredulidad, al que nos sindique de ilusos ó líricos, á los que vean en la navegación de un río ó en el justiprecio de perjuicios, obstáculos insalvables,opongámosle la energía de nuestro espíritu juvenil: la esperanza y el entusiasmo.

Contemplemos á los pueblos no en las pequeñeces de su vida diaria sino en los grandes y generosos impulsos de su vida nacional, en las ideas fuerzas de sus comunes tradiciones y de sus comunes pasados y luchas por la libertad. Contemplémosles,—idea de un joven sociólogo argentino—como se contempla el mar, no en el detalle de sus olas, sino en el conjunto de su grandeza.

Nuestra enhorabuena para los que ven en el interés el único lazo capaz de acercar los pueblos, y en las líneas férreas la cadena de comunión que ha de unirlos. Nuestra enhorabuena para los que vean en el ir y venir de mercancías la araña que teje la tela que ha de aprisionar los pueblos. Pero nosotros con nuestras convicciones y nuestros anhelos, iremos tras ellos, buscando la unión por los sentimientos, la fusión por la idea, al compañero que ha de triunfar con nosotros en las luchas por el verdadero progreso y por la verdadera solidaridad inter intelectual. Bien haya el trabajo de Mercurio si Apolo no duerme.

Y si no ha de ser nuestra generación la que vea tan hermosa realidad, con fé inquebrantable renovemos de momento en momento esa bella esperanza, con el calor de una obsesión. Imitemos á esa dulce enagenada á quien dió vida el candor de la juventud.

Sean nuestros congresos prendas de

creciente americanismo y de indisoluble confraternidad.

Con esta fé y con este entusiasmo concurrimos los estudiantes paraguayos al III Congreso, defiriendo á la gentil invitación de los estudiantes peruanos.

En esta sesión inaugural, aceptad, señores estudiantes peruanos y de la Amérita toda, el saludo de la juventud estudiosa de mi patria.

* * *

Entre las fiestas hemos de mencionar también los bailes. Los salones que resplandecen en las noches, con sus luces y sus galas, dejando en el alma, cuando han pasado, como una visión de palacios encantados, donde pasean hadas rubias que conceden mercedes, hechiceras y magas que dicen la buena ventura.

Entre todos aquellos predomina el recuerdo de Chorrillos.

La juventud entera, ebria de placer, y de entusiasmo, desparramada en el amplísimo y abierto salón del casino. Los grupos orquestales que se turnan. Las parejas que danzan. Las mentiras galantes que provocan una sonrisa incrédula y los ojos picarescos que investigan con la gracia seductora de sus impaciencias.

Murmullos y fraseos. Aquí una pro-

testa, allá una risita argentina, una charla alegre. Las parejas que pasan y hablan con cierto misterio ¡egoistas! y en voz baja.... Otras sentadas, un tanto silenciosas, que escuchan las notas murientes de un vals delicioso.

Y, más allá, un pobre enamorado.... Callado, impenetrable al principio, cuando ya no puede resistir cede. Y estalla. Rompe el orgulloso mutismo y desgrana un largo rosario de penas y amarguras y ansias contenidas y crueles indiferencias. Su palabra es rápida, su gesto enérgico. El torrente se precipita y se desborda. Y, en frente, aquella carita adorable, picaresca siempre, que se inclina meditativa, fingiendo un enfado, y sus ojos graves, pensativos, abiertos, que se fijan largamente en el suelo.....

Otras parejas bailan, bailan sin cesar, con frenesí, con locura. Algunas bailan con rabia, las de los *yanquees*.

Comienza el cotillón.

Sobre el piso de madera, brillante, resbaladizo, rociado con polvos de jabón, sale una pareja, á la que siguen otras, tomándose de las manos y formando luego, por sexos y prendidos de la mano, dos círculos concéntricos. Los hombres giran á un lado, las niñas al lado contrario. Algunos ruedan por tierra. Una palmada del director, seguida de una voz de mando y se rehacen las primitivas parejas y se baila. El tumulto es de lo más simpático. Otra

voz de mando y cada cual ocupa su respectivo asiento, de acuerdo con su numeración correspondiente.

Las niñas se levantan, abandonan á sus compañeros y desaparecen en un bazar de indumentarias y disfraces que se abre en el fondo. Vuelven luego, desfilando ante los jóvenes, provistas de sendas caretas, con las que cubren la cara de aquel con quien desean bailar.

Y allí salen los más ridículos y originales rostros de danzarines. Allí se los ve á los señores delegados, aún los más graves, con narices descomunales y bocas torcidas, cabeza calva y anteojos colosales.

Siguen después diversas combinaciones en las que las caretas son sustituidas por sombreros raros, kepis singulares, gorras extrañas, condecoraciones lujosas. Salen, por último, cada una de las niñas con globos de goma, inflados convenientemente y sostenidos con hilos.

Los jóvenes las persiguen. Quien logra cazar la bombita con el pié baila con la dueña. Esta es la lucha más interesante, pues los que ruedan por el piso son más numerosos y la algazara mayor. Sirve además para poner en claro muchas complicidades que hacen sonreir. Algunas dueñas despliegan tanto esfuerzo como sus perseguidores, para dejar cazar su leve globo esmeralda......

¡Bella locura de la juventud que repite sus juegos de la infancia!.

* * *

Una excursión llena de interés fué la ofrecida por la Dirección de Instrucción, hasta Rio Blanco, estación situada sobre la vía del renombrado ferrocarril á la Oroya y á 11.306 piés de elevación.

Muy de mañana y en número bien crecido, dejábamos Lima. Ibamos provistos de limón para evitar lo que en Bolivia conocimos con el nombre de "puna" y que en el Perú se llama «soroche».

El ferrocarril de la Oroya, cuya fama como obra atrevida de ingeniería es sobrado conocida para que necesite elogios, y que constituye uno de los más legítimos orgullos del Perú, revela todo el poder del hombre en lucha abierta con la naturaleza. La audacia ha guiado el trazo admirable de los rieles. Parten éstos desde el nivel mismo del Pacífico, recorriendo alguna extensión entre campos verdes, exuberantes, para seguir luego por entre gargantas y estrechos desfiladeros y ascender después por las laderas, en maravillosos zig-zags, en larguísimas y extraordinarias espirales, salvando puentes que son portentos de arte, y túneles sucesivos, para encontrarse á cinco mil metros de altura, antes de haberse alejado 170 kilómetros del océano.

Esta línea tiene en todo el trayecto

62 túneles y 67 puentes. Entre estos algunos particularmente notables como los llamados de "Verrugas" y del "Infiernillo." Este último, tendido sobre el abismo, une dos colosales montañas.

La locomotora atraviesa primero un larguísimo túnel. Se sigue en la más completa obscuridad, cruzando las entrañas del cerro. Algunos minutos en la sombra y se percibe luego una claridad vaga que se acentúa á medida que el tren avanza. De pronto se sale á plena luz, sobre un profundo precipicio. El «Infiernillo». Se salva rápidamente el puente para entrar en un segundo túnel y atravesar otra montaña.

No se contiene una exclamación de asombro. Tanta es la sorpresa y tan admirable es la obra.

En todo el trayecto de esta interesante excursión, el paso del convoy era saludado por las poblaciones en masa. En las estaciones, los grupos escolares uniformados y en perfecto órden, acogían con aplausos y con vítores, el paso de los excursionistas. Ramos de flores, pequeños *bouquets*, con inscripciones y colores nacionales, ofrendas de manos infantiles, llovían por las ventanillas, como delicado presente de la niñez peruana.

No faltaron notas pintorescas y buen humor corrido. En el salón comedor se derrochaban brindis y vinos finos. Confraternidad un tanto exuberante. Se reía

y se charlaba con extraordinaria animación.

Pero de pronto, un hecho, inesperado y trágico, heló de espanto á la multitud bulliciosa del salón.

Las risas se apagaron de súbito.

El último coche de atrás, desprendióse en una rápida y violenta curva ascendente, rodando hacia abajo con rapidez vertiginosa, loca!...

Estremecidos de horror en las ventanillas, abiertos los ojos, contenido el aliento, lívidos los rostros, contemplamos la carrera desenfrenada del coche que marchaba á estrellarse en el abismo!...

¡Horror! Un grito general de angustia! .

....

Así pensábamos mientras el tren seguía corriendo. Y sonreíamos á solas al imaginar que nuestro compañero Urdapilleta sería capaz de contar como auténtica esta pavorosa mentira, de matar en la catástrofe á media docena de sus más íntimos amigos y de no rectificarlo después .... Pero no hubo tal trajedia, ni tales gritos.....

EL CONGRESO

Un rápido y breve juicio sobre el simpático certamen de la juventud.

Observemos, en primer término, que la obra de estos congresos no está toda en sus actuales resoluciones, casi siem-

pre apresuradas, ni en sus conclusiones, generalmente poco discutidas.

Por otro lado no sería racional exigir á mentalidades en embrión, una luminosa y sabia solución de problemas que requieren profundos estudios y especiales dedicaciones.

Una juventud entusiasta, colmada de agasajos, desprovista de la calma y el reposo necesarios, no puede resolver nada serio, ni siquiera puede pensar seriamente, en el curso de ocho angustiosos días, durante los cuales alternan, sin interrupción, recepciones y banquetes, bailes y paseos Y ya se sabe, por otra parte, la predilección de la muchachada. Entre los temas del Congreso y una carita sonriente, no cabía vacilaciones.

Desde luego, casi estamos por afirmar que lo menos importante, lo último que debe examinarse en estos concursos de estudiantes, son las conclusiones.

Entendemos y creemos que debe reservarse á las viejas eminencias la solución de problemas áridos y graves, la autopsia detenida, la depuración de las doctrinas, el análisis de las marañas que embarazan el dominio de la ciencia, los peligrosos autos de fé de principios, pensamientos y teorías.

La juventud debe conservar su aspecto vivaz y alegre, adoptando conclusiones y votos que asombren, más por la audacia caballeresca, casi ingenua, de

su generosidad y su desprendimiento, que por la profundidad y la penetración de su espíritu.

A sus veinte años, á sus veinte primaveras, no convienen ni actitudes forzadas, ni gravedades artificiales.

El resultado positivo, real, inapreciable, de los congresos estudiantiles, está más allá de sus temas y sus discusiones del presente.

América ha sido, y sigue siendo, un conglomerado de núcleos aislados que se observan, á lo lejos, como organismos rivales, á través de prejuicios y recelos infundados. El más completo desconocimiento mutuo impera en todos ellos.

El esfuerzo aislado de nobles inteligencias que han llenado páginas enteras del más ferviente y sano americanismo, propiciando acercamiento de pueblos y conexión de almas, apenas se ha hecho sentir, antes de ahora, más allá de las propias fronteras; de esas fronteras que no son líneas de conjunción, ni cauce por donde cruzan corrientes de fraternidad, como pudiera creerse, sino puntos de partida y campo permanente de hostilidad y de rencor, donde vigilan centinelas recelosos, armados de todas las armas, fortificados en todos los odios, encastillados en toda clase de prevenciones..

Muchos años han corrido sobre las fortalezas erizadas que guardan los

mojones. Pero el tiempo no ha corrido en vano. Nuevos oleajes golpean los antiguos cimientos, nuevos vientos, precursores de cielos serenados, soplan en las cumbres y en los llanos.

La juventud ya ha roto el dique. Sobre los muros pasó en desborde la corriente tumultuosa, ansiosa de borrar líneas divisorias y pronta á retirar los ceñudos y adustos centinelas que cierran la entrada, para reemplazarlos con aquellos otros, apostados en las fronteras para acoger, con los brazos abiertos, al hermano que llega á las puertas.

La juventud pasó sobre la vieja barrera que vacila.

Dejó su terruño, sin nostalgias, sin tristezas y cruzó el continente. Fué á ensanchar—ya lo hemos dicho—el horizonte de su patria chica, fué á surcar de parte á parte aquella su patria grande, la que tiene por lindes el Pacífico en occidente y el Atlántico en oriente. Y encontró, más allá de las cordilleras y de los desiertos, más allá de las llanuras y los ríos, otras sociedades y otros hombres, otras colectividades y otros organismos, que piensan y que sienten como ella, que sueñan y acarician los mismos pensamientos, los mismos ideales. Conjunción de nacionalidades, relación de pueblos, compenetración de almas, intercambio de ideas, sentimientos y amistades.

He aquí el fruto de los congresos de estudiantes.

Por eso, si un crítico severo se limitase á analizar el diario de sesiones para emitir su juicio, no estaría en lo justo, ni en lo cierto.

Negar importancia á un movimiento que precipita la armonía, suaviza las asperezas, abre camino al desarrollo creciente de la solidaridad humana—criterio del progreso—y prepara la conciliación y el verdadero triunfo de la paz, sería necedad suprema.

Claro es que aún estos certámenes no dan de sí todo lo que sería de desear de ellos. Pero no hay que olvidar que se asiste á los preliminares, que aún no se han perfilado sus lineamientos definitivos.

Los congresos no son meros romanticismos de los hombres, sin trascendencia en la vida. En sus senos se encuentran olas de pueblos que van á mezclarse con otras olas, pensamientos en gestación que van á buscar sus complementos, átomos dispersos que convergen para estallar en luz.

Armonizar ideas, formular principios, condensar aspiraciones, resumir tendencias, reglamentar instituciones, fijar criterio á las universidades, constituyen algo más que vagas declamaciones sentimentales.

La brillante juventud que periódicamente se da cita en las capitales de

América, esa hermosa pléyade que se iniciará mañana en la prensa, en la cátedra, en el parlamento y en el gobierno, sabrá dirigir sus energías, sus propagandas y sus luchas hacia aquel bello ideal que acariciamos: la paz del continente. Y entonces—como ya lo dijéramos, en una noche de emoción y de acogida calurosa en la tierra del Inca—esos mismos jóvenes que supieron consagrar con tanto acierto, el más hermoso de los días del año, el primero de primavera, para festejarlo con alborozo como suyo, sabrán consagrar mañana, ya padres de la patria, otro más significativo para América, más grande para la humanidad: el día consagrado á la «Paz de las Naciones», la conquista más gloriosa y trascendental de los siglos.

* * *

Una nota simpática.

Alberto Benavidez Canseco, delegado peruano, buen amigo del Paraguay y de los paraguayos, hizo una proposición, pidiendo un voto de aplauso para la juventud de nuestro país, del Perú, de Chile y de la Argentina, por su digno comportamiento en las luchas por la libertad y el derecho.

La asamblea aprobó la moción y concedió el voto entre aclamaciones calurosas.

* * *

En la sesión de clausura del Congreso, nos tocó pronunciar el siguiente discurso, en nombre de la delegación del Paraguay:

Hermanos de América:

Allá en el corazón de nuestro mundo, en una tierra de leyendas, donde cada pedazo de suelo es una historia y cada valle y cada recodo, cada paso y cada estero tiene una página de epopeya que narrar; allá en el alma misma de nuestra América fecunda, donde cada ráfaga que sopla cuenta al pasar un heroísmo y cada torrente que corre solloza un sacrificio entre las selvas; allá en una tierra santa, donde cada encrucijada gime un episodio de dolor y cada llanura rememora con tristeza un Waterloo.. .. en una tierra hermosa, olvidada del mundo, arropada de esmeraldas, bajo un cielo azul y entre una naturaleza de esperanza, vive un pueblo, vuestro hermano, en el orígen y en la historia, el pueblo del Paraguay, mi patria.

De allí venimos, hermanos. Un anhelo santo es nuestro guía, una palabra de amor nuestro bagaje.

Y llegamos á vosotros, confundidos entre la lluvia de flores de vuestros triunfos, entre las palmas arrogantes y

gallardas que pregonan vencedores, entre laureles y guirnaldas que tejió con sus manos, para sus hijos predilectos, la victoria ..

Arribamos hasta vosotros, rebosantes de un puro y sano entusiasmo, impregnados de un poco de pena, al no ofrendaros nada más que el calor de un abrazo, nada más que el ardor de un corazón.

Luz, nos pide el cerebro en un grito de vida. Esperanza, clama en su orfandad el alma.

Esperanza y luz venimos á buscar para estampar un lema. Esperanza y luz venimos á robar de vuestro seno.

Y al hacerlo, al llegar hasta vosotros en una caravana, peregrinos del amor, recurrimos á la juventud de América nuestra hermana, por que vemos en ella la mariposa de oro, visionaria de la gloria, que marcha á la conquista de la luz, no para caer carbonizada á su contacto, sino para ondear al viento la llama arrebatada y flamear triunfante en su mano temblorosa la antorcha directriz que servirá de guía.

A lo largo del desierto que salvasteis hace mucho, en la vera polvorienta del camino, pálido el rostro, cruzada la frente por un surco de amargura, ha quedado rezagado vuestro hermano el Paraguay.

Allá á lo lejos, á retaguardia vuestra, fatigado, sudoroso—no vencido—ha re-

trasado su marcha nuestro pueblo. Allá lejos nos quedamos.. ..

Y sin embargo, hermanos.. .. También palpita un ideal en nuestro pecho, también llevamos una convicción en el cerebro. Acariciamos con fé muchos ensueños, blancos como espumas de cascada, puros como todos los ensueños de la adolescencia vírgen. Y soñamos también como vosotros. Soñamos con una patria sin fronteras y queremos la humanidad regenerada y un emblema universal para el futuro.

Por eso al veros marchar hacia la cumbre, correr tras la quimera, persiguiendo el ideal, también nos sentimos reanimados y emprendemos la ascensión. Y marchamos y seguimos vuestra ruta, con ciego empeño, con anheloso afán, buscando en la montaña, entre las perlas escondidas, una diadema de amor para el pueblo y una corona de luz para la patria.. ..

Sí, hermanos, también soñamos allá bajo las frondas perfumadas. Pero nos sentimos tristes, con la ingénita tristeza silenciosa de nuestra raza, la que no llora cuando le hieren, la que no retrocede ante el dolor, ni vacila ante el sacrificio, ni se espanta ante la muerte; la que fundió su historia en el crisol de Esparta y de Numancia y rubricó con sangre la epopeya americana y trazó la página final del heroísmo en la Iliada universal moderna!

Nos sentimos tristes, porque allá en nuestra infancia desolada hemos sentido, rondando nuestra cuna, la canción de la tristeza y en el regazo materno hemos sentido alguna vez, correr sobre el rostro una lágrima ardiente, silenciosa, trémula.. .. una lágrima indiscreta, confidente muda, que reveló al niño el supremo dolor de la madre infortunada!

Hermanos, perdonad. No traemos nada. Hoy venimos á fusionar un cariño en un abrazo y á buscar una palabra de aliento. Hoy venimos á empaparnos en el rocío de vuestros ensueños rutilantes y vuestros ideales en flor.

Y con fuerza nueva, nuevo aliento y entusiasmo nuevo, tornaremos decididos al terruño. Y allí trabajaremos también como vosotros. Pensativos y febriles, el rostro entre las manos, catearemos en la sombra, investigaremos sin cesar y forjaremos también nuestro mundo de cristal como vosotros.

Y acaso entonces, con el correr de los años, con el transcurso del tiempo, cuando sienta el paraguayo nutrido, repleto, rebosante, su cerebro y en su espíritu anide la sublime fortaleza del apóstol, acaso entonces se alce también como vosotros, impávido, sonriente, hermoso en su valor, magnífico en su arrogancia, admirable en su delirio de quijote, la cabellera suelta, juguete de los vientos, ondeando al aire, con la diestra

levantada, la enseña de los mundos, la bandera de los Cristos y el noble pabellón de Victor Hugo.!

Hasta entonces, hasta que brille nuestro sol sobre la escena, hasta que marchen nuestros soles confundidos, hasta que América surja en occidente con asombro de la Europa ya eclipsada, desde allá, desde el rincón de nuestro suelo, agitando el pensamiento en las entrañas de la ciencia, lidiaremos con fervor en la penumbra y clavaremos la pupila en vuestro cielo y lanzaremos la esperanza á vuestra estrella!

Conclusiones y votos

Es de justicia mencionar que, á pesar de la brevedad del tiempo, se ha desplegado suficiente actividad en las deliberaciones del congreso. Aún cuando no se discutieran todos los temas, se han formulado conclusiones y votos sobre los más importantes tópicos.

He aquí las resoluciones adoptadas:

TEMA I

Disciplinas de educación general anteriores á la especialización profesional.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

Declara:

1.º Toda cultura general para ser edu-

cadora, ha de informarse en el integralismo pedagógico. Esta cultura debe ser doble: por un lado desarrollo intelectual y por otro educación integral, que consiste en la adquisición de hábitos subconcientes de pensar, de sentir y de obrar, en armonía con nuestra situación individual y social. Tal educación general debe darse en la segunda enseñanza. El criterio de la utilidad inmediata no puede ser el criterio de la educación general.

2.º La educación debe orientarse en un sentido de americanismo que, permitiéndonos asimilar la cultura europea, nos dé conciencia de nuestra raza y de nuestra situación en el mundo y nos haga comprender mejor la nece sidad de la concordia y la solidaridad americanas.

3.º La educación secundaria debe tener una orientación de selección, en orden á dar opción al triunfo de los mejores elementos sociales, dando á cada cual lo que le corresponde en conformidad con sus aptitudes. En consecuencia, la educación secundaria no es, hoy por hoy, para todos, sino para aquellos que por su capacidad puedan dirijir más tarde la vida nacional y la confraternidad americana. Urge pues, desviar hacia las escuelas industriales comerciales y técnicas, á la gran masa de educandos, que por una causa ú otra

no están llamados á desempeñar esta función superior.

4.° La educación general debe además capacitar al individuo para elegir una profesión por sí mismo, formando ó aclarando su criterio filosófico al respecto; para lo cual debe darse, al terminar aquella, un miraje amplio y sintético de todas las profesiones.

5.° Debe darse á la instrucción secundaria una autonomía completa en la fijación de los rumbos de la cultura general, discusión de programas, adopción de métodos y selección de su personal docente; sin que por ello se rompa la armonía que debe existir entre los distintos grados de la enseñanza.

6.° La educación secundaria que se dé á la mujer debe ser distinta de la del hombre, por que precisa capacitarla para su función natural y social.

7.° El idioma patrio debe ser la disciplina fundamental en las humanidades.

8.° Deben estudiarse en las humanidades los principales idiomas extranjeros incluyendo en ellos el latín; en forma elemental en la secundaria y amplia en la superior; el griego será considerado como disciplina voluntaria en la instrución superior.

9.° Después del idioma patrio es la Historia, incluyendo en ella Geografía, la disciplina más importante. Ella debe tender sobre todo á la formación del criterio histórico, al fortalecimiento del

espíritu de nacionalidad y á la creación y difusión de un ideal americano.

10.° La educación literaria debe orientarse en un sentido más filosófico y más ampliamente estético que el que hoy prevalece.

11.° La literatura y la Filosofía deben estudiarse principalmente por la lectura atenta y el comentario de las obras maestras de los grandes literatos y de los grandes pensadores.

12.° La cultura científica tan amplia y profunda como sea posible, es imprescindible en las humanidades, mereciendo una especial atención la Biología.

13.° La educación física, racional y metódica, debe ser obligatoria en todos los establecimientos de instrucción pública. Deben fomentarse en los colegios de humanidades los juegos al aire libre, las excursiones y los trabajos manuales.

14.° El remate y la finalidad primordial de toda educación debe ser la formación del ser moral, que consiste en la formación y dirección de la voluntad en el sentido del bien social é individual y en la afirmación del concepto filósofico-histórico del criterio ético.

15.° Como medio de realizar las disciplinas generales de cultura, anteriores á la especialización profesional se recomienda el establecimiento de facultades preparatorias; aún cuando para implantarlas se requiera la disminución del

número de años de la enseñanza secundaria en algunos países sud-americanos.

TEMA II

Los Estudios nacionales de Historia Política y Económica, la formación del espíritu nacional y la educación de la clase dirigente

El III Congreso de Estudiantes Americanos

CONSIDERANDO:

1º—Que debe procurarse fundar, intensificar y solidificar el espíritu étnico nacional, sin que esto signifique la introducción de un chauvinismo pernicioso;

2º Que toda nacionalidad está constituída por un conjunto de ideas y de sentimientos que son fruto de las condiciones cosmológicas y sociales manifestadas á través de las generaciones sucesivas y cristalizadas en una tendencia más ó menos uniforme y constante;

ACUERDA:

1º Expresar la necesidad de la creación de Facultades de Ciencias Políticas y Administrativas.

2º La creación en esas Facultades, de cátedras de Historia filosófica, política y económica.

3.º Debe darse enseñanza elemental

en la instrucción secundaria de Derecho Político y Economía.

4.° Recomendar el estudio muy preferente en la enseñanza secundaria, de Historia patria y del proceso y la evolución de la política nacional.

5.° Hacer obligatorios en las facultades preparatorias los siguientes cursos: Derecho Político y Administrativo, Historia Política y Económica, Sociología y Literatura.

6.° El Estado debe tener control en los establecimientos particulares de instrucción primaria y secundaria.

7.° Expresar la necesidad de los estudios nacionales de Historia Americana en los cursos secundarios, así como también de la Historia Política y Económica de España y Portugal.

8.° Vulgarización preferente de estos estudios por la extensión universitaria.

TEMA III

El empirismo en las profesiones liberales

El III Congreso de Estudiantes Americanos

ACUERDA:

1.° En los Estudios concernientes á las profesiones liberales, deben armonizarse los conocimientos teóricos y prácticos, intensificándose estos últimos, á fin de colocar en mejores condiciones

al profesional, desde su aparición en la vida, con relación al empírico.

2.° En los estudios de especulación, se recomienda una mayor orientación en el sentido económico.

3.° Dación de leyes y reglamento tendientes á establecer la responsabilidad profesional que de una manera especial preconizamos.

4.° Educar al pueblo por medio de la extensión universitaria y el periodismo, en pró del reconocimiento de las ventajas del profesional sobre el empírico y para que se encuentre en aptitud de elegir entre los profesionales habilitados.

TEMA IV

Vinculación de las Universidades y de la Prensa, por la cultura universitaria del periodista y por la propagación de los ideales universitarios.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

Considerando:

1.° Que la difusión cada día mayor de la prensa y su enorme influencia exige que la sólida cultura del periodista garantice la bondad de esa enseñanza;

2.° Que el papel de las Universidades—como las grandes muestras del pensamiento —exige, así mismo, el máxi-

mum de vulgarización para sus ideas y para sus doctrinas;

3.º Que la prensa debe ser no solo un reflejo mecanizado del movimiento social, sino un órgano conciente de cultura, lo más integral posible, teniendo en vista las condiciones mediológicas.

4.º Que deben los periodistas tener una cultura especial de psicología social de manera á poder tener una noción precisa del significado del dinamismo social;

Acuerda:

1.º Recomendar á las Universidades Americanas el establecimiento de un sistema de becas para periodistas en ciertas facultades y cursos á cambio de la realización obligatoria de la extensión universitaria por la prensa.

2.º Invocar el espíritu liberal de los periodistas americanos para que acepten en las columnas de sus diarios la producción universitaria independiente y doctrinaria y para que den preferencia á los alumnos de las universidades en los cuerpos de redactores.

3.º Exitar el celo de los centros estudiantiles para que den á sus revistas la mayor amplitud y circulación posibles, hasta lograr el ideal de la formación de grandes periódicos netamente universitarios.

4.º Hacer la vulgarización de la téc-

nica periodística por medio de conferencias dictadas por periodistas profesionales.

5.° Pedir á los diarios americanos la creación de una sección permanente de información universitaria.

6.° Solicitar de las Universidades la creación de cátedras de periodismo cuya misión radica en proporcionar á los profesionales, no solo los elementos intelectuales indispensables, sino también la conciencia de la responsabilidad del periodista, á quien incumbe una alta, dificil y delicada función social.

7.° Autorizar á la oficina Internacional Universitaria, á hacer una encuesta entre la prensa de América, con el fin de conocer la opinión de los periodistas sobre el mejor modo de hacer práctico el propósito que inspira estas conclusiones.

TEMA V

Intervención de los Estudiantes de las Universidades en la vida política.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

DECLARA:

1.°—Los Estudiantes Universitarios Americanos deben intervenir en la vida política de sus respectivas naciones, continuadamente, propagando las doctri-

nas que señalan el funcionamiento correcto de las instituciones públicas, y continuadamente, también, sustentando los ideales americanos que tiendan á establecer la confraternidad continental.

Solo en calificadas ocasiones su intervención puede convertirse en activa y colectiva: cuando so trate de evitar el aniquilamiento de las instituciones primordiales de la democracia.

2.º—Las orientaciones que caractericen la intervención de los estudiantes, no deben de ser aquellas que presenten personalizada la política del presente sino eminentemente científicas, inspiradas en la historia y en la naturaleza de nuestras propias instituciones.

3.º—Debe procurarse la formación de grandes asociaciones universitarias de principios que den fuerza á las orientaciones científicas en la política.

4.º—La intervención de los estudiantes debe tender principalmente al restablecimiento de la democracia, institución fundamental que implantaron los padres de la patria americana en forma que desconociera las peculiaridades del medio social en que debía funcionar.

5.º—Es conveniente que los estudiantes, una vez terminados sus estudios, se incorporen á los distintos partidos en que se divide la opinión pública de sus respectivos países

6.º—No debe consentirse la organización de clubs electorales que tomen el

nombre de universitarios para poner el alto valor moral de esta palabra al servicio de intereses partidaristas.

TEMA VI

Higiene del Estudiante

El III Congreso de Estudiantes Americanos

Acuerda:

HIGIENE INTELECTUAL

1.º—Recomendar á los gobiernos y autoridades competentes, la creación sistemática de los kindergarten.

2.º—Sustituír en lo posible los exámenes actuales por procedimientos capaces de verificar el grado de aprovechamiento de los alumnos, de acuerdo con la enseñanza y la higiene.

3.º—La confección de horarios y programas en los cuales se evite el surmenage intelectual y se favorezca el entrenamiento psíquico.

4.ª—Establecimiento de escuelas ó clases especiales para niños anormales en las cuales se eduque según los principios de la pedagogía moderna, á los escolares tomados como tales por una comisión técnica compuesta de un médico, un pedagogo y un psicólogo.

5.ª—La fundación de laboratorios de psicología experimental como medio de investigación y control de educación.

HIGIENE FÍSICA

6.ª—Recomendar también la intensificación de la educación física, de manera que se armonice el desarrollo físico y psíquico favoreciendo el entrenamiento muscular por ejercicios interesantes y adaptados.

7.ª—Favorecer la propagación de los deportes consignando tiempo suficiente en los programas para su realización así como para la de las excursiones, fomentando especialmente la institución de los Boys Scouts.

8.ª—Fomentar la creación de colonias escolares de vacaciones, así como la de las escuelas al aire libre.

9.ª—Gestionar la implantación de casas-modelos, en las que los universitarios encuentren alojamiento higiènico y económico.

10.ª—Tratar de que los edificios escolares, el mobiliario y los textos de estudio, se adapten á las exigencias de la higiene.

11.ª—Establecer laboratorios de antropometría para apreciar las condiciones físicas del alumno y controlar el resultado de la educación física.

HIGIENE MORAL

12.ª Recomendar que se dé á la educación moral un carácter práctico por

medio de la formación de hábitos que tiendan á anular las malas cualidades de la herencia y favorecer las buenas.

13.ª Reglamentar los espectáculos públicos para escolares.

HIGIENE SEXUAL

14.ª—Instituir con discernimiento la educación sexual, con el objeto de prevenir las incorrecciones del sexo y las enfermedades venéreas

HIGIENE INDIVIDUAL

15.ª—Despertar hábitos de higiene personal, vigilándolos y estimulándolos.

16.ª—Recomendar, también, la formación de médicos escolares especialistas, el establecimiento sistemático de la inspección médica de la escuela, la creación de la cátedra de Higiene escolar en los cursos del profesorado.

17.ª—Como medio de llevar á la práctica tales conclusiones, se recomienda á las autoridades competentes la creación de una Legislación escolar.

TEMA VII

El profesorado extranjero en América: sus ventajas y sus peligros en los tres grados de enseñanza.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

Declara:

1.º El profesorado extranjero es incon-

veniente en absoluto en la primera enseñanza.

2.º En la enseñanza secundaria y superior puede aceptarse el profesorado extranjero en todos aquellos ramos que no dicen relación con la formación del alma nacional.

3.º Es conveniente que las naciones americanas se preocupen de formar personal nacional idóneo, que sustituya paulatinamente á los extranjeros en la dirección de la enseñanza secundaria.

4.º En la enseñanza especial y técnica puede aceptarse sin restricciones el profesorado extranjero

TEMA VIII

Formación del profesorado universitario y manera de proveer las cátedras.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

CONSIDERANDO:

1.º Que la enseñanza universitaria en su triple aspecto, profesional, científico y educativo, exige la preparación especial del profesorado universitario;

2.º Que dicha preparación á más del profundo estudio de la materia de enseñanza que elija, debe comprender: cultura general elevada, conocimiento intensivo de los métodos pedagójicos, en especial, de la metodología univer-

sitaria y finalmente, práctica previa en el magisterio superior;

DECLARA:

1.º Conviene la organización del profesorado universitario como carrera profesional exclusiva, remunerándolo en consecuencia suficientemente.

2.º Debe crearse en las diversas facultades universitarias la institución del doctorado, que ha de proporcionar cultura superior elevada á los futuros maestros de enseñanza superior

3.º Debe crearse, asimismo, en las Facultades de Letras ó de Ciencias jurídicas y sociales un aula de Pedagogía universitaria que puede agregarse á los institutos ó secciones pedagójicas en las universidades que los posean. Dicha aula comprenderá los siguientes cursos:

a. Historia general de las universidades.

b. Metodología universitaria

Estos estudios se harán paralelamente á los de los diversos doctorados.

4.º Conviene establecer en el profesorado superior, como preparativos del titular, los siguientes grados:

a. Profesorado libre.

b. Profesorado suplente.

Estos profesores dictarán sus cursos dentro de la Universidad, pero con programa libre los primeros y los segundos

con programa complementario del dictado por el profesor titular. Tanto los unos como los otros deberán ser remunerados; los libres por los alumnos y los suplentes, por los Gobiernos ó autoridades con autonomía económica.

5.º Los candidatos al profesorado suplente, deben ser los profesores libres que comprueben su competencia:

a) por el mérito de sus trabajos escritos sobre la materia de su enseñanza;

b) por el número de sus alumnos;

c) por el resultado de las pruebas rendidas por éstos.

6.º Sólo podrán ser admitidos como profesores libres los aspirantes que tengan el título de diplomado en alguna facultad y que hayan cursado los estudios del aula de Pedagogía universitaria.

7.º Los profesores titulares deben ser nombrados por concurso, con pruebas oral y escrita y práctica según los casos, unicamente dentro de los profesores suplentes.

8.º A fin de que los profesores ya formados en nuestras Universidades, puedan perfeccionar sus estudios pedagógicos en el extranjero, deberá crearse un pensionado al que tendrán opción los que hayan alcanzado las más altas notas.

TEMA IX

La Enseñanza agrícola en la educación superior, primaria y secundaria.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

Declara:

1.° Es de imprescindible necesidad la enseñanza agrícola en las escuelas primarias y secundarias, siendo obra altamente útil y patriótica la del establecimiento de dicho sistema, para lo cual no solo la iniciativa del Gobierno debe sostenerla sino también la privada.

2.° Es necesario desarrollar en el niño y luego en el joven el espíritu agrícola, familiarizándolo en los trabajos del campo y en los conocimientos de las plantas, animales é industrias, para lo cual debe incluírse en los textos y programas la agricultura, secundándola con excursiones, giras de estudio, visitas á exposiciones agropecuarias, jardines botánicos, zoológicos, parques zootécnicos, donde podrán observar y palpar objetivamente lo aprendido en las aulas.

3°. En toda asignatura que tenga relación con la agronomía, debe tratarse de darle mayor extensión á la parte que á ella corresponda.

4°. Si fuera posible, debe crearse la

asignatura de Agricultura y Zootecnia de la cual se obtendrán grandes beneficios y en la cual se abarcará el estudio más profundo de la agricultura y ganadería.

5º. Debe implantarse en toda la América, la «Fiesta del Arbol», hermoso y práctico medio de inculcar al niño y al joven, el amor á uno de los factores que mayores y saludables beneficios prodigan á la humanidad.

6º. Cuando la valorización del terreno no se oponga y se disponga de él, debe instalarse anexa á las escuelas y colegios, una huerta en la cual los alumnos practicarán la enseñanza agrícola.

7º. Se pedirá á los agrónomos y estudiantes de agricultura que den conferencias sobre la ciencia agronómica en las escuelas y colegios y, por intermedio de la prensa y boletines y otros medios de propaganda, se tratará de vulgarizar la ciencia agronómica.

8º. La enseñanza agrícola no podrá hallarse sujeta á la acción ó inacción de distintos criterios ó duración del programa ó personal del Gobierno, sino que deberá cimentarse sobre una base duradera, sólida é inalterable.

TEMA X

Orientación que debe darse á la literatura en América

El III Congreso de Estudiantes Americanos

DECLARA:

1°. Es conveniente la creación de cátedras de Literatura Americana y de Literatura Nacional en las Universidades del Continente.

2o. Es conveniente la creación de cátedras de Filosofía de la Literatura en las mismas Universidades.

3o. La erudición por sí sola no debe considerarse como elemento esencial en los profesores de Literatura.

4o. La enseñanza de Literatura en América, debe orientarse preferentemente hacia el conocimiento de las obras maestras por los alumnos.

5o. La enseñanza de la Literatura no debe hacerse exclusivamente libresca, sino que es conveniente que los alumnos, por la contemplación directa de los grandes espectáculos naturales, perciban por sí mismos la belleza en sus formas originales y revivan la emoción creadora del artista.

Con este fin pueden ser útiles las composiciones literarias individuales de los alumnos, descriptivas de panoramas y paisajes.

6.º Siendo la Literatura un arte integral, debe complementarse la enseñanza de la Literatura con el auxilio de las estatuas célebres, melodías geniales y cuadros evocadores, como un medio de hacer sensible el alma de los alumnos á todas las manifestaciones de la belleza.

7.º Previamente el estudio de las grandes épocas clásica, romántica y moderna, que deben hacerse en forma crítico histórico-filosófico, es de utilidad un curso general que dé una visión panorámica de todo el movimiento literario.

TEMA XI

Formación de Museos Americanistas en los Centros Estudiantiles.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

CONSIDERANDO:

Que la formación de Museos Americanistas en los Centros estudiantiles como medio de conocer la ciencia, el arte y la industria americanas, tiene gran importancia con relación al estudiante porque le proporciona una nueva fuente de ilustración y un medio gráfico de llevar su espíritu hacia la investigación y hacia el análisis; y tiene como objetivo principal relacionar por medio de sus informaciones al estudiante y al in-

dustrial coadyuvando así al desarrollo y progreso de la industria, que es esponente de cultura y energía en un país.

Acuerda:

1.° Solicitar de los respectivos Gobiernos el apoyo eficaz para la formación y desarrollo de estos museos.

2.° Los Centros estudiantiles serán los encargados de hacer dicha solicitud y nombrarán una comisión especial, que se llamará de museos, y que tendrá á sus cargo todas las iniciativas para su desarrollo y progreso así como para su conservación.

3.° Los Centros estudiantiles en el día de la Primavera, adjudicarán un premio consistente en una medalla de oro para el país que más haya concurrido con sus muestrarios é informaciones al enriquecimiento del Museo y una de plata para el que haya concurrido en segundo lugar.

4.° Todas las informaciones recibidas serán publicadas en los periódicos ó revistas más adecuadas y serán los Centros estudiantiles los encargados de establecer el canje.

TEMA XII

Medios de hacer efectivas las conclusiones de los Congresos Estudiantiles.

El III Congreso de Estudiantes Americanos

ACUERDA:

1.º La realización de los votos de los Congresos Estudiantiles compete concurrentemente:

a). á la oficina Internacional Universitaria Americana.

b). á las Asociaciones de estudiantes.

c). á un Comité Ejecutivo Nacional compuesto de tres miembros nombrados por los Congresos Internacionales de Estudiantes Americanos para cada uno de los países que concurran á ellos.

Estos Comités Nacionales, como las Asociaciones estarán en relación con la Oficina Internacional y le harán conocer las gestiones que realicen y los resultados que obtengan.

2.º Recomendar las excursiones internacionales como medio de mutuo conocimiento y solidaridad continental.

3º. Adherirse á la idea lanzada por el Rector de la Universidad de Chile y formular un voto expresando el anhelo estudiantil americano por la celebración de un Congreso de Profesores.

* * *

Además de los ya citados, se presen-

taron al Congreso los siguientes trabajos:

«Cultura democrática que debe darse á la clase obrera, por alumnos universitarios»—por Carlos de la Puente.

«Extensión Universitaria y Universidad Libre Pan Americana»—por Luis de Gásperi.

«Ciclos» Siglo—Semanal, Juliano y Gregoriano»—por Carlos A. Hesse.

«Punto Crítico en el Campo del Estudio» por Eduardo Elejalde.

RICARDO PALMA

Una nota ingrata.

Don Ricardo Palma vive olvidado en un modesto retiro.

El glorioso autor de las bellas, de las incomparables «tradiciones», á pesar de sus «ochenta años de labor, de luchas, de amarguras y de triunfos», no ha conquistado en su tierra —¡en esa tierra nativa siempre ingrata con sus grandes hijos!—ni siquiera el derecho á un respetuoso silencio. En Lima no le oímos nombrar sino allá á las cansadas. El Congreso tuvo para él un recuerdo en su sesión preparatoria. ¡Pero era aquello tan mezquino para la gloria del ilustre anciano!. ¡Y pensar que sus obras han recorrido y recorren el mundo de triunfo en triunfo, y que su nombre es reverenciado, querido y respetado en todas partes........menos

en su patria! La graciosa Lima no rodeaba con sus brazos de hija mimada, la vejez de aquel noble patriarca que le consagrara todas las flores de su alma exquisita y pródiga.

Ahí estaba la frente del incansable luchador, desprovista de la aureola de amor y de paz que se le debía. Ahí estaban sus canas, formando un marco blanco á su rostro venerable y clamando por su bella hija ingrata, su inconstante y caprichosa Lima, en cuyas calles pasearan triunfalmente los personajes de sus inimitables crónicas coloniales.

Allá, en una modesta vivienda, alejado de la ciudad, agobiado por la gloria, por la ingratitud y por los años, vive el gran americano, rodeado del cariño de sus tres hijas, las únicas que saben de las penas y amarguras del noble viejo.....

Allí cuenta los días el glorioso Don Ricardo.

Sus últimos libros traducen la amarga melancolía de la hora.

En sus «Poesías completas», proemio de «Nieblas,» se escucha el grito de la honda desesperanza: «Si los desengaños y el sufrimiento - dice—envuelven el alma como en un manto de Nieblas mal se puede ser poeta. El poeta vive de ilusiones, de fé, de esperanza. Cuando ya no se sueña con idealidades, cuando se cree poco y se espera menos, es porque la poesía ha muerto en el poeta.

Las notas de su lira no tienen ya razón de ser. Las Nieblas del espíritu son indecisas, misteriosas, sombrías, como las del horizonte infinito.»

Y sin embargo, su caracter jovial, su chispa antigua, perdura de rato en rato, á través de todas sus amarguras.

La juventud estudiosa, la menos ingrata, llega de tarde en tarde, á golpearle las puertas. Un ramo de flores, un álbum, un recuerdo cariñoso, revelan entonces á los moradores de la olvidada vivienda, que todavía existen algunos corazones que reverencian las glorias del viejo abuelo.

Tal es el afecto caprichoso y descuidado de los nietos. Cuando la agitación de los juegos cansa, cuando se siente fatiga corporal, recién entonces, hay un recuerdo para el viejo.

Y en esta ocasión, como otras veces, esa juventud fué á turbar con el ruido de su cariño, la quietud de aquel retiro.

Las puertas, siempre cerradas, se abrieron de pronto para dar paso al enjambre ruidoso que venía á llevar en triunfo al glorioso olvidado, para rendirle su homenaje de afecto y de justicia.

La juventud del continente depositó su ofrenda en manos del maestro. Los oradores desfilaron, vertiendo lluvia de pétalos sobre el espíritu decepcionado del noble octogenario.

Tambien habló él. Su palabra fué escuchada con recogimiento.
Comenzó su discurso:

«Señores Universitarios del Perú:»

Vuestra delicada atención al arrancarme de mi modesto retiro, para hacerme respirar el aura de vuestro afecto juvenil, conmueve profundamente mi alma. Y es más hermosa vuestra expresión de afecto para con el anciano tradicionista por que habéis alcanzado á asociar en esta gentileza á vuestros hermanos, los jóvenes estudiantes de la América Latina, juzgando con razón que, si en el orden intelectual soy vuestro abuelo, algo abuelo de ellos soy también, porque en la infancia leyeron, á guisa de cuentos, algunas de mis hoy rancias consejas. Para ellos y para vosotros, el más férvido y agradecido abrazo de mis ochenta años de labor, de luchas, de amarguras y de triunfo. Sí. de triunfo, porque es un triunfo, el más halagador y hermoso, el haber alcanzado por la perseverancia en mi labor literaria y ciudadana, este crepúsculo de afecto y de respeto, que viene á envolver mis canas con efluvios simpáticos, antes de que descienda sobre mi la noche eterna.»

«Con infinito, inexpresable orgullo recibo el álbun que me ofrendáis, mis jóvenes amigos, y con el que me habéis

querido significar vuestra solidaridad conmigo, en esta hora ingrata en que fué profanada mi obra de cerca de treinta años en pro de la cultura nacional».

....

Recordó luego á sus amigos del continente y á todos los países de América. Tocó el turno al nuestro:

«El Paraguay vivió durante los tiempos coloniales intimamente ligado al virreinato de Lima. El trágico fin de Antequera conmovió á ambas colectividades y cuando aquel pueblo se independizó de España no desaparecieron sus afinidades con nosotros. Los nombres de Manuel Dominguez, de Baez, de Silvano Mosqueira, del ex-presidente Gondra y otros, nos son familiares como cultivadores de las letras. Os pido, señores delegados del Paraguay, que les trasmitáis mis cariñosos conceptos»

....

La voz temblorosa del poeta se apagó en medio de un profundo silencio respetuoso. Una ráfaga de enternecimiento corría en los espíritus. El eco de un siglo entero vibraba en los oídos. El pasado tañía sus reminiscencias dolorosas junto al porvenir. Las cabezas se inclinaban pensativas y en los ojos había temblor de lágrimas.

Del grupo se adelantó un joven. Llegó hasta lo alto de la tribuna y, abriendo los brazos, estrechó al viejo luchador contra su pecho.

Una oleada de emoción sacudió al auditorio. Y un aplauso estruendoso y largo selló aquella conjunción de dos almas, que simbolizaba el abrazo de dos épocas.

El acto terminó con aquel emocionante coronamiento. Y el viejo escritor tornó de nuevo á su retiro, en busca de paz y de silencio...

Antes de dejar Lima, creímos de nuestro deber llegar hasta él. El recuerdo consagrado á nuestro país obligaba nuestro reconocimiento.

Miraflores, sitio de su residencia, que da á alguna distancia de Lima.

Habita en una modesta vivienda, ya lo hemos dicho, en compañía de sus tres hijas. Allí llegamos á golpear.

Introducidos en una salita, aguardamos un rato. Breves instantes después aparecía Don Ricardo, apoyado en el brazo de una de sus hijas

El respeto, la admiración y el cariño que sentimos por el gran americano nos arrastró hasta él. Un largo abrazo le expresó todo nuestro sentimiento y toda nuestra gratitud por su amable recuerdo.

Bondadoso y jovial nos prodigó una afectuosa acojida. Su conversación, lenta y reposada, aún se siente salpicada de sentencias agudas.

Hablamos del Paraguay. Recordó á sus amigos, tuvo frases muy elogiosas para «Semblanzas,» de Silvano Mos-

queira. Conversamos sobre los resultados del Congreso. Tuvo palabras de gratitud fervorosa para la juventud.

Este viejo se va, mi amigo—nos decía.—Treinta años de labor y de sacrificios tenaces, haciendo obra nacional, para ver, al fín de ellos, profanada toda mi obra!

Nos obsequió con algunos ejemplares de sus últimos libros, con amables dedicatorias.

Hablamos un rato aún, pero nuestra visita ya no podía prolongarse. Estrechamos la diestra rugosa del viejo sembrador, que nos oprimió con fuerza. Saludamos á sus jóvenes compañeras, á aquellas almas cariñosas que aroman las horas del destierro con afectos y atenciones, y abandonamos con tristeza aquella casita que hacía de santuario, cobijando en su seno el crepúsculo de aquel glorioso desterrado que se apagaba lentamente en el silencio....

DEL CALLAO Á VALPARAISO

El simpático concierto tocaba á su término.

Las últimas notas, moduladas al calor del abrazo postrero, llevaban, en la ondulación final de sus ecos, vibraciones de hondos afectos. En el timbre de las voces jóvenes había temblor de emoción y en el chocar de los apretones se sen-

tía como promesas de fé y de esperanza.

La dispersión se inició. Era aquello una magnífica eflorescencia, irradiación de almas que iban llevando á las tierras lejanas, al seno de las florestas vírgenes, junto á los mares, al pie do las montañas, la expresión armoniosa de las nuevas estrofas que vibraban en el corazón de la América joven.

El enjambre retornó pensativo y silencioso. Su alegría ruidosa quedaba en la ciudad gentil y hospitalaria.

Y acaso Lima ha quedado también un poco triste... Aquella bandada bulliciosa ha debido de comunicarle algo de su alma jovial.

Dejamos la bella ciudad peruana.

Nos alejábamos con pena, sintiendo la nostalgia de los inolvidables días pasados entre tantas demostraciones cariñosas.

Allá, detrás nuestro, graciosa como sus bellas mujeres, quedaba Lima, en cuyas calles corrieran nuestras alegrías y nuestras risas, durante los quince días fugaces....

Partimos ya de noche. El Callao nos mostraba el concierto de sus mil luces dispersas. La afectuosidad peruana iba en nuestro recuerdo. Mientras el buque se alejaba en la sombra, y en la bahía se perdían los últimos puntos luminosos, la íntima melancolía del espíritu nos llevaba á rememorar la fugaz existencia que lleváramos en la encantado-

ra ciudad, mientras en el salón próximo una mano femenina arrancaba algunas notas al piano.

La noche, la partida, la música cercana, las luces ya inciertas que morían, formaban como una ronda punzadora de tristezas en el alma.....

*
* *

La vuelta no ofrecía mayores incidentes. Hasta Mollendo se reproducían las mismas escenas y las mismas impresiones, ya familiares. El ¡eterno y rítmico balanceo de proa á popa. La ondulación irritada de las grandes marejadas que embestían al barco. La faja de tierra, montañosa y árida, que marchaba á la vista. Las escalas obligadas, fastidiosas y largas. Y la seriedad implacable, sin auroras, ni medias tintas, del adusto y ceñudo capitán del buque.

Aprovechábamos las estaciones en los puertos, para visitar las poblaciones.

Así conocimos Arica, manzana de discordia entre Chile y Perú. Recorrimos sus calles, limpias, bien cuidadas. Llegamos al pie del Morro famoso, que recuerda un bello episodio de la guerra chileno—peruana. Desde aquella altura se despeñó al mar, jinete en su caballo, el peruano Alfonso Ugarte, abanderado del batallón Iquique, cuando sus soldados hubieron perecido todos, y ya

no le restaban esperanzas de salvar la bandera de su patria.

Recordamos haber visto en el Museo de Lima un lienzo representando el heróico rasgo del valiente joven. El rostro varonil y hermoso del patriota suicida expresando infinita pena, dolorosa resignación ante el supremo sacrificio. La enseña peruana flameando firme en su mano. Y el caballo, lanzado á todo escape, con las crines levantadas, abiertas las narices, espantado al sentirse sin apoyo, en el vacío, rodando en el abismo!......



A TRAVÉS DE CHILE

Once días de viaje hacia el sur.

Valparaiso. Hermoso puerto de mar.

La mañana fresca. Una ligera ráfaga juega sobre los rostros. El agua duerme dulcemente. Una capa finísima de niebla oculta la ciudad. El paisaje, borroso, vago. Las formas apagadas, imprecisas. Los contornos débiles, inciertos. Figuras enfermizas arrebujadas timidamente en el manto brumoso de la hora. Siluetas pálidas, envueltas en un sudario vaporoso, como palomas friolentas, agrupadas en la playa, á la espera del sol para tender el vuelo.

De trecho en trecho, por entre los desgarrones dispersos de la gasa blanca, asoman laderas pedregosas de color dudoso, trozos incompletos de grandes edificios.

Los primeros rayos del sol se posan

temblorosos en las altas cumbres. Las crestas se iluminan de súbito Los perfiles brillan nimbados de oro. El tenue y ligero cendal va diluyéndose en la pura luz de la mañana. Descórrese, por fín, el velo blanco. Y estalla esplendoroso el sol en el oriente.

El panorama aparece soberbio.

Caprichosa, extraña, la ciudad festonea la playa con su amplio semicírculo de casas.

En frente tiene el mar que salmodia al pie de sus ventanas. Atrás las montañas que le oprimen. En aquel espacio breve se desenvuelve la lucha. Se roban playas por un lado y entrañas de piedra por el otro.

La ciudad no se detiene, ni ante el mar, ni ante la montaña. Rebasa por sobre las cimas desgarradas, desciende por sobre las rocas de la ribera. Sube, por entre la costra porosa y obscura, en un escalonamiento admirable, descarnando y puliendo aristas, y baja, con una gracia peculiar, enamorada de confidencias y canciones, hacia el murmullo de las olas, mojando sus pies desnudos en la ondulación de las aguas.

Y por entre aquellos palacios y aquellas laderas, por entre el bermellón de los tejados y la desnudez de las rocas, se alza una hermosa vegetación que recama con su verde subido el admirable paisaje.

Valparaiso es una ciudad singular.

Una población oprimida en la playa, otra, desparramada atrevidamente, en las faldas y otra, por último, agrupada en la cumbre.

Pequeños funiculares, en incesante movimiento, ponen en comunicación las distintas partes de la ciudad. El vaivén de los pequeños coches suspendidos, es de lo más original.

* * *

La Federación de Estudiantes de Santiago, tenía preparadas algunas fiestas en Valparaiso.

Un almuerzo en Miramar, à orillas del océano. Una fiesta simpática y cordial.

Un expreso nos conduce en media hora.

Miramar se alza triunfante sobre la naturaleza montañosa, junto al arrullo del mar, como una bella y riente ciudad de novios. Graciosa y leve, parece imaginada para inspirar amores y adormecer tristezas. Sus caprichosos chalets, ingenios de arquitectura, sus casitas enfiladas, se muestran, como un derroche de primores, agrupadas en las cimas y explanadas, descendiendo por las faldas, en busca de las rocas, para ir á reposar dulcemente sobre la blanca arena de la playa, donde viene salpicando sus balcones la espumosa cresta de las olas......

En la estación veraniega Miramar

sería un edén. Ahora está abandonada. Reina silencio y un poco de tristeza. La aristocracia permanece en las capitales. Las pequeñas terrazas, los pequeños miradores, están desiertos. Los balcones, que dan poéticamente sobre el mar, permanecen cerrados. Los chalets están sin moradores. El invierno aún silba con sus helados vientos. Y solo se oye el rumor inacabable de las aguas que vienen á romperse en las rocas solitarias de la costa.

Más allá, como una prolongación de Miramar, se extiende Viña del mar, otro lugarcito predilecto de la aristocracia chilena, donde en verano van á mezclarse también las risas de cristal con el murmullo del oleaje.

* * *

Al día siguiente, ya de noche, dejamos Valparaiso. Un expreso nos llevaba en dirección á Santiago. Desde la ventanilla miramos hacia atrás. En la profunda obscuridad resaltaban dos inmensos semi—círculos de luces, dos pirámides parpadeantes que lanzaban resplandores en la sombra. La ciudad, escalonada en las laderas, ofreciéndose fantástica, espléndida, rara....

* * *

Santiago.

En el centro de una llanura amplia,

tanto como puede serlo una región enclavada en aquellas tierras mezquinas de horizontes y de cielos abiertos, se levanta la capital chilena.

La populosa Santiago tiene el sello de las grandes ciudades. Sus edificios, sus plazas, sus monumentos, el tráfico incesante, el hormigueo en las calles, todo acusa la vida activa y fecunda de las capitales.

Sus paseos y sus parques son hermosos, hermosísimos.

En el corazón de la ciudad, como un gran cesto de flores, se alza el cerro de Santa Lucía, uno de los más originales y preciosos paseos que puede imaginarse.

Un espíritu selecto imaginó la creación y una mano artista trazó, modeló y moldeó, como una delicada joya, aquel bello lugarcito de expansión.

La obra imperfecta de la naturaleza, la montaña tosca y adusta transformada por la imaginación caprichosa de un poeta modernista. Eso es Santa Lucía. Es un nido de encantos, propicio para tejer madrigales y perseguir mariposas.

Si queréis subir sin fatiga tomad un automóvil. Correréis en una larga carretera serpentina, sobre el fino pavimento. Y pasaréis bajo la sombra temblorosa de los árboles gigantes, entre la policromía pintoresca de la flores que ríen en los bordes. Seguiréis su-

biendo á lo largo de la espiral engalanada, por entre avenidas rientes y recodos apacibles. Miraréis á los lados minúsculos jardines, menudas atalayas y graciosos minaretes. Y, encantados y sorprendidos, llegaréis á la cumbre, junto á una glorieta, que es como una corona final.

Y veréis desde allí, á un lado el cerro de San Cristóbal, con su Inmaculada que parece que os llama desde la cima, con sus brazos abiertos; al otro lado la nevada cadena de los Andes, y Santiago á vuestro pie, tendido en el llano.

Si os limitáis á esto aún no conocéis Santa Lucía. Es necesario disponer de una tarde, de una hermosa tarde, para brindarla al cerro todo entera. Subiréis á pie y sin prisa. Allí se abre un laberinto de pequeños senderos florecidos. Uno, que escojéis al azar, os conduce junto á una casita rústica, oculta en un recodo, como abandonado reclinatorio de paz y de silencio. Otro os lleva á la gruta de la «Cimarra encantada» donde cae el agua por entre los intersticios y muestra su adorable desnudez un niño. Y otros os conducirán á mil partes distintas, por entre pasajes imprevistos, menudas escaleras, reducidos puentes y parques liliputienses. Treparéis alturas, visitaréis otras grutas y otras glorietas, descansaréis en una terra-

za, veréis miradores y torrecillas almena das y aún no habréis visto todo.

Al correr por esos senderos perfumados creeréis pasear en los dominios de alguna reina diminuta de porcelana ó de biscuit.

Y temeréis encontraros de improviso con una bella y elegante muñeca, altiva soberana que pasea su majestad entre las flores.

Seguiréis caminando al acaso. De pronto oiréis á vuestro lado un franco murmullo de voces argentinas y os volveréis sorprendidos. Dos esperanzas rubias, dos chilenas gentiles, pasarán riéndose de vuestra perplejidad.

Más allá, por entre el tupido follaje de los árboles, entreveréis una pareja que pasea y una alegre bandada de chiquillos que corren y saltan....

Descenderéis, por fin, satisfechos y contentos, ponderando y admirando.

Santa Lucía es la obra de un exquisito artista. Ningún poeta lo hubiera soñado mejor.

Una pareja de enamorados ó un suicida refinado, no exigirían lugar más ideal que el cerro de Santa Lucía......

Solo falta—inspiración de un joven chileno—transformarlo en deliciosa vivienda de palomas, hacer «del cerro una especie de volcán de arrullos en que baste un grito, el cañonazo del medio día, para hacer estallar de entre

los árboles, un artificio fantástico de plumas blancas y ruídos de alas.»

* * *

Otros muchos paseos se admiran en Santiago. El Parque Cousiño, la Alameda, la Quinta Normal, el Parque Forestal y numerosas plazas.

El Parque Cousiño es algo así como el Palermo de Buenos Aires, donde acude la aristocracia en las tardes de paseo. Los coches pasan bajo los árboles, deslizándose ligeros sobre el piso muelle. Numerosas avenidas, hermosos lagos y grutas pintorescas, ofrecen solaz al espíritu que huye del bullicio mundano.

En Santiago como en Lima se nos brindó ocasión para estrechar vínculos de afecto y agradecer atenciosas demostraciones.

Buenos amigos, como Domingo Matte Larrain, compañero predilecto desde el Congreso de Lima, nos hicieron objeto de honrosas deferencias. Fué la amable atención de este amigo, la que, guiándonos en largas excursiones, nos llevara á admirar de cerca la belleza de los paseos, la magnificencia de los viejos templos y la riqueza de los museos.

* * *

Nuestra estadía en Santiago se había

prolongado mucho. La misma causa que, dos meses antes, nos obligara á cruzar territorio de Bolivia, nos retenía ahora en Chile. Las fuertes nevadas continuaban en la cordillera. De los Andes llegaban noticias desalentadoras. Inmensa cantidad de nieve obstaculizaba el paso de los trenes. Y un nuevo peligro se agregaba por el momento á los ya existentes. Por lo bajo de las neveras comenzaba el deshielo. Grandes masas acumuladas perdían, por este efecto, su adherencia y, desprendiéndose de lo alto, rodaban en terribles aludes aplastando y destrozando cuanto encontraban. De una cuadrilla de cincuenta peones ocupados en dejar expedita la vía, más de la mitad murieron aplastados por una de aquellas formidables moles.

El paso de la cordillera no era, pues, de los más seductores. Sin embargo, preferimos intentarlo antes que dar la vuelta por el estrecho de Magallanes, en un largo viaje de medio mes.

Había llegado el momento de reanudar el interrumpido viaje.

Fueron nuestros compañeros hasta el instante de la partida los jóvenes compatriotas que cursan en la escuela militar chilena.

Estanislao Idoyaga, el joven encargado de la Legación de nuestro país, hoy ya extinto, estuvo con nosotros, á pesar del mal que le aquejaba, hasta el último momento. Cuando el tren partió,

quedó solo en el andén .. .. Su rostro de enfermo transparentaba alguna pena. Siguiónos con la vista largo rato..... Quizás el pobre amigo presentía su fín cercano y pensaba en su tierra, á la que tanto amaba y á la que no volvería munca.....

Cuatro horas de viaje luego, adivinando en la sombra siluetas de montañas que pasaban á los lados próximas y enormes. Cuatro horas de bruscos traqueteos.

Esa noche dormimos en Santa Rosa de los Andes.

Los informes suministrádonos sobre el paso de la cordillera eran de lo peor que puede imaginarse. Conceptuábamos, á pesar de ello, que todo marcharía alegremente y creíamos exageradas cuantas noticias se nos daban, como exageradas fueron las que se nos dieran al cruzar Bolivia. Nos creíamos viejos veteranos de las cumbres, sin imaginar lo que nos reservaban los altos de los Andes, que debíamos trasponer á lomo de mula.

Los pasajeros conducidos por un tren anterior habían logrado pasar el día antes, después de una semana de infructuosas tentativas.

Muy de mañana, al día siguiente, nos dispusimos para la marcha. El cielo estaba espléndido, como augurio de un buen viaje. Serían las seis y media cuando partimos. El tren nos dejaría en

Juncal, última estación accesible por camino de hierro.

El paisaje ya nos era familiar. En los ferrocarriles del Perú habíamos admirado las mismas montañas, los mismos pasos, el mismo atrevido trazo de los rieles. A medida qne avanzábamos aumentaba la cantidad de nieve. El tren marchaba completamente encajonado. A ambos lados de la vía, hasta una altura de tres ó cuatro metros, había nieve amontonada. Desde las ventanillas no se veían ya las montañas, sino blancas paredes de hielo. A ratos alargábamos la mano para cojer un puñado. Estaba dura. De trecho en trecho encontrábamos cuadrillas de peones. Llevaban trajes especiales, altas botas impermeables, cubiertas las cabezas.

A eso de las once de aquel mismo día llegamos á Juncal. Allí encontramos en gran número las mulitas andinas, dispuestas y ensilladas convenientemente para todos los viajeros.

Momentos más y, cabalgando cada cual en nuestros respectivos montados, emprendimos aquella marcha que sería memorable. Éramos cerca de veinte los que íbamos á la conquista del paso.

Delante, á la cabeza, marchaba un guía, explorando y reconociendo el camino. Detrás, y conservando un intervalo de tres á cuatro metros entre uno y otro, se extendía la larga caravana.

En el blanco de la nieve quedaban

impresas las huellas del guía. Por allí seguíamos todos, unos detrás de otros, formando una larga hilera sinuosa, de un aspecto lamentable. La marcha lenta y trabajosa. Ascendíamos mucho, constantemente y con dificultades sin cuento. Las pobres mulas, aunque habituadas á aquellos pasos malos y difíciles, marchaban con tiento. La nieve, cuyo espesor era considerable, no ofrecía piso firme. Las patas de las bestias se hundían de improviso y á menudo en un hoyo profundo. Quedábamos presos, pugnando por seguir adelante. Y causaba pena y molestia sentirse sobre aquel pobre animal que forcejeaba y luchaba para libertarse de esa masa inconsistente y pegajosa.

Cerca de dos horas llevábamos esta marcha penosa, sufriendo las torturas de los pasos difíciles, de las subidas peligrosas y de los pisos resbaladizos, cuando llegamos al punto más temible y peligroso.

Descansamos un rato, tomando aliento.

En frente teníamos una inmensa montaña. Una falda casi perpenticular al suelo, cubierta de nieve. Por ella debíamos ascender. Y ascendimos....

Emprendimos la inaudita subida. No existían ni carreteras, ni huellas, ni caminos. Aquellas laderas, apenas inclinadas, no ofrecían ni una breve plataforma, ni un reducido plano, donde asentar siquiera

el pie..... Y marchábamos, á merced del instinto de aquellos animales..... marchábamos, lentamente, en un prodigioso equilibrio, reconcentrada toda la atención en las patas de las bestias, que se hundían en aquella capa blanca y espesa que se abría, se desgarraba y se rompía á nuestro paso.

La mula, inquieta, nerviosa, iba recelosa, con cuidado sumo. No avanzaba un pie sin medir la resistencia del piso. A veces, vacilante, dudosa, tentaba el suelo, reconocía el terreno, paraba un rato con desconfianza, aventuraba por fín el paso, apoyaba la pata con temor..... Y un pedazo de nieve rodaba al precipicio... Retrocedía espantada la bestia..... Y un frío recorría nuestras venas.

Y se marchaba, se marchaba siempre, paso á paso, de peligro en peligro, con esfuerzo, con pena, con angustia, respirando apenas, temiendo un vértigo fatal. Los nervios en tensión, el aliento contenido. El corazón que apenas palpitaba. El profundo silencio ante el abismo....

....

¡Y pasamos por fin! Salvamos la penosa vía-crucis en cinco largas horas mortales....

¡Pasamos!.....

Y llegamos, pálidos aún, á Caracoles.... con una profunda, con una inmensa admiración por el General San Martín y sus huestes libertadoras....

* * *

Una vez en Caracoles todo cuidado había desaparecido. Solo restaba en los rostros algún vestigio de la terrible pesadilla. Allí abandonamos nuestras heróicas cabalgaduras. Ya estábamos á salvo y á unos minutos de la Argentina.

Ratos más tarde apareció silbando la locomotora en la lejana boca de un tú nel. Nunca fué acojida con tanto júbilo la llegada de un ferrocarril. Con qué indescriptible alegría nos embarcamos!

Una hora después, sin más desventuras, nos alejábamos sonriendo, internándonos en la sombra de aquel largo túnel que horadaba una inmensa montaña.

Caracoles quedó atrás, envuelto en el frío sudario de sus nieves.

El viaje había perdido todo interés.

Esa noche dormimos en Mendoza.

Dos días más de ferrocarril por entre llanuras y campos, corriendo en las vastas extensiones. Buenos Aires ruidosa después. Y, ocho días más tarde, de vuelta en la tierra de nuestros afectos, con un cúmulo de cosas que contar en los corrillos familiares....

La hermosa peregrinación había tocado á su término....



SEGUNDA PARTE [1]

El sombrío oleaje de nuestras luchas ha llevado muchas vidas, muchas virtudes y muchas esperanzas....

Los que debieron alentar, aplaudir, orientar ó censurar á la juventud, no lo han hecho á su tiempo. Hoy ya no lo harán, ni podrán hacerlo....

Perdonad entonces el arranque de la juventud. Dejad que transforme en audacia su propia impotencia para lanzar un grito de reprobación ante los hombres y una afirmación entusiasta de su fé en el triunfo de los ideales que le iluminan, le inspiran y le guían en su marcha por la vida.....

*
* *

De pie sobre la escena, á un siglo del punto de partida, meditemos un momento, con plena sinceridad, sobre el pasado de la patria.

Niños aún, con la visión imprecisa de las cosas, recogimos por herencia una tumba olvidada que cuidar. Lirios blan-

1) Circunstancias extrañas á nuestra voluntad han motivado la reducción de nuestro primitivo plan respecto á la II parte de este modesto ensayo.

cos, enfermos de tristeza, destinados á vivir bajo la sombra desolada del ciprés.

Ese es el cuadro que vió nuestra infancia.

Más allá todo callaba aún, todo dormía en un silencio absoluto.

La paz reinaba como un vaho de muerte. Una paz fría, glacial, que penetraba hasta la médula de los huesos. La paz de los sepulcros, la paz siniestra que respiran los cementerios.

A nuestro pie se extendían sábanas de sangre. Habían restos mutilados, cadáveres informes, exterminio y crimen.

Nada restaba de nuestra breve y fugaz hegemonía, efímera como un vago y bello sueño.

Nuestro viejo poderío abatido en las campañas sin ejemplo de la guerra; hundida en el naufragio nuestra soberbia grandeza primitiva y derrumbado nuestro magnífico esplendor naciente.

¡Todo lo que acumuló la prudencia y edificó el patriotismo había sido aniquilado sin piedad!

Nuestras ciudades aún humeaban en esqueleto de extremo á extremo. Desde la obscura vivienda de los villorrios, hasta los altivos campanarios de las capitales, todo había rodado en ruinas ante la avalancha invasora.

Nuestros arsenales y nuestras fundiciones no trepidaban como en los tiempos primeros, arrojando por lo alto de

sus chimeneas, bocanadas de humo negro. Nuestros ferrocarriles apenas arrastraban en los llanos, sus vientres deshechos.

Nuestra marina mercante, la misma que, de tarde en tarde, arribaba á los puertos europeos, ostentando una bandera paraguaya al tope, no había vuelto á cruzar el Atlántico.

Y nuestra raza!.....Diezmada, debilitada, exangüe, en la trágica desbandada.

Favorecida con todos los privilegios de la sangre conquistadora, con todas las virtudes y las energías de su noble ascendencia, aquella raza estaba templada para todas las empresas y todas las luchas. Fecunda en la paz como en la guerra, cuando fué necesario construir construyó como nadie; cuando fué necesario defender su hogar lo defendió como ninguno.

Raza singular que amamantó en su seno un pueblo idólatra de su tierra, transfigurado y santificado en los campos de batalla, junto al Mariscal de fierro que guiaba su mano en la sombra para tejer en la selva violada de los trópicos, diademas de gloria y coronas de triunfo para la Musa guerrera del Nuevo Mundo

Colosal naufragio de una raza que supo ser la primera en la paz, la primera en la guerra y la primera en la historia del nuevo continente!

Pasó la tormenta y solo aparecieron en la costa los restos descuajados de

la nave rota. La rabia huracanada paseó triunfante sobre el total exterminio de un pueblo.

El Paraguay se hundió en la sombra espantosa de sus ruinas. Y solo vivió en el mundo, como una leyenda fabulosa, su historia roja de los seis años sombríos....

Eso fué lo que recogimos de niño. Eso fué nuestro legado, lo que supimos junto al regazo, de los labios temblorosos de la blanca viejecita.

Al calor de esas épicas consejas corrió nuestra infancia. Y adolescentes crecíamos, cuando nuevas luchas volvieron á turbar nuestros sueños de tranquilidad y de recuerdo.

Los cañones retumbaron con sus ecos fragorosos en las guerras intestinas.... La floración de la tierra fecunda doblóse de nuevo al soplo letal. Como el año 70, la caravana anónima escaló la cuesta del heroísmo.

Pero vedla.

Ya no es la misma. Su bandera ya no es blanca, ya no es pura como ayer. Ya no ostenta la palma con la arrogancia de antaño, ya no flamea el estandarte con el orgullo viejo.

Y nuevas ruinas, nuevas Pompeyas destruídas, nos brindó el destino irónico y cruel.

Todo vaciló y tembló á nuestros pies en un crujimiento de organismos rotos.

Delirios suicidas de nacientes demo-

cracias. Heridas abiertas en la propia entraña con la propia espada.

Pero la ráfaga pasó también.... .

Disipáronse las brumas, serenóse el ambiente. Sobre las cabezas pensativas de la nueva generación juega un rayo de sol esplendoroso.

Y ante ella, reivindicadora suprema, y para ella, conquistadora de imposibles, estampamos, como un grito de amargura, la síntesis del ciclo vivido y cerrado en los campos de batalla.

¡Destrucción, hundimiento, derrumbe! Tal es el pavoroso resumen que nos agobia con su sombría elocuencia, bajo el pórtico de la segunda centuria, que se abre ante nosotros.

Humo y ceniza. Una gran historia, muchos laureles......y hambre. Esa es la visión desolada del cuadro tras una vida novelesca, heróica, inquieta, turbulenta, pródiga de sangre y rica en derroches.

Esa es la visión de la primer centuria, tras el fatalismo doloroso de la fantástica jornada!

* * *

Tras el desaliento que produce en el espíritu la visión retrospectiva de nuestras caídas y nuestros mil tropiezos, levantemos la vista hacia un horizonte más amplio y reflexionemos con calma. Hojeemos en silencio la historia de las

naciones, pasemos revista á la vida de otras colectividades, de otros organismos y preguntemos luego cuál es aquel pueblo que ha nacido á vida plena, sin las incertidumbres de la infancia, sin las vacilaciones de la niñez; cuál es aquel pueblo que no ha pagado con la sangre de sus hijos el tributo obligado que exige la democracia en sus imperios.

El Paraguay no es ni menos ni más inepto que sus hermanos mayores y menores de América.

Y acaso no es aventurado avanzar una afirmación más. El Paraguay no ha tocado extremos á que han llegado algunos pueblos. Recuérdese la historia de la gran República Argentina tan solo.

Por nuestra parte—y esto es título de justo orgullo—no hemos pedido, ni hemos aceptado nunca, la idea de intervenciones y protectorados. En las horas más difíciles, bastó una insinuación vaga sobre el extranjero, para que el paraguayo se irguiese, como antes, como siempre, con su gesto desdeñoso y altanero, repudiando auxilios y protecciones paternales.

Todos los pueblos han tenido y tienen sus horas amargas de prueba. Todos los pueblos han atravesado el doloroso é inevitable período de formación. Es un pórtico obligado, abierto ante los pueblos que surgen á la vida libre

El coste de la experiencia tiene subida tasa.

El esplendor material, el bienestar económico, por sí solos no satisfacen al espíritu de los pueblos. Méjico lo atestigua en estos momentos. La paz artificial é insegura que imponen las dictaduras, buenas ó malas, jamás detienen el curso de las cosas.

Más tarde ó más temprano, las pasiones contenidas y encauzadas estallan. Y roto el dique resultan los Zapatas, los Huertas y los Villas.

El progreso, en todo orden, solo marcha arrancando lágrimas, arrebatando vidas. El perfeccionamiento universal no es más que el dolor universal cada vez más amortiguado. La humanidad es la madre que siente rotas las entrañas con cada hijo que lanza á la vida.

Hay un guía providencial que marca el rumbo de los acontecimientos, hay un sabio fatalismo maravilloso en el ritmo evolutivo del progreso. Marcha por sí, con ó sin los hombres, ó á pesar de ellos.

La democracia es un orden dentro del orden general. «Las patrias como los individuos — dice Guerra Junqueiro — solo se regeneran sufriendo. El dolor salva. No hay virtud sin martirio y no hay Cristo sin cruz. La Redención se engendra en la Pasión. La vida se fortalece en la angustia»

La democracia no es vida de obedien-

cia y de acatamiento exclusivos. Es de fiscalización severa, de crítica minuciosa, de reacción activa y saludable. Pero de la crítica serena, de la reacción sensata y mesurada, á la crítica sistemática, impertinente, á la reacción violenta, revolucionaria, armada, no hay más que medio paso en las democracias imperfectas. Y nuestros pueblos lo franquean fácil y frecuentemente.

Las rebeliones están en razón directa de la imperfección é ineptitud de los hombres para la vida democrática.

Y América, que es un vasto campo de primeros ensayos, ha ofrecido y ofrece á diario, los más singulares desniveles, desequilibrios y alteraciones.

Nuestro pueblo no ha hecho otra cosa que seguir el mismo camino por donde pasaron y van pasando otros pueblos, y con esta diferencia: el Paraguay es más joven que cualquier otro. No tiene aún medio siglo de existencia. Su vida arranca del total aniquilamiento del 70. Y su corta edad le excusa.

Por otro lado, es preferible,—en muchos casos—haber vivido nuestra vida de agitación y turbulencias, á soportar con estóica resignación toda esa serie de despotismos que se esbozaron en el corto espacio de una década.

La resignación es decadencia, es signo de agonía que arrastra hasta el sepulcro.

Si tuvieran que reproducirse las mis-

mas tiranías, siempre sería preferible abrir nuevas trincheras en las calles antes que doblar la cabeza en un gesto servil.

Los hombres, guiados por el propio sentimiento de conservación, aprenden así á ser menos intolerantes y menos opresivos con sus semejantes.

Si nuestros hombres no han aprendido y comprendido lo suficiente, si todos los horrores no han bastado á llevarles cordura y sensatez, si se sienten todavía movidos á reproducir persecuciones, á recomenzar campañas de odios absurdos y á reanudar arbitrariedades haciendo imposible la vida al adversario, quiere decir que aún no se ha cerrado el ciclo fatal y que á la par de aquellas se reproducirán levantamientos y motines; que veremos nuevamente conciencias y espadas vendidas y que se cotizarán de nuevo galones y puestos.

Nuestros hombres suelen ofrecer esta particularidad, no muy extraña sin embargo en los que ascienden. Cuanto más suben menos ven. Cuando llegan á lo alto están ciegos.

No obstante, creemos firmemente que la reacción salvadora se ha pronunciado para no retroceder ante pasiones é impulsos ancestrales. Creemos más, creemos que en la hora del tiempo y bajo la luz meridiana ha sonado ya para nosotros el minuto inicial de las grandes realizaciones de la paz. Creemos

en la nueva claridad que nos alumbra, en un nuevo cielo que se abre, en las nuevas ráfagas que orean las frentes fatigadas.

Creemos en una tendencia regeneradora, amplia, profunda, salvadora, que no recaerá en los errores de nuestro pasado reciente. Creemos que en el fondo de nuestras amarguras ha habido algo bueno para todos. Que nuestros hombres han aprendido á ser menos intolerantes, menos exclusivistas y un tanto menos malos, ya que no más buenos.

Y creemos también—aunque parezca paradoja—en una fuerza salvadora, de reacción y de redención, que surge de lo más profundo de nuestros desencantos, de lo más hondo de nuestras desesperanzas.

Creemos que la juventud, arrollada en ese desbordamiento de pasiones, ha abierto los ojos con estupor, ante una revelación que causa angustia.

No se descorre una página de historia sin encontrar un carácter superior, un tipo de fortaleza indomable que se sobrepone á las pasiones, ó se mantiene puro á la distancia, rodeado de una aureola de austeridad y de respeto; un ser superior á quien se vuelve la vista en el desconsuelo, á quien se llama para iluminar la senda perdida. Todos los pueblos han tenido y tienen sus grandes patricios, conductores, directores, padres,

sus hombres inmaculados, sus figuras nacionales, que han surgido entre el desorden y la confusión, entre el caos de las pasiones, entre las luchas de prepotencia ó en las horas mismas de la paz constructora. Pero volved la vista á nuestro medio y en vano buscaréis esa figura.

Ese hombre que condensa aspiraciones y resume necesidades, no ha surgido entre nosotros.

¡Ni siquiera un gran presidente!

Aparte de Carlos Antonio Lopez, fecundo hombre de estado y gran estadista; aparte de Francisco Solano Lopez, hijo legítimo de su raza y gran patriota de corte antiguo, no descuella en nuestra tierra una gran figura aureolada de algún prestigio.

Apenas contamos con algunos personajes obscuros que viven lapidados con el más merecido silencio.

En vano hemos esperado á los após-toles de la causa nacional. Solo han nacido simuladores, más ó menos brillantes, que han caído unos tras otros, sepultados en dolorosos fracasos. Las esperanzas que el pueblo cifrara en positivos talentos, murieron tras el largo é inútil esperar. Ningún patriota se ha conservado puro en su puesto. El aplauso popular no ha llegado á turbar la silenciosa decadencia de una vida que se apaga en una noble austeridad.

En vano la juventud buscó en el tu-

multo la mano salvadora de sus ídolos. Desorientada y sin brújula, vió naufragar todas sus ilusiones. Y ante esa nota desoladora, ha vuelto apenada la vista sobre sí misma. Ha perdido su antigua fé en los hombres y solo confía en el esfuerzo personal propio.

Hay desencanto en su alma. Pero hay también reacción varonil en su espíritu.

La juventud ha de forjar sus tipos, los ha de modelar en su entraña misma, los ha de plasmar en su misma sangre y los ha de alentar con su aliento propio!

Esa será su venganza, tras la muerte de sus dioses y el naufragio de sus primeros entusiasmos.

* * *

El olor de la pólvora se ha dispersado con el viento. El cañoneo cesó tras la refriega. Los fusiles enmudecieron tras el último sombrío fogonazo que rompió en la espesura.

La hora es de paz infinita.....

Disfrutemos de ella, bajo el cielo que viste de azul y de esperanza, cantando nuestro himno del amor y del trabajo. Una generación nueva asciende la cuesta en procesión de gloria. Su vestidura es blanca, como flor de nieve. Conquistadora rozagante, sin mancha en el plumaje, avanza hacia la cumbre, per-

siguiendo una ilusión. Curtida el alma en la experiencia de los grandes desengaños, con la fé serena, inquebrantable, del triunfo, con la indómita firmeza de sus sanas convicciones. Caravana de gentiles soñadores, en pos de la patria ennoblecida.

Apenas ha iniciado la marcha, pero si queréis volver la vista, mirad la huella. Allí queda una estela luminosa de su breve paso. Una puerta rota que queda crujiendo, un poderío enfermo que pasa huyendo en la sombra....

¡Es tan bello el ejemplo, tan seductora la historia!

Escuchad.

Una autocracia, omnipotente y soberana, dictaba su voluntad desde la cumbre. César imperaba, erguido con arrogancia sobre su orgullosa temeridad triunfante. Joven, vencedor y hermoso, veía prosternado á sus pies una corte heterogénea y numerosa. Soberbio y altanero, humilló á los hombres porque los vió serviles y despreció á su pueblo porque lo vió humilde.

Pero, allá en la sombra, velaba un centinela. Adolescente varonil, con ojos de ensueño y frente pensadora.

Sobre su alma niña descargó sus golpes la autocracia. En un rapto de demencia el déspota fatal extendió los brazos, desgarró la vestidura de la santa libertad, protectora de los pueblos; golpeó con sus botas sobre los rotos

girones y se alzó sobre los restos sagrados de la Constitución.

Y aquel adolescente de la sombra se irguió.

Arrojó sus libros, levantó la frente, sacudió la cabellera en un gesto de orgullo, y se lanzó á la calle.

El oleaje indignado se alzó como amenaza formidable. La marejada rujiente salió de cauce, amenazadora, terrible, gritando imprecaciones, arrojando espumas....

La dictadura vaciló temblorosa en su inseguro apoyo. Y arrojó al encuentro de la niñez inerme la peligrosa turba de sus autómatas cuarteleros. Relució al sol el brillo de las armas, los sables ondearon en los rígidos puños ostentando sus filos, las bayonetas enseñaron sus puntas aceradas, relampagueantes de amenazas.

Implacable marchó la columna al encuentro de aquel sacudimiento inesperado.

La turba dobló la esquina.

Los gritos rompían el aire. Compacta, en masa, allí marchaba la niñez rebelde, desafiando las iras de la prepotencia entronizada.

En los pechos infantiles había agitación extraña. En el ambiente corrían rumores sordos de reivindicación ansiada y gritos de libertad.

Las dos columnas se encontraron frente á frente. Hubo como un sacudi-

miento nervioso en las filas. La soldadesca hincó la rodilla en tierra. Levantó el arma, cargó el fusil y apuntó al grupo...

¡La niñez soberbia se alzó transfigurada!

Firme en su santa indignación, lanzó un grito de guerra y enseñó su pecho, ciega de valor y de coraje, en un gesto de supremo desafío!.....

La soldadesca atónita abrió los ojos espantada. Y el estupor se reflejó en los rostros morenos cuando una voz de mando gritó contraorden.

¡Sublime instante, sublime cuadro!

La turba impía descubriéndose ante un girón de porvenir. La ignorancia bruta, vencida y humillada por aquella altiva legión de rebeldes precoces.

¡Más nó! La suerte reservaba una ignominia mayor para la juventud paraguaya.¡ El hierro candente, la flor de lis de un látigo infamante!

Aquella muchachada ardiente, arrastrada por las calles, empujada hasta los calabozos, tuvo que sufrir la humillante tortura del verdugo.

El azote se cebó en las espaldas jóvenes. Y aquella pobre y débil adolescencia, cayó por el suelo, impotente, flagelada, azotada sin piedad.

Estudiantes amigos, no lo olvidéis. Guardad entre vuestras tradiciones de honra y altivez, el recuerdo de aquel día memorable, en que actuasteis como

la espada vengadora de vuestro pueblo.

Conservadlo fresco en la memoria, por hoy y por siempre, para todas las horas en que una nueva reivindicación os llame á salvar el honor ultrajado de la sociedad que os alienta.

Cuando surjan déspotas y se levanten tiranos estad prestos siempre para echarles un nudo al cuello y arrojarles fuera con el desprecio.

No aceptemos dictaduras, ni aún la de los Porfirio Díaz.

Ni amos, ni dictadores. Bien lo sabéis, un pueblo que soporta la dictadura es cómplice de la tiranía.

Ved á aquel pobre extraviado.

Con su propio látigo decretó su hundimiento.

Miradle. Veinte y cuatro horas más tarde, rodando por la pendiente, cuesta abajo.

Nadie intentó una defensa. Cayó triste, obscura, silenciosamente.

El alma nacional, sombríamente recogida en sí misma, aleteó de nuevo con la visión de los días venturosos. Aquel gesto de rebeldía tuvo la virtud de todas las grandes reivindicaciones. Los espíritus amodorrados lo contemplaron asombrados. La revelación causó espan to y júbilo en las almas.

Una juventud velaba. Una juventud vela, siempre alerta.

No la olvidéis nunca, tiranuelos de la libertad ó de la conciencia.

De noche, en la obscuridad profunda, cuando premeditéis un crímen contra la constitución ó las leyes, no la olvidéis. Sus ojos ven más allá de las sombras.

Cuando pretendáis imponer un retroceso á las almas, encadenando conciencias, no la olvidéis. Es hija del siglo, enamorada de su tiempo y no aceptará vuestras cadenas, junto á los cirios cloróticos y mortecinos.

Pero si queréis seducirla, si queréis enamorarla, echadle flores. Ideas nuevas, principios generosos, libertades amplias. Entonces la veréis transfigurada, tejiendo coronas y aclamando vuestro nombre.

En su pecho—tabernáculo de amores—anidan desprendimientos y generosidades. Cuando le punzéis el corazón con emociones, cuando virtáis una copa de nobleza sobre su alma, veréis aquella bandada de pájaros, volando en torno vuestro, y cada uno os llevará en el pico una rosa de la mañana.

Y cuando queráis juzgarla, no olvidéis que ella no es infalible. Puede errar y ha errado quizás, puede engañarse y se ha engañado alguna vez. Es tan jóven!

Cuando escuchéis sus gritos de protesta, examinad el fondo. Jamás una causa mezquina moverá sus impulsos.

Y si pasa junto á vosotros, no empleéis severidad con ella, no la conde-

néis. Dejadla pasar, con paternal tolerancia. Son niños generosos,

Pero no atentéis, no levantéis la mano contra ella ¡Guay de quien la toque! No son niños, son hombres que pronunciarán vuestra sentencia.

Y vosotros, los que pensáis con las autocracias, los que comulgáis con las dictaduras, no gritéis que quien recuerda excesos resucita odios y se ensaña en los caídos.

Paz para los muertos. Duerman bajo la sombra temblorosa de los cipreses protectores los que cayeron noblemente en la vida. Duerman en silencio los que tienen derecho al reposo. Pero dejadnos poner el dedo sobre lo que constituye parte de nuestros trofeos de lucha, como enseñanzas vivas para las generaciones que deben forjar su temple en la experiencia amarga de nuestras luchas insensatas.

Perdonar sí. Callar, olvidar, no.

Enmudecer sería crimen. En nuestro medio aún alientan gérmenes morbosos, pastas de tiranuelos y principios de dictadura.

Es preciso hablar, aprovechar las enseñanzas de la historia y de la experiencia. Un muerto es una advertencia para los vivos. Un tirano, sin más mérito que el crimen, amortajado con el desprecio, es una profunda sentencia para los pueblos. Que de lo hondo del extravío surja la transfiguración de las

almas redimidas, que no sea vana, ni estéril, toda la amargura que ensombreció nuestra vida, toda la opresión que gravitó sobre nuestro cerebro y amordazó nuestra conciencia.

Paz para los muertos que tienen derecho al reposo. Paz, aún para los vivos que no lo tienen. El tiempo que borra vestigios y empalidece los hechos, suele arrojar una capa de olvido que es principio de perdón, sobre las más sombrías tradiciones.

Paz para todos. Pero cuidad de no insultar al porvenir.

El progreso es fatal. Sabedlo y pensadlo. Quien se le opone cae aplastado bajo sus ruedas.

El progreso es fatal, dejadle paso franco.

La juventud aquella, legión del porvenir, avanza á la cabeza, en marcha hacia la cumbre, en pos del ideal. Es la misma que entonó el himno de la santa rebelión y lleva hoy desplegada, suelta al viento, la bandera inmaculada de la nueva generación.

Ella nos alienta, con su vigor y su pujanza; ella nos arrastra en el ardor de su arrebato.

Y para ella es nuestra oración.

* * *

Hay en el ambiente ansias de paz y sed de resurgimiento.

Hay como una sonrisa en todas las cosas, hay una rosa que se abre en cada semblante que pasa. El cielo parece más azul y parece que brilla más el sol. La mañana es más bella y es más pura que ayer En la selva hay mas color y hay más luz en la pradera La bandada loca de las frondas tupidas canta y trina arpegios de amor. Por sobre las azoteas y los enrejados rebosan jazmines que rien al viento y las brisas que pasan recojen ufanas el secreto inefable de las madreselvas y los azahares.

Hay como una renovación de almas, hay primavera de amor en los corazones Escuchad. Cantos del alba en las madrugadas. Un labrador que pasa en las mañanas, entonando á media voz una canción. El herrero forjador reanuda su martilleo sobre el yunque y, activo, diligente, más que nunca, trabaja con ardor. Él también sonríe confiado y él también tararea en voz baja una canción.

Y allá, en el vasto taller, donde se amasan inteligencias y se moldean caracteres, hay movimiento incesante y lucha febril. Hay ruído y polvo, humo de trabajo. En cada rostro tiembla una esperanza, en cada mirada resplandece una aurora. Aquella hermosa legión de obreros trabaja con ardor. El cerebro no descansa, los espíritus se agitan. Allí se incuban pensadores y germinan los

cruzados de la lucha. Allí se trabaja Regeneración y Progreso, Patria y Porvenir.

La aspiración flota en las almas y pesa en las conciencias. La tierra está abonada, los surcos están abiertos. Las entrañas pródigas solo esperan la simiente fecundante del trabajo.

No malogremos la hora propicia, de espectativa ansiosa.

Valor, confianza, abnegación, grita una voz, desde lo más hondo de los seres y de las cosas.

Llenos de unción patriótica, con la solemnidad religiosa y con el gesto noble de los apóstoles antiguos, enseñando en la mano nuestra cruz de redención, levantémonos sobre el borde mismo de las trincheras, donde fueran á chocar su saña estéril, tanta legión de ignoradas víctimas, y arrojemos á los vientos, mensajeros fieles, nuestra semilla de Paz y de Amor.

Escuchad una voz directora, serena, generosa, que nos habla desde la cumbre del pensamiento americano. El insigne Rodó, "el viejo y venerado Próspero" que sintetiza su moral y su enseñanza en la figura aérea de su simbólico "Ariel," habla en una misiva para nosotros:

«La generación que se levanta, en «América, tiene, por la ocasión en que «llega, una alta función histórica que «realizar. La actividad de las generacio-

«nes anteriores hubo de emplearse en «aquellas tareas iniciales que reclama «la fundación de los pueblos; y su vo- «luntad heróica y sus tenaces esfuerzos «de organización y de cultura, han de- «jado nobles ejemplos, que la historia «honrará, reconociendo—á pesar de jui- «cios irreverentes y livianos—que no «era posible hacer más de lo que ellas «hicieron con el material que habían de «trabajar y con los instrumentos de que «disponían. Yo creo que, en el porvenir, «aparecerá como uno de los aspectos «más interesantes y más hermosos de la «historia del siglo XIX, esa porfiada «lucha de los nuevos pueblos de la «América Latina, por sacudir la abru- «madora carga de la tradición y sobre- «ponerse á las dificultades de la inex- «periencia y la incultura, para avanzar «de frente á los más altos ideales de «libertad y de civilización. Nuestra in- «quietud anárquica tiene así un fondo «generoso que la cohonesta y la enno- «blece, porque no es sino el resultado «fatal de la desproporción entre la mag- «nitud de las aspiraciones y la deficien- «cia de los medios.

«Pero hoy, cuando la infancia de es- «tos pueblos ha quedado atrás; cuando «su triunfal desenvolvimiento económico «exige ya complementarse por condig- «nos progresos de otra índole, cuando «la atención del mundo empieza á con- «verger á este Occidente, reserva del

«porvenir humano, la afirmación de «nuestra capacidad y de nuestra fuerza «no puede ser otra que la *paz*; y la «obra de las generaciones nuevas, obra «tan grande como las más trascenden«tales eficacias del heroísmo guerrero, «es la *fundación de la paz por la li«bertad y por el orden.*

«Levante la noble, la viril juventud «paraguaya, su generoso espíritu á la «altura de esa necesidad de los tiempos; «*haga obra de paz con la palabra y «con la acción*; cifre su altivez heróica «en vencer dentro de sí misma la ten«tación de las pasiones, y habrá gana«do una gloria tan alta y tan pura que «ninguna generación podrá aspirar á «otra mayor.»

Tal dice un mensaje del maestro Rodó.

Obra de paz y de progreso. Esa es la consigna, esa es la divisa.

Edificar, construir, laborar, sin cesar, sin descanso, sin piedad. Tal es nuestra misión.

Implacables y tenaces en la heróica reconstrucción, acaso más gloriosa que nuestro magistral vencimiento, no midamos la mole de los obstáculos, ni la masa de las dificultades, ni la magnitud del sacrificio.

Cubiertos de polvo, la frente sudorosa, desmelenados en la noble porfía, descansemos el minuto necesario para recojer aliento y reanudemos con ardor el tra-

bajo que reposa sobre nuestro entusiasmo y nuestro esfuerzo.

Trabajemos.

Trabajemos, con fé, sin tregua, sin reposo. Inaccesibles á la fatiga y al desfallecimiento de los pesimismos peligrosos y fatales. Despreciemos la vida estéril, vanidosa, arropada de oropel y de esmalte. Refugiémonos, perseverantes hasta la terquedad, en esa bella obstinación, que es camino de todos los triunfos.

Allá, en el retiro, junto á los libros, practiquemos nuestra primera iniciación, orientemos bien el pensamiento, forjemos la coraza protectora, invencible, para el espíritu y, seguros ya de nuestra fuerza, lancémonos á la vida.

En el ignorado rincón, junto á las páginas abiertas, busquemos la verdad que ha de guiar nuestros pasos en la vida; la fortaleza viril que ha de sostener á nuestro espíritu; el mejoramiento gradual, progresivo, sin término, de nuestra individualidad y el caudal necesario para abroquelarnos en el bien, para humillar á los réprobos y á los malos. Y cuando tengamos bastante capital acumulado para pensar libre y noblemente, franqueemos la puerta y echémonos en la corriente, con nuestra provisión de ensueños y quimeras, enarbolando el pendón blanco de nuestros ideales luminosos.

El Porvenir sea nuestra obsesión.

El Presente nuestro entusiasmo.
Y el Pasado nuestra fuerza.
Un santuario, reclinatorio augusto de sagrada admiración, para venerar la tradición y la historia de la raza.
Una escuela para desentrañar la verdad, cultivar el amor y la bondad y la fé en nuestra esperanza.
Y un templo, para cantar la Marsellesa y nuestros salmos al Porvenir.

* * *

¡Luchemos!
La lucha es útil, es sana y es buena. Templa los nervios, vigoriza los músculos, flexibiliza el pensamiento y adiestra la idea.
En la lucha nos revelamos tal cual somos, con nuestros defectos y nuestras debilidades y con nuestras virtudes, si las tenemos. En el seno de esas efervescencias saludables—entendido que no hablamos de la lucha sistemática y algunas veces vergonzosa de nuestros hombres—se forjan voluntades y se forman caracteres.
Los que pretenden aureolarse con el manto de la pureza ciudadana, deben conquistarlo previamente en la lucha. Los hombres puros son aquellos que, pasados por el crisol de prueba, han permanecido siempre incorruptibles y siempre dignos. No lo son aquellos que viven alejados del tumulto, que no han

sentido en torno agitación de pasiones, choque de ideas, batalla de principios y encuentro de intenciones; que no han asistido al espectáculo de las sorpresas y las emboscadas, de las derrotas y las victorias; que no se han mezclado en ese medio ambiente, inquieto, hirviente, á veces traidor, que podría precipitarlo degradado en el fondo, ó elevarlo victorioso, ennoblecido y dignificado, á la cumbre.

La juventud debe luchar, debe luchar por todo y por todos. Por el bien que redime, por el amor que regenera, por el pueblo que sufre, por la mujer que es débil, por los santos principios que nos rigen.

Ni escepticismos, ni indiferencias. El momento histórico en que nos toca actuar, no nos permite los gestos desmayados de los pesimistas prematuros, ni los cruzamientos de brazos.

Entusiasmo avasallador, voluntad inquebrantable, idealismo puro. Tal nuestro ropaje de lucha. Y que soplen las tormentas y que rujan las pasiones. Ya sabremos tener una altiva sonrisa ante el obstáculo y un arrogante desdén para el fracaso.

Obstinación, intrepidez, pujanza varonil, impetuosa.

Ni la ingratitud nos espante, ni las caídas nos intimiden, ni los triunfos nos sorprendan. Tras los tropiezos inevitables del camino, levantemonos y prosi-

gamos, siempre animosos, el movimiento de avance. Si una victoria nos sonríe, si unos aplausos nos aclaman, nunca nos detengamos envanecidos sobre las hojas de la palma conquistada. Sean nuestros modestos laureles peldaños para escalar más alto y estímulos para mirar más lejos.

La lucha, el obstáculo, la perseverancia, los tropiezos, las ingratitudes, el fracaso, la envidia y hasta el odio, son condiciones de los grandes éxitos. Nadie ha triunfado en la vida sin levantar polvareda en torno. Nadie ha llegado á la cima sin escuchar imprecaciones detrás.

Cuanto más alta es la montaña, tanto más profundos son sus precipicios. Cuanto más alto se culmina, tanto más abismos se dejan á los pies.

Repitamos, parodiando á un coloso del pensamiento: «No basta pensar, es preciso amar. No basta pensar y amar, es preciso obrar. No basta pensar, amar y obrar, es preciso sufrir. Si se os condena al destierro, aceptadlo. Si á la muerte, aceptadla también».

Apóstol primero, mártir si es necesario. El suplicio suele ser un punto de partida. El cadalso precipita los acontecimientos y provoca las reacciones. Un mártir es una bandera y una enseñanza. Las pupilas del pueblo solo se impresionan con imágenes concretas,

con ejemplos vivos. Tras el estupor, el pueblo reflexiona, piensa.

Recordad las víctimas del socialismo. Parsons, Spies, Engel y Fischer fueron ahorcados. Ling se suicidó en su calabozo. Y mirad ahora. Estas víctimas estremecen los ámbitos del mundo entero. En lo alto de la horca que suspende el cuerpo de los mártires, flamea la enseña del socialismo. El pueblo se cobija á su sombra y entona su canción de la esperanza y eleva al cielo una plegaria santa.

El suplicio de Jhon Brown fué un punto de partida. La terrible guerra de Secesión no fué más que el eco fragoroso de la muerte de un apóstol.

El suplicio de los «Comuneros» del Paraguay fué también un punto de partida. Antequera y Mena, mártires como todo apóstol de una causa grande, fueron arrojados hasta el cadalso. Aquellas cabezas de iluminados, que soñaron consagrar, por sobre la voluntad del monarca, la soberanía del Común, fueron á parar ensangrentadas, en las manos rojas de un verdugo.

Y ved al pueblo. Agitado, enardecido, ébrio de indignación, ciego de dolor, abandona su hogar, se lanza á la calle, busca á los culpables, invade sus templos, arranca imágenes, profana ídolos, troncha cabezas y expulsa—¡por tercera vez!— á toda aquella legión de las

iglesias, enseñoreada de los destinos del Paraguay.

Ved á las mujeres, nobles matronas, que se mezclan en el tumulto, con patriótico ardimiento. Ved á Maria Insaurralde, ved á Elvira Mena de las Llanas que, en un gesto digno de la Revolución, se arranca el luto que viste por su esposo y, en vez de llorar la muerte de su noble padre, se engalana y, vestida de blanco, se presenta al pueblo que la aclama y la recibe entusiasmado en sus brazos.

Pero aquella causa, aquella doctrina, prematura, anticipada, imposible, agitada en el corazón lejano de la América—esporádica en el espacio y en el tiempo—no pudo prosperar, no podía prosperar, y cayó vencida. Todavía faltaban sesenta años para que la Revolución Francesa, consagrase el principio que le dió vida: la soberanía popular ante el absolutismo de los monarcas.

Los pueblos no son sordos, ni son ciegos. Tienen el oído tardo y son miopes. Para que las impresiones lleguen á fijarse en su cerebro, á cristalizarse en su alma, es necesario gritarles á pulmones plenos y gritarles siempre; es necesario agitar ante sus miradas, imágenes colosales, concretas, vivientes, próximas; es necesario mostrarles símbolos que le hablen, le inspiren y le guíen.

Rusia se salvará sobre el hombro de sus mártires, bajo la advocación de sus

víctimas. La autocracia de los Czares pasará sobre los despojos, pero pasará antes de que se extinga la raza de esos sublimes redentores

El grito lanzado por Ferrer, junto á los muros de Monjuich, resonará á través de la posteridad como un grito de guerra triunfal.

Las persecuciones, las víctimas y los mártires, precipitan y abrevian el desenlace final de las luchas;.son jalones que marcan etapas sucesivas hacia el triunfo definitivo de las causas.

* * *

Lirismo, lirismo puro, observaréis quizás.

Más pensad un momento y suspended vuestro juicio.

El lirismo es ley que rige la sublime y magnífica armonía del universo.

Lírico es el himno que canta la creación entera cuando viste su cielo de púrpura y de azul, de esmeraldas y de violetas; cuando engalana la tierra con la pompa imperial de sus selvas y puebla sus dominios misteriosos de arrullos y canciones, de arpejios y armonías.

Perfume, música, luz y color constituyen la sinfonía maravillosa del espíritu humano.

Mentira es el color, diréis. La luz es

un engaño. El perfume no existe. El sonido es ilusión.

Pero es lo cierto que el color y la luz y el perfume y el sonido, riman juntos, en sus infinitas transformaciones, el más bello, el más delicado y el más divino de los poemas.

El alma humana gusta de flores y de canciones.

Los pueblos son grandes románticos que aman la gloria y se mueven y se levantan al conjuro de una estrofa que les habla de amor, de humanidad, de patria ó de esperanza.

La música de los himnos es música grata al alma de los pueblos.

Líricos son los poetas, «los profetas de los tiempos», líricos incurables que dirigen el mundo arrojando rosas en la senda.

Lírico fue Colón, el loco Almirante. Perseguía un fantasma que turbaba su cerebro, una sombra indecisa, mariposa vaga, que se movía en sus delirios, más allá de los lindes del océano.

Y he aquí que este aventurero iluso, hijo errante de su profunda demencia, rompió el mezquino y reducido marco en que fuera encerrada la tierra, restituyendo al universo el planeta que se cuestraran los sabios en su ignorancia.

Lírico fué Jesús, el dulce soñador de Galilea y su lirismo le arrastró, camino del calvario, hasta la «sublime locura de la Cruz.»

Líricos son los apóstoles del ideal, santificados en el martirio, los que conquistaron para el obrero el calor de la lumbre de un hogar, la dulce ternura de una esposa amante y el cariño de los hijos redimidos.

Líricos debemos ser nosotros, los que formamos en la última reserva de la patria. Líricos y optimistas. Un lirismo arrogante, sin vanidad, ni presunciones; un optimismo sereno sin ser utópico.

Una estrofa lírica para los enardecimientos, una reposada confianza para mirar el porvenir y una fé serena y firme para perseverar en el noble intento en que vamos á empeñar la mitad más hermosa de nuestra existencia.

Las flores del camino ó las flores del espíritu jamás han tenido la virtud de malograr los ideales.

El triunfo pertenece más al entusiasmo del optimista que al desdén del escéptico.

Y la marcha es menos penosa cuando se sube cantando......

Asunción, Julio 13—1914.

FIN